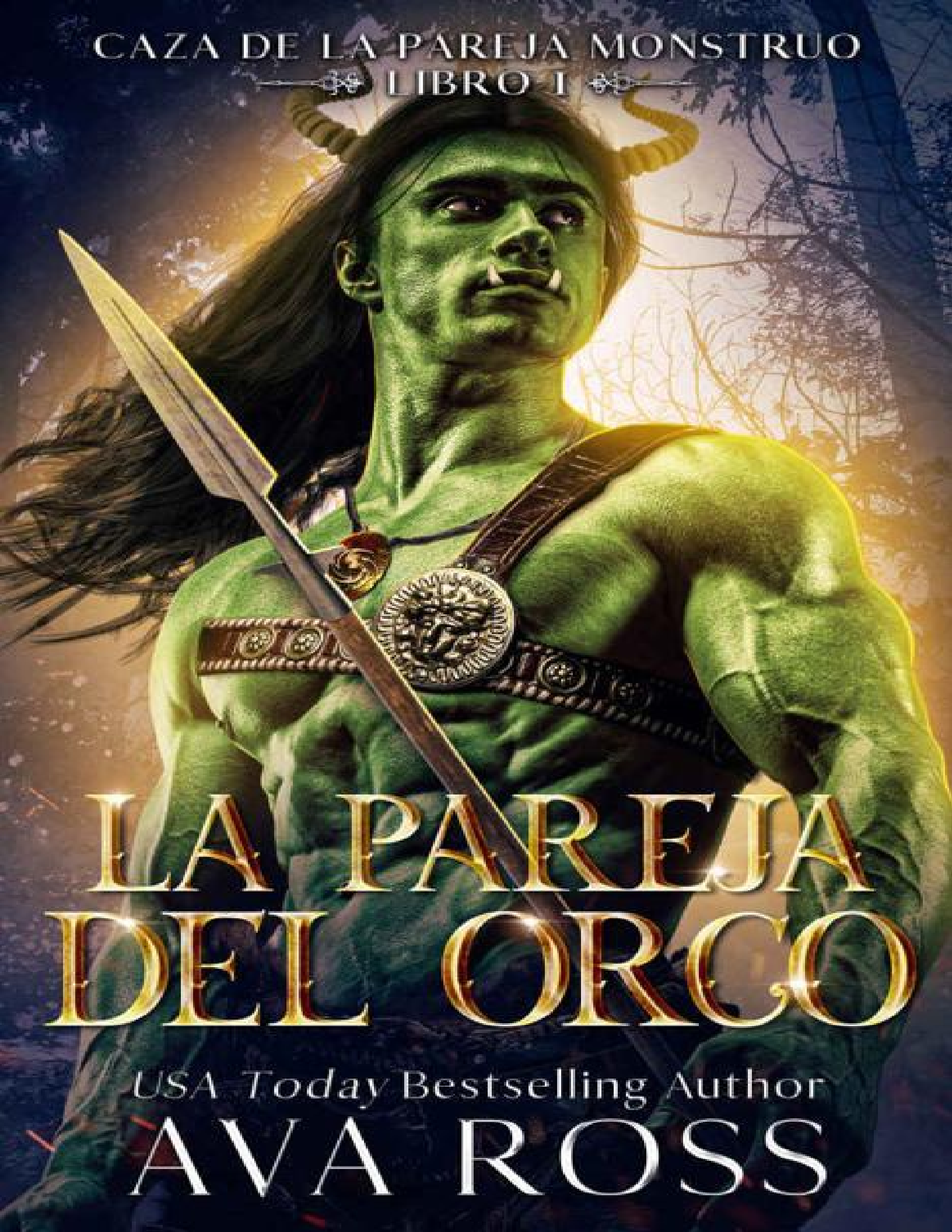

CAZA DE LA PAREJA MONSTRUO
LIBRO 1
LA PAREJA DEL ORCO
USA Today Bestselling Author
AVA ROSS

LA PAREJA DEL ORCO

PRECUELA DE CAZA DE COMPAÑERAS PARA MONSTRUOS, 1

AVA ROSS

ENCHANTED STAR PRESS, LLC

LA PAREJA DEL ORCO

Precuela de Caza de Compañeras para Monstruos, 1

Clan Zephyr

Copyright © 2023 Ava Ross

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de breves citas con aprobación previa. Los nombres, personajes, eventos e incidentes son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es completamente coincidencia.

Arte de portada: Germancreative

Edición: JA Wren y Owl Eyes Proofs & Edits

Editado en español por Javier López de Lérida.

avarosswrites.com avarosswrites(dot)com

Suscríbete a mi newsletter aquí

ÍNDICE

Sin título
La Pareja Del Orco

Prólogo
1. Eleri
2. Odik
3. Eleri
4. Odik
5. Eleri
6. Odik
7. Eleri
8. Odik
9. Eleri
10. Eleri
11. Odik
12. Eleri
13. Odik
14. Eleri
15. Odik
16. Eleri
17. Odik
18. Eleri
19. Odik
20. Eleri
21. Odik
22. Eleri
23. Odik
24. Eleri
25. Odik
26. Eleri
27. Eleri
28. Odik
29. Eleri
30. Odik
31. Odik
32. Eleri

El Deseo Del Orco
Sin título

SIN TÍTULO

Para mi propio héroe especial,
mi esposo, Rusty.

LA PAREJA DEL ORCO

En la noche de la Caza de Compañeras para Monstruos, un orco me reclamará como su esposa.

Eleri: Cuando me acusan falsamente de asesinato, robo el lugar de una de las mujeres elegidas para la Caza de Parejas para Monstruos. Cada año, dos de nosotras debemos entregarnos a los orcos a cambio de su protección. Soy capturada por Odik, el feroz líder del Clan Zephyr.

Me lleva a su hogar en una isla lejana, donde me dice que no me reclamará hasta que me haya enamorado de él. Hay algo poderosamente atractivo en este fuerte orco que no puedo resistir. Pronto, no solo me estoy enamorando de Odik, sino que también disfruto compartir mi vida con él.

Odik: Cuando mi medallón de clan brilló, significaba que Eleri era mi compañera destinada, la mujer que amaré toda mi vida. Ella es tímida y reservada, y haré todo lo posible para mantenerla a salvo. Pero con una tormenta acercándose a la isla, amenazando a mi clan y nuestra propia existencia, debemos trabajar juntos para sobrevivir. Después de eso, le mostraré lo valiosa que es para mí y luego la reclamaré como mi esposa.

La Pareja del Orco es el libro 1 de la serie Caza de Compañeras para Monstruos. Espera compañeros destinados, familias encontradas, una diferencia de tamaño distintiva y un héroe de "tócala y muere". Cada libro es independiente, pero la serie es mejor si se lee en orden.

Libros en Orden:
La Pareja del Orco (Precuela)
El Deseo del Orco
El Destino del Orco
La Doncella del Orco
La Cautiva del Orco
El Sometimiento del Orco

PRÓLOGO

Términos, Personajes e Información General de Caza de Parejas para Monstruos

La Pareja del Orco (ocurre 5 años antes de El Deseo del Orco):

Clan Zephyr: Aire. El colgante es un disco circular formado por remolinos que representan el aire y el agua.

Personajes: Odik Brunellon, Eleri. Sus hijos: Zur, Yusta.

Birgid: mujer que se burla de Eleri y asesinó a Zur, el cazador que crió a Eleri.

Cassatine: comadrona orca.

Crikin: padre de Dakur.

Drabass: hombre del clan de Odik.

Madine: orca anciana; la guardiana de las historias del clan.

Trilden: amigo de Odik.

Zarran: vox de Odik.

Zur: hombre anciano que adoptó a Eleri. Le ponen el nombre de él a su hijo.

El Deseo del Orco, Libro 1

Clan Azuris: Agua/Mareas. Medallón: espirales metálicas con picos que representan las olas.

Personajes:

Rhoslyn, Jaus Kreedaull, Shirra: su hija.

Arkest: el sanador más antiguo y venerado.

Eamon: alcalde del pueblo que quiere a Rhoslyn para sí mismo.

Feyla: vox femenina de Jaus.

Kael: guardia mayor.

Rey Surled: padre de Jaus y Madr.

Liall: orco mayor que maneja una tienda de hierbas en la ciudad orca.

Lyneth: hermana de Rhoslyn; casada con Sveth.

Mastivule: jefe de los guardias del reino.

Viskeete: orco algo grosero.

El Destino del Orco, Libro 2

Clan Lumen: sol/montañas. Medallón: con forma de sol, representa las montañas y los cielos de arriba.

Personajes:

Madr Thourand, Lyneth.

Brakkis: vox de Madr.

Finsteg: macho del Clan Matis que desafía a Madr.

Grock: macho del Clan Azuris que guarda a Lyneth y es asesinado.

Kael: guardia mayor del pueblo, amigo de Lyneth.

Milllamay: shayde que Dakur crió.

Pulost: macho del Clan Matis que desafía a Madr.

Riank: primo de Madr que desea gobernar.

Sessavia: hembra del Clan Matis, recibe a Lyneth.

Taen: shayde que Dakur crió.

Tenkaril: madre de Madr, adoptó a Zickar; mujer sabia que “ve” cuando toca a alguien.

Tescall: hermano menor y aliado de Riank.

La Doncella del Orco, Libro 3

Clan Matis: bosque. Medallón: picos del sol como rayos de sol atravesando el dosel.

Personajes:

Zickar, Alwen, su hijo: Ferrin.

Bredar: hermano de Alwen.

Brillie: hembra de Flazant.

Creea: hermana de Alwen.

Dillu: macho de Flazant.

Loobek: macho orco que fue a buscar a Dakur.

Mavileen: mujer humana, líder de la aldea en el borde del bosque.

Nayleen: hermana de Alwen.

Noul: uno de los tres shaydes que Dakur crió.

Pirrah: anciano de Flazant.

Roolina: madre de Alwen.

Rusket: macho orco mayor.

Trillie: hembra de Flazant.

Ulong: orco herrero.

Villadeer: hembra de Flazant.

Wambak: macho de Flazant.

La Cautiva el Orco, Libro 4

Clan Matis

Personajes:

Dakur, Nia

Brunt: hermanastro de Nia.

Kengart: jefe de los guardias de Brunt.

Lianire: segundo al mando de Brunt.

Veegar: hombre humano, cocinero.

Woobedon: aldea de Nia construida en medio del vasto desierto, cerca de un oasis.

El Sometimiento del Orco, Libro 5

Clan Ember: desierto/fuego.
Colgante: llamas disparándose hacia el cielo.
Personajes:
Turren, Kaila
Airest: vox de Turren.
Brunnen: hermano menor de Kaila.
Daskin: segundo al mando de Turren.
Ferella: orca femenina, Clan Ember.
Gromget: juego orco que es una mezcla de fútbol y fútbol americano.
Jabon: jefe de Kaila en la aldea.
Nuark: orco adolescente que vive en el Clan Ember.
Reven: orco adolescente que vive en el Clan Matis.
Sianna: cría orca.
Urlain: anciano del Clan Ember.
Varalar: herrera femenina en la aldea.

Historia de los Vox: Criaturas aladas criadas en el Clan Ember y vinculadas con los orcos. Se forman dentro de una semilla y, cuando salen, se vinculan con la persona más cercana. En tiempos antiguos, esta era su madre o su padre, pero ahora todos los machos y hembras elegibles viajan al Clan Ember para estar presentes durante el nacimiento. El orco vinculado permanece con el recién nacido el tiempo suficiente para que el vox crezca para volar, alimentándolo y acicalándolo para que reconozca su toque y su olor. Anidan cerca del orco vinculado, pero regresan al territorio del Clan Ember cada tres años cuando están listos para procrear.

Términos Generales

Ashenclaw: criatura similar a un lobo
Aspest berries: encontradas en la isla de Odik, se pueden añadir al té
Avestilar: grandes aves que anidan en lo alto del dosel
Boolong: criatura parecida a una vaca salvaje
Brugel: carne similar a tocino
Caedos: líder de un clan
Chall: similar a un gato; sus crías se llaman kits
Cheerish: tipo de ave
Clik: distancia; aproximadamente una milla
Daphoon: criatura marina parecida a un delfín
Doonet: una tela ligera hecha de una planta.
Dresalod: enormes y feroces criaturas marinas similares a cangrejos que atacan la ciudad orca.
Elkern: criatura tímida, similar a un ciervo.

Árboles Effervast: fragantes.

Piedra Emerest: rara, encontrada en cavernas. Turren compara su color con los ojos de Kaira cuando está enojada.

Fillawate: bebida hecha de una fruta rara que crece en las profundidades subterráneas. Fermentada, provoca una sensación de felicidad, aunque no es alcohólica.

Flazant: personas de piedra nacidas de los peñascos cercanos. Aliados antiguos de los orcos.

Hilardep: enorme araña venenosa que habita el bosque.

Lamest: serpiente del bosque.

Flores Liladek: de aroma encantador, florecen de noche.

Lindenmint: hierba que Rhoslyn toma como té; tiene propiedades antibacterianas y detiene el flujo sanguíneo de un corte. Altamente tóxica para los dresalods.

Mellabar: mermelada de fruta.

Orcling: bebé o niño orco.

Reskit: criatura parecida a un conejo.

Ribber: criatura parecida a una rata.

Secondist: martes.

Shayde: grandes y feroces criaturas similares a lagartos que viven y cazan en el bosque.

Sinderfluff: material similar a la seda.

Squitt: criatura parecida a una ardilla.

Succire: una baya roja dulce.

Mar Tartledge: vasta extensión de mar púrpura más allá del Reino Orco.

Teegar: plantas utilizadas para propulsar a los orcos hacia plataformas en el dosel o para descender al subsuelo. Funcionan como ascensores. Se alimentan con fillawate diluido.

Teetser: insecto parecido a una mosca o mosquito.

Trulist: árboles que crecen en densas arboledas.

Wanderer: orco que viaja, aprendiendo nuevas formas de usar sus colgantes.

Hojas de Weelen: usadas para hacer té.

Whisp: insecto que, al soplar sobre él, se ilumina. Utilizado en linternas como fuente de luz.

Willadon: raíz negra preparada como té para aliviar el dolor de la artritis.

CAPÍTULO 1

ELERI



La noche de la Caza de Parejas para Monstruos, avancé tan rápido como mi pierna mala me lo permitió por las calles tenuemente iluminadas de nuestra aldea, con un saco lleno de mis escasas compras golpeando contra mi muslo.

Esa noche, dos mujeres desafortunadas serían obligadas a abandonar la protección de las murallas de nuestra fortaleza. Correrían a través del bosque, esperando esconderse, pero sería en vano. Enormes y brutales orcos las cazarían, decididos a reclamarlas como esposas.

Nadie sabía con certeza qué sucedía después de que un orco atrapaba a una mujer, pero las historias susurradas y aterradoras eran suficientes para que todas nos arrodilláramos a rogarle al destino no ser elegidas.

El agotamiento amenazaba con hacerme caer sobre los adoquines, pero hacía mucho que había aprendido a no mostrar que estaba sufriendo. La debilidad aquí era explotada o despreciada.

Mi pierna no era la única parte de mí que dolía, aunque era un dolor constante que hacía mi mejor esfuerzo por ignorar. Mis ojos ardían de tanto enfocar en puntadas diminutas, y las yemas de mis dedos picaban tras usar la aguja de coser hasta que desgarraba mi piel.

En el bosque más allá de las altas murallas de piedra, un shayde chilló. Me quedé congelada, tal como seguramente debí haberlo hecho cuando mis padres me abandonaron en el bosque cercano a los tres años; después de que quedó claro que mi pierna ya no funcionaba como debería. Habían pasado veintidós años desde aquel día, y ya no recordaba cómo me había lesionado. Y como mis padres vivían en un pueblo distante, no podía preguntarles.

Si Zur no hubiera estado cazando esa noche y no hubiera oído mi gemido de miedo, los shaydes me habrían devorado como lo habían hecho con tantos otros aldeanos que se aventuraron fuera de las murallas de la fortaleza después del anochecer.

—¡Apresúrate, Eleri! —gritó Birgid desde el umbral abierto de una de las casas de madera que flanqueaban la calle, y me adelanté lo mejor que pude—. Si sigues a este ritmo, te tomará toda la noche llegar a casa.

La risa cruel de sus amigas subrayó sus palabras. Hasta que decidieron que sería divertido burlarse de mí, probablemente habían estado chismorreando sobre la caza. Deberían estar preocupadas por cuáles jóvenes serían elegidas—quizás incluso una de ellas—en lugar de meterse conmigo.

Desde el momento en que llegué aquí, cuando yo tenía tres años y ellas cinco, me habían acosado, rogándole al alcalde que me devolviera al bosque para que los shaydes terminaran conmigo.

—Qué cosa más inútil eres —dijo una de las otras mujeres—. Miren, apenas puede moverse.

Birgid se rio. Su mirada se deslizó por el callejón hacia donde mi amigo, Zur, me esperaba en nuestra pequeña casa.

—Deberíamos empujarla fuera de las puertas principales esta noche para apaciguar a los orcos en lugar de darles a una de las nuestras.

Soy una de las suyas, pensé con fiereza, aunque me mordí la lengua para no hablar.

Un enorme bosque que se extendía por varios cliks rodeaba mi aldea, y nadie había llegado jamás al final de su extensión. Más de mil aldeanos humanos se escondían detrás de cada anillo de altas murallas, confiando en los feroces y enormes orcos que nos ofrecían protección contra los shaydes, criaturas aún más peligrosas que ellos mismos.

Los orcos no lo hacían por bondad de corazón.

A cambio, exigían esposas.

Mientras dejaba atrás a las mujeres malvadas, sus carcajadas atravesaban el aire húmedo como cuchillos. Apresuré el paso más allá del callejón que llevaba a mi casa y continué tres cuadras hasta la carnicería, con la esperanza de encontrar una ganga en un pequeño trozo de carne. Quería preparar un guiso sustancioso con las verduras que llevaba en mi bolsa. Zur lo disfrutaría, y su cálida sonrisa haría que todo estuviera bien de nuevo, como lo había hecho cada día desde que me adoptó como suya.

Después de realizar una compra—un mísero trozo de carne grasosa, lamentablemente—regresé al callejón y me apresuré hacia la casucha destartalada que compartía con Zur.

Más risas resonaron desde el grupo de amigas de Birgid. No estaba segura de dónde estaba Birgid, pero me mantendría alerta por si se acercaba por detrás.

Pobrecilla dijo una de ellas.

Inútil para todo menos para coser añadió otra.

Y *que la lancen fuera de la puerta* dijo una más.

Hice todo lo posible por mantener la espalda recta y la barbilla en alto. Puede que no caminara bien, pero nadie discutiría que era la mejor costurera del pueblo. Incluso mi jefa lo decía, aunque todavía no me había pagado lo suficiente como para comprar más que unas pocas y magras comidas para Zur y para mí. Él cazaba y yo trabajaba todos los días de la semana, pero apenas lográbamos reunir lo necesario para pagar el alquiler de la pequeña choza donde, con tanta amabilidad, me había criado.

Era la única persona en quien confiaría jamás.

El sol se deslizaba más cerca del horizonte, proyectando largas sombras que susurraban secretos entre los adoquines. Hoy había sido un día especialmente agotador en el taller de costura, donde trabajé incansablemente en un bordado delicado que sería dado por sentado por quien luciera la prenda. Dudaba que alguien se tomara siquiera un momento para apreciar las manos hábiles de las que habían salido aquellas puntadas.

Al menos tenía monedas para comprar nuestra cena. Necesitaba recordar eso y no pensar en lo mucho que me dolía la espalda.

Al acercarme a la sencilla casa donde Zur y yo vivíamos, apuré el paso hasta convertirlo en un leve renqueo. Él era más que un guardián; se había convertido en mi padre y mi refugio frente a las miradas despectivas y los susurros que me seguían a cada paso. Su calidez y sabiduría brindaban un santuario entre esas paredes, protegiéndome del cruel mundo exterior. No podía esperar a ver su alegre sonrisa y compartir las noticias de nuestro día.

Unos sonidos de raspado resonaron detrás de mí, cerca del inicio del callejón. Un escalofrío me recorrió la piel, erizando mis vellos, y me giré, pero no vi a nadie allí. Aún mejor, ninguna

piedra salió disparada hacia mí, lista para golpearme y dejarme un moretón.

Sin embargo, la luz se había desvanecido, y con carros estacionados a los lados y basura esparcida entre ellos, casi cualquiera podría estar escondido.

—¿Hola? —dije.

Solo el silencio me respondió... y la sensación de ser observada.

—Métete dentro —murmuré para mí misma—. Ignora lo que sea que esté ahí afuera.

Sacudí la cabeza, empujé la puerta de nuestra casa y entré.

—Logré que el carnicero bajara el precio de un buen trozo de carne —anuncié alegremente mientras cerraba la puerta tras de mí—. Haré sopa, y las verduras que compré de camino completarán una maravillosa cena.

No había nada que disfrutara más que cocinarle a Zur una comida reconfortante. A sus ochenta años, se merecía buena comida, mucho descanso y todo el tiempo que quisiera para charlar con sus amigos. En cambio, pasaba demasiadas horas cazando en el bosque para mantener a una mujer que quizá *debería haber sido* dejada atrás para morir.

Me apresuré a través del interior oscurecido hacia la pequeña cocina para preparar nuestra comida, pero tropecé con algo grande y sólido tirado en el suelo. Al caer de rodillas más allá de ello, solté un jadeo cuando un dolor intenso recorrió mis extremidades.

El saco que contenía nuestra cena se había roto por el impacto, dejando la carne al descubierto. Sangre se filtraba alrededor de ella...

Parpadeé lentamente, tratando de procesar lo que estaba viendo.

El charco era demasiado grande como para haber salido de nuestra carne.

Tragando con fuerza, retrocedí como pude del horrible charco, cayendo de lado cuando mi pierna derecha no soportó mi peso.

Mi pulso retumbaba en mis oídos mientras tragaba con dificultad. Apenas logré girarme hacia el objeto grande con el que había tropezado.

Solo una tenue luz se filtraba a través de la ventana de papel encerado, pero fue suficiente para verlo.

Mi jadeo resonó en la quietud de la habitación.

Zur yacía inmóvil en el suelo, sus ojos desorbitados y llenos de asombro empezaban a vidriarse. La sangre manaba de un corte profundo en su garganta, lo suficiente para exponer la tráquea. Un cuchillo yacía en el suelo junto a él, destellando bajo la luz parpadeante de la linterna de whisp que él debía de haber encendido para guiarme a casa.

El whisp necesitaba que alguien soplara sobre él o pronto se apagaría... un pensamiento tan banal cuando mi mundo se estaba desmoronando.

Un grito gutural de desesperación surgió de mí.

—Zur. Por favor, no.

Las lágrimas ardían detrás de mis ojos, y volví a gritar, con una voz ronca y quebrada.

A través de la ventana borrosa, un destello de movimiento atrapó mi atención. Quienquiera que fuera se deslizaba hacia la oscuridad que comenzaba a apoderarse del costado del callejón.

Una carcajada que reconocería en cualquier parte resonó en el silencio.

Birgid.

Ella me había odiado desde que éramos escolares y por razones absurdas.

Que la maestra me llamó a mí en lugar de a ella.

Que encontré una moneda en el adoquinado por donde ella acababa de pasar.

Que un chico guapo me guiñó el ojo cuando era a ella a quien quería. Ella lo había conseguido, se había casado con él, compartido su lecho incluso, pero no era suficiente. Quería

aplastarme, derrotarme por completo. Expulsarme del pueblo.

Pude ver a dónde conduciría esto muy pronto. El pánico ascendió por mi garganta junto con un sabor amargo y acre. Agarré el frío cuchillo de metal y me puse de pie, corriendo hacia la ventana. Me esforcé por vislumbrar si regresaba, pero el callejón estaba despejado.

Sollozando, regresé apresurada junto a Zur.

—Zur, por favor despierta.

Caí de rodillas a su lado, incapaz de respirar. Pero él ya estaba demasiado lejos como para oírme. Mis horrendos gritos llenaron la habitación mientras lamentaba su pérdida.

Este hombre me había amado cuando nadie más lo hizo. ¿Cómo seguiría adelante sin él?

La puerta se abrió tras de mí, y alguien entró corriendo.

—¿Qué sucede? ¿Zur? ¿Acaso esa mujer...?

Una de las amigas de Birgid gimió y comenzó a vomitar, salpicándolo todo. Otros aldeanos abarrotaron nuestra pequeña casa, amontonándose alrededor de mí y de Zur, igual que la sangre que seguía filtrándose en las tablas del suelo que yo misma había lavado anoche.

Birgid entró al final, con el rostro adornado de falsa inocencia.

—¡Ella lo mató! —bramó, y los demás corearon la acusación.

Asesina.

Monstruo.

Debe ser castigada por lo que le hizo a ese pobre, pobre hombre, que solo le mostró bondad.

El miedo comprimió mi garganta, negándome el aire para pronunciar siquiera una palabra en mi defensa. Dudaba que me escucharan, incluso si encontraba la voluntad de hablar. Ya me habían condenado, y pronto se asegurarían de que pagara el precio final.

Mientras Birgid esbozaba una leve sonrisa, los demás avanzaban hacia mí a grandes pasos, con los rostros deformados por la ira y las manos alzadas como garras. Las paredes en las que había confiado para protegerme se derrumbaban, exponiendo la oscuridad que acechaba dentro de aquellos a quienes Zur y yo habíamos llamado amigos y vecinos.

Me levanté tambaleándome, y el cuchillo resbaló de mi mano, golpeando ruidosamente las tablas de madera del suelo.

Girando sobre mis pies, salí cojeando por la puerta y avancé tan rápido como pude calle abajo.

La puerta principal, abierta, se erguía no muy lejos. Dos mujeres permanecían justo en el interior, con sus familias aferradas a ellas, suplicándoles que alguien interviniera.

Habían sido seleccionadas para la Caza de Parejas para Monstruos.

Mientras los aldeanos gritaban detrás de mí, pidiendo mi captura, de alguna manera encontré la fuerza para dejarlos atrás.

Corrí hacia las jóvenes, arrebatando una bolsa a una de ellas al pasar. Con los pulmones ardiendo, me lancé hacia la puerta abierta de la fortaleza.

—Tomaré el lugar de una de ustedes —grité mientras me deslizaba por la abertura y cruzaba rápidamente el gran campo abierto entre los muros de la fortaleza y el bosque que se alzaba frente a mí.

Las voces se alzaban detrás de mí, pero, por primera vez, no podían hacer nada para lastimarme. Podrían desear atraparme y castigarme, pero nadie se atrevería a salir del pueblo ahora que el sol se había puesto.

—Corre, asesina —gritó Birgid desde lo alto del muro—. Corre lejos y nunca vuelvas, o te haremos pagar.

Le dirigí una mirada furiosa, pero se sintió débil e inútil, como yo misma.

Con el pulso atronando en mis oídos, me adentré entre los árboles.
Si los shaydes no me atrapaban, pronto sería reclamada como esposa de un orco.

CAPÍTULO 2

ODIK



Me agaché en lo alto de los árboles, sobre una rama gruesa, esperando a que la puerta de la fortaleza se abriera y obsequiara a dos orcos afortunados con compañeras. A mi alrededor, otros machos de mi clan Zephyr y cuatro o cinco machos de cada uno de los otros cinco clanes también esperaban.

Aferrándome a mi medallón, envié un deseo a los destinos. Que ella sea una de ellas.

Los demás hablaban en voz baja, pero seguramente también estaban pidiendo lo mismo a los destinos.

—Durante cinco años he venido a la caza esperando encontrar a una compañera —susurró uno—. Durante cinco años, el medallón de mi clan no me ha regalado a la que adoraré hasta mi último día.

Drabass, un macho de mi clan, suspiró.

—Es culpa de los shaydes. Si no hubieran matado a la mayoría de nuestras preciosas mujeres, no tendríamos que venir aquí y esencialmente suplicar a los humanos que nos den mujeres a regañadientes.

Un gruñido se le escapó de la garganta.

—Deberíamos matar a todos los shaydes hasta que no quede ni uno vivo.

—Entonces nunca seríamos agraciados con una compañera —dijo otro macho de los clanes y mi buen amigo, Trilden, desde junto a mí.

—Perdí una madre. Una hermana. Una esposa —dijo alguien más con tristeza—. Matar a todos los shaydes no las reemplazará.

—Nada reemplazará a los que perdimos —dije. No había ni un orco que no hubiera sufrido después de que los shaydes atacaran a nuestros clanes al mismo tiempo hace cinco años.

—Si los shaydes ya no fueran una amenaza, los humanos no pedirían nuestra protección —dijo Trilden—. Disolverían nuestro tratado. Dejarían de enviarnos dos mujeres cada año para que las cacemos como compañeras. De hecho…

Escuchando un sonido sutil, levanté la mano y todos se quedaron inmóviles.

Tres shaydes se deslizaron por el suelo del bosque, cruzando justo debajo de nosotros, con los ojos rojos brillando mientras miraban a su alrededor. Buscaban presas, pero esta noche se quedarían con hambre.

A pesar de ser casi tan grandes como un orco, sus pasos eran casi silenciosos sobre el sendero cubierto de hojas.

Observamos en silencio, ni hablando ni moviéndonos mientras pasaban, con sus gruesas colas de escamas barriendo de un lado a otro mientras se internaban más en el bosque.

Una vez que se fueron, nos relajamos, algo, y esperamos que la puerta de la fortaleza se abriera y dos hermosas mujeres aparecieran.

—¿Crees que cazarás esta noche? —susurró Trilden—. Eres caedos, líder del clan Zephyr. Seguro que los destinos te regalarán una esposa. Necesitas un orcling que te reemplace cuando envejezcas.

—Eso espero. —Lo oré.

—Cazaré con gusto —dijo Drabass con una sonrisa llena de colmillos, agarrándose la entrepierna.

Gruñí, y sus hombros se encogieron. Se dejó caer y se sentó en la rama, observando la puerta.

Trilden resopló y mantuvo la voz baja para que solo yo pudiera oír.

—Hay que estar atentos.

—Todo el tiempo. —El padre de Drabass había intentado liderar nuestro clan cuando mi padre murió. Luchamos, y gané. Aceptó el resultado del combate, y desde entonces ha sido un buen amigo, pero Drabass nunca aceptó que no sería el primero en la línea para el puesto.

En realidad, era más una carga que un regalo, como vería si hacía más que comportarse de manera celosa.

La mirada de Trilden pasó por mi medallón, casi igual al suyo, un disco circular formado por espirales. Zephyr significaba aire, y hace mucho tiempo, mi gente eligió ese símbolo y ese nombre para el clan para representar cómo vivíamos en lo alto de los acantilados de una pequeña isla muy lejos del mar. Algunos shaydes nadaban desde el continente, pero construimos nuestras casas lo suficientemente alto, era raro que sufriéramos por ellos o por un ataque de dresalod. Las criaturas marinas atacaban más frecuentemente la ciudad y a veces incluso a los que vivían en las colinas más allá.

Bestias marinas con garras violentas y un apetito por nuestra carne, los dresalods podían escalar casi cualquier superficie. Ya habíamos perfeccionado nuestra destreza con arco y flecha, disparándolos desde los acantilados antes de que llegaran. Debido a eso, no habían atravesado los acantilados en casi un año.

Trilden me dio una palmada en la espalda.

—Te deseo suerte, amigo. —Lo dijo sinceramente.

—Lo mismo te deseo —respondí.

—Vienen —dijo otro con voz baja.

Nos giramos todos a la vez para observar. La anticipación recorría mis venas. ¿Seré elegido esta vez o tendré que volver el año próximo y levantar mi esperanza una vez más?

Solo una mujer corrió por la abertura en la puerta. Se movió rápidamente a través del campo y entró al bosque.

—Tiene un paso irregular —dijo Trilden, aunque no con desdén. Cuando se pierden tantas personas, se aprecia a quienes quedan, sin importar sus habilidades.

—Una cojera no impedirá que tenga orclings —dijo Drabass con una risa baja y apenas audible.

Mi mirada afilada hizo que cerrara la boca, pero nada silenciaría a ese macho. Un día, temía que esta herida envenenada entre nosotros se abriera y de ella se derramara pus. Entonces tendría que ocuparme de ella permanentemente.

Nos quedamos sin aliento mientras la mujer pasaba por debajo de nosotros, cada uno de nosotros escaneando a los demás en busca de la señal que nos indicaría quién sería el elegido para perseguirla.

Fue entonces cuando mi medallón Zephyr brilló, con las puntas en espiral resplandeciendo

con fuerza.

Los demás resoplaron y negaron con la cabeza. Descartaron a la primera mujer y dirigieron miradas hambrientas hacia la puerta, donde aparecería la segunda.

Trilden me dedicó una sonrisa.

—Ve a buscar a tu compañera. Ella te pertenece solo a ti.

Con el corazón elevándose hacia el cielo, salté de la rama, aterrizando suavemente en el suelo.

Luego corrí tras la mujer, ansioso por reclamarla.

CAPÍTULO 3

ELERI



El miedo recorría mis venas mientras me arrastraba a través del denso bosque, tratando de encontrar un camino con solo la luz tenue de la luna filtrándose a través de los árboles. Mi pierna derecha protestaba con cada paso. Ya había aceptado desde hacía mucho que mi pierna nunca funcionaría como quería, pero sentía una punzada en el estómago al darme cuenta de que, incluso en este momento, cuando más la necesitaba, aún me fallaba.

Con cada parpadeo, veía a Zur tirado muerto en el suelo otra vez, y todo lo que podía hacer era evitar sollozar. Pero algo así llamaría la atención.

Si dejaba que mi tristeza me consumiera, colapsaría. Entonces los orcos me encontrarían, o algo igual de aterrador.

Las ramitas y las hojas crujían bajo mis pies, y el sonido de mi corazón errático era un retumbar constante en mis oídos. Disminuí el paso. Era mejor moverme con cuidado que anunciar al mundo que estaba aquí.

—¿Crees que los orcos no te vieron salir de la fortaleza? —susurré mientras tropezaba con una rama que no vi a tiempo. Con un tirón hacia la izquierda, me recobré antes de caer de rodillas. Cada una de mis respiraciones entrecortadas se sentía forzada, como si el aire estuviera denso de terror, añadiendo peso a mi pecho.

Un bajo y retumbante gruñido resonó a través de los árboles, helándome la sangre. Me detuve, mirando a mi alrededor, buscando la fuente, pero no vi más que sombras que parpadeaban, burlándose de mi vulnerabilidad. Un escalofrío recorrió mi piel, pero seguí adelante. Si lograba encontrar un lugar donde esconderme, podría quedarme allí hasta el amanecer. Los shaydes regresarían a sus guaridas, y los orcos dejarían el área, ¿verdad?

No sabía la respuesta a esa pregunta.

No podía regresar a la fortaleza. Mi única salida de la trampa en la que me había encontrado era a través del bosque. ¿Tomaría otro pueblo a alguien como yo si les contaba lo que había pasado?

Si mis amigos y vecinos creían que era una asesina, los extraños también lo creerían.

Alcancé un pequeño claro salpicado de árboles de nuevo crecimiento y comencé a atravesarlos para llegar al otro lado.

Un susurro resonó en los arbustos a lo largo del borde, y me detuve, como un ciervo paralizado por el terror.

Una manada de ashenclaws hambrientos emergió del espeso bosque; rodeándome antes de que pudiera hacer un solo sonido.

Mi corazón saltó hasta la garganta, ahogándome, y me recosté contra un árbol robusto. Miré

hacia arriba rápidamente para ver si podía alcanzar una rama y escalar fuera de su alcance, pero las ramas estaban demasiado altas.

Los ojos de los ashenclaws brillaban con un hambre despiadada y estaban fijos en mí, como una manada de demonios implacables sedientos de presa fresca. El pánico me oprimía el pecho, instándome a huir, pero mi pierna seguiría traicionándome. No había forma de que pudiera correr más rápido que ellos.

Viendo un palo en el suelo, lo levanté y lo balanceé en círculo, blandiéndolo como si realmente pudiera usarlo para defenderme.

Ellos se acercaban lentamente, rodeándome, formando un cerco. Las partes superiores de sus cabezas me llegaban al pecho y su grueso pelaje gris ceniza, que les daba su nombre, relucía a la luz de la luna. Garras tan largas como mi dedo meñique se clavaban en el suelo mientras sus músculos se tensaban, preparándose para saltar hacia mí.

Eran depredadores, cazaban en manada, con sus feroces dientes incapacitaban a su presa desgarrando tendones. Cuando la víctima caía, le arrancaban la garganta.

Luego, se daban un festín. No importaba si la persona seguía viva.

Intenté tragar, pero el nudo de miedo en mi garganta lo impidió.

Los gritos y alaridos de los orcos cazando una novia resonaban entre los árboles, mezclándose con los gruñidos bajos de los ashenclaws. El destino mismo conspiraba en mi contra, forzándome a una situación sin salida. Las lágrimas nublaron mi visión, pero las reprimí con un resoplido. Si iba a caer, lo haría luchando.

Los ashenclaws cerraron más el círculo, chasqueando sus mandíbulas con hambre. Acerqué el palo hacia el más cercano en un intento inútil por intimidarlo. Pero los demás solo se volvieron más audaces, con sus ojos feroces estrechándose al mirarme. Sus pesadas patas los acercaban tanto que el hedor rancio de su aliento nublaba mis sentidos.

Lucharía contra ellos todo lo que pudiera. Incluso cuando mis padres me abandonaron, no me rendí. Y ahora recordaba haber tomado un palo, como hoy, decidida a hacer todo lo posible por sobrevivir.

Un gruñido feroz rasgó la oscuridad a mi derecha, y un orco emergió del bosque hacia el claro.

Saltó sobre la línea de los ashenclaws como una deidad vengativa, con un grueso bastón en la mano.

Sus ojos se fijaron en los míos con una intensidad que hizo que miedo y alivio recorrieran mis venas. O los ashenclaws me arrancarían la garganta o este orco me reclamaría como suya, lo sabía en mi corazón.

Chocando sus colmillos, el orco cargó contra la amenazante manada de ashenclaws, blandiendo su arma con precisión letal. El crujido del bastón contra mandíbulas que gruñían resonaba en el aire, rompiendo el agarre del terror que me mantenía cautiva. En esta danza violenta entre depredadores, él era mi inesperado salvador, un feroz guerrero protegiendo lo que seguramente veía como su futura novia.

Mi aliento quedó atrapado mientras lo veía saltar y golpear, cada movimiento potente desatando una ola de energía salvaje y desesperada que despertó mis instintos. Su largo cabello negro con matices verdes inesperados se balanceaba sobre sus hombros, y sus gruesos músculos se tensaban bajo su piel verde-dorada mientras me defendía implacablemente.

Este no era el orco del que hablaban las historias de mi aldea—un monstruo indomable—sino un guardián impulsado por algo que no podía definir. Me sentía dividida entre huir de los ashenclaws y un inesperado deseo de proteger al imponente macho que arriesgaba su vida para

salvar la mía.

Su piel tersa brillaba bajo la luz de la luna. Lanzó un grito de batalla y atacó a los ashenclaws, mostrando una fuerza y agilidad asombrosas.

Cuando solo quedó un ashenclaw en pie, el orco se acercó a él.

—Atrévete, bestia —gruñó—. Y enfréntate a mi ira.

La criatura saltó al mismo tiempo que el orco, y chocaron. El bastón del orco cayó al suelo del bosque, y vestido solo con un taparrabos de cuero, luchó contra el ashenclaw. Las garras de la bestia desgarraron el pecho del orco, pero no soltó ni un grito. Sus gruesos brazos se tensaron, y líneas de esfuerzo se marcaron en su rostro mientras rodeaba el cuello del ashenclaw.

Los dientes de la criatura le arañaron el rostro, pero el orco no aflojó su agarre. Siguió aferrándose mientras la bestia golpeaba su cabeza, sin soltarla hasta que la luz desapareció de sus ojos y su cuerpo quedó inerte.

El orco arrojó a la criatura a un lado y se giró para mirarme, con su gruesa sangre verde fluyendo libremente de las heridas en su rostro, cuello y pecho.

Avanzó hacia mí, extendiendo una mano como en súplica, pero se desplomó en el suelo antes de llegar a mi lado.

CAPÍTULO 4

ODIK



Desperté con un dolor sordo en la sien derecha, tendido en el suelo con la cabeza apoyada en algo suave. La luna llena brillaba sobre nosotros, y el aire estaba impregnado del aroma de la tierra y flores nocturnas en plena floración. Al abrir los ojos, me encontré mirando el rostro preocupado de la mujer. Sus dedos rozaban suavemente mi frente, aliviando el punzante dolor de cabeza. Una mirada hacia abajo me reveló que había atendido mis heridas, de algún modo envolviendo mi pecho con tiras de tela arrancadas del dobladillo de su vestido.

Era tan pequeña en comparación conmigo; dudaba que la parte superior de su cabeza alcanzara mi pecho. Debió ser un desafío moverme para vendar mis heridas.

—¿Estás bien? —preguntó en la lengua universal. Un atisbo de miedo destelló en sus intensos ojos marrones. ¿Pensaba que la lastimaría?

Posiblemente. Nos trataban con respeto mezclado con desprecio, y había oído que construían enormes y falsas historias sobre nosotros y la caza.

Era increíble que ella no huyó después de que derroté a los ashenclaws. La admiraba por quedarse aquí a atenderme. Y con el bastón que sujetaba, también se había quedado para defenderme.

Me sentí humillado al pensar que esta pequeña humana haría tal cosa por mí.

—Estoy bien —respondí con voz grave por el encuentro con los ashenclaws y la admiración que sentía por mi pareja elegida del clan—. Gracias.

Ella metió un mechón de cabello rojo como el fuego detrás de su oreja, sus ojos parpadeando entre el miedo y la determinación.

—De nada. Soy Eleri —susurró, casi inaudible.

—Odik.

Repitió mi nombre y el sonido de él en sus labios hizo que mi cuerpo cobrara vida. No pude evitar sentirme atraído por ella. Estaba cautivado por su pequeño cuerpo, sus curvas llenas, y su valentía.

Me dolía la cabeza por el golpe de los ashenclaws, pero no podía seguir acostado en el calor de su regazo. A regañadientes, me levanté y tomé mi bastón de su firme agarre.

—Te reclamo en el nombre del Clan Zephyr —dije solemnemente—. Eres mía, y nada nos separará jamás.

Un escalofrío recorrió su cuerpo, pero, de nuevo, no huyó. Se puso de pie y presionó su espalda contra un árbol.

Las mujeres humanas que los orcos reclamaban en cacerías anteriores decían que se les decía que las arrastrábamos al suelo y nos apareábamos con ellas de inmediato. Las reclamábamos de

la manera más brutal posible. Que básicamente éramos animales.

¿Habían dicho los aldeanos que, en cambio, las valorábamos, las apreciábamos? Las amábamos y ellas pronto sentían lo mismo, soportando con gusto a nuestros orclings. Permaneciendo felices a nuestro lado.

Extendí la mano hacia ella.

—¿Vendrás conmigo a mi hogar, construido sobre una isla en el mar lejano? — No le dije que como pareja del caedos del clan, sería honrada y respetada. Mejor que lo vea por sí misma. Entonces lo creería.

Ella tragó saliva y apretó su mano contra su costado.

—No... —Su mirada se desvió hacia la dirección por donde había venido, y el miedo creció en sus ojos.

Me giré, pero no encontré nada allí.

—Necesitamos dejar este lugar antes de que los shaydes se acerquen a los cadáveres —dije —. Cazan de noche, y el olor de sangre llena el aire.

—¿A dónde me llevarás? —una duda tembló en su voz, y el sonido me desgarró. Era común que las parejas predestinadas como nosotros se enamoraran rápidamente. Ya sentía que me atraía como a nadie.

—A territorio del Clan Zephyr. Te lo prometo —presioné mi puño contra mi pecho—. No te haré daño ni te tocaré con nada más que respeto. Además, no llevaré las cosas más allá hasta que me conozcas mejor. — Mi corazón latía más rápido de lo que debía, porque ya la deseaba.

Ella puso su mano en la mía, y mi alma se estremeció. Sentí como si la tierra se moviera bajo nosotros, como si las estrellas en el cielo se abrieran y nos lloviera luz.

Como si mi destino estuviera en la pequeña mano de Eleri.

CAPÍTULO 5

ELERI



¿Por qué no estaba corriendo de él, gritando aterrada?

Para ser honesta, cuando cayó a mis pies, contemplé huir. Pero él me había protegido de la muerte segura, ¿cómo iba a dejarlo cuando estaba completamente vulnerable?

En lugar de eso, arranqué la parte inferior de mi falda y le vendé las heridas, limpiando la marca larga y dentada en su rostro que dejaría una cicatriz, además de las heridas profundas en su pecho. En lugar de hacerlo parecer aún más salvaje, la marca en su rostro le otorgaba una apariencia feroz, casi heroica.

Por alguna razón, los destinos habían decidido que él era mi héroe.

Suponiendo que pudiera confiar en él. Iba a ir con él por ahora y decidir más tarde. No es que tuviera muchas opciones en medio del bosque. No podía defenderme, pero él ya había demostrado que lucharía para protegerme.

Mientras lo alzaba sobre mis piernas y sujetaba su bastón, preparándome para defenderlo si podía, una risa tonta estuvo a punto de estallar de mi garganta. La reprimí, preocupada de que, si la dejaba salir, no pararía de reír. De pasar de encontrar muerto a mi padre a ser acusada de asesinarlo, a estar sentada en el suelo del bosque con la cabeza de un enorme orco en mis piernas, como si estuviéramos de picnic y él se hubiera quedado dormido.

Su respiración tranquila me relajó, y me concentré en él en lugar de en los cuerpos que yacían a nuestro alrededor, pero nunca fui más agradecida cuando despertó y tomó su bastón. Yo no era una guerrera. Al contrario, era la persona más débil en la aldea.

Por eso sabía que ningún hombre querría tenerme.

Cuando anunció que yo era suya, algo profundo dentro de mí floreció. Esa parte de mí no tenía miedo. Por el contrario, me emocionaba la idea de pertenecer a alguien que realmente me deseaba.

Él quiere una pareja, me recordé. No exactamente a mí.

Pero cuando juró no tocarme hasta que yo estuviera lista, sentí que quería lanzarme a sus brazos. Aferrarme.

Tenía que estar fuera de mi mente. Este era un orco brutal, la bestia de mis pesadillas infantiles. No era un salvador, y se impacientaría cuando no cediera. Me reclamaría pronto, dijera yo que lo quería o no.

Pero juro que vi bondad en sus hermosos ojos dorados.

Me guio a través del bosque, tomando un camino que solo veía cuando él lo pisaba. No dejaba de mirar a su alrededor con intensidad, pero no oí shaydes ni más ashenclaws—, por ahora.

Caminamos más de lo que me hubiera gustado, con su mirada afilada observando todo a nuestro alrededor, incluida la manera en que tenía que levantar la pierna para mantener su ritmo rápido.

—¿Estás herida? —preguntó en voz baja.

—No, esto es... yo.

—Ya veo. —Sus palabras salieron cortadas, como si estuviera enojado. Ojalá no fuera conmigo, aunque probablemente lo estaba. Todos se impacientaban conmigo pronto. Excepto Zur. Él era el único que reduciría su paso para que pudiera seguirle.

Y ahora él estaba muerto.

Era mi culpa. Ella lo mató para vengarse de mí.

—Me lesioné cuando era pequeña —dije—. No recuerdo cómo pasó porque solo tenía tres años en ese momento. Fue horrible, sin embargo. El recuerdo del dolor aún me despierta en la noche. Las palabras salieron de mí de golpe, como un vómito incómodo porque quería terminar con eso. —Tengo una cicatriz en el muslo. Es grande, pálida y rugosa. Quien haya cosido mi carne no podría hacer un bordado fino. Yo debería saberlo. También hago puntadas perfectas. —Suspiré—. En fin. Desde entonces no he caminado bien.

—Caminas como tú, *Eleri* —dijo gruñendo—. Eso es suficiente para mí.

Por ahora, al menos.

En lo que respecta al futuro... sabía cómo terminaría todo esto.

Mi corazón se apretó. ¿Era sabio de mi parte ver siquiera un atisbo de bondad en este orco? Cada vez que había confiado en alguien en el pasado, eventualmente se habían burlado de mí o me habían despreciado.

Odik me había reclamado como su pareja, y no pasaría mucho antes de que él me penetrara con su miembro. ¿Le importaría que nunca hubiera estado con un hombre, o rasgaría mi himen en su necesidad de plantar su semilla de orcling profundamente dentro de mí?

Él miró nuestras manos entrelazadas antes de que sus ojos agudos se posaran en mi rostro. El terror debía reflejarse allí. Estaba tan arraigado dentro de mí que hacía temblar mi cuerpo.

—Perdón, estoy haciendo que vayamos más lento —dije, con los dientes castañeando—. Vamos... a algún lugar, y supongo que mi paso está impidiendo que lleguemos a tiempo.

—Nunca temas, pequeña. — Me levantó en sus brazos, y sus pasos consumían rápidamente los cliks. ¿Me llevaría todo el viaje durante la noche? Parecía que sí, porque seguía avanzando, con sus pasos firmes y sus pulmones respirando sin dificultad.

Su calor me envolvía. Seguramente estaba mal acurrucarme en su pecho y dejarme adormecer.

Había trabajado duro durante doce horas haciendo costuras finas.

Me había levantado al amanecer para preparar el desayuno de Zur

¡Zur! Gritó mi corazón. No dejaba de imaginármelo tendido muerto en su propia sangre. La mueca de desprecio en el rostro de Birgid. Yo acusada de matarlo cuando Birgid era quien había empuñado la espada.

Me quedé dormida, y las pesadillas tomaron el control. Solo los suaves murmullos de alguien me calmaban.

Desperté cuando Odik saltó sobre algo y me acomodó en su regazo, sus brazos permanecían protectores alrededor de mí.

Al mirar hacia abajo, a lo que ahora montaba, mis ojos se abrieron sorprendidos.

La enorme bestia de escamas verdes sobre la que estábamos saltó hacia el cielo, con sus largas alas desplegándose para atrapar el viento.

CAPÍTULO 6

ODIK



—Estoy volando —exclamó Eleri—. ¡Estoy volando! — Sus brazos se levantaron, y echó su cabeza hacia atrás contra mi pecho—. No puedo creerlo. No he corrido desde que tenía tres años, ¡pero ahora estoy! ¡Volando!

—No tienes miedo —grité sobre el viento que nos azotaba.

—¿Debería tenerlo? —me miró por encima del hombro, y juré ver travesura en sus ojos—. Tú saltaste a esta cosa y...

—Vox.

—¿Perdón?

—Estamos montando un vox.

—Y es un lindo vox. Escamas verdes. ¿Quién lo hubiera pensado?

—Su nombre es Zarran. —No estaba seguro de qué pensar sobre mi compañera. Inicialmente vino conmigo voluntariamente, algo que había escuchado que no era común. Las otras mujeres humanas luchaban contra sus compañeros al principio. Tomaba tiempo y paciencia demostrarles que no debían tener miedo.

Luego compartió algo de su pasado y el miedo parecía consumirla. Dormía en mis brazos de manera confiada, pero sus agudos gritos me decían que tenía pesadillas.

¿Qué clase de vida había tenido?

Ahora mi compañera actuaba como si estuviera en una aventura.

—¿Puedo acariciar a tu vox más tarde? —preguntó.

—¿No tienes miedo de que te muerda la cabeza?

Una risa burbujeó en su voz.

—¿Lo hará?

—Por supuesto que no.

—Entonces, ¿por qué preguntar si tengo miedo de que me haga daño? Obviamente no lo hará o no estaríamos montándolo. Lo conoces lo suficiente para darle un nombre.

—Sí, lo conozco. Me uní a él desde el momento en que salió de la semilla. Trabajé duro con él, enseñándole comandos de pies. Es un vox leal y amistoso.

Se recostó contra mí.

—¿Ves? Sabía que no tenía nada de qué temer.

—¿Te gusta volar?

—Bueno, nunca lo había hecho antes. Pero siempre me toma el doble de tiempo que a los demás ir de un lugar a otro. Mi pierna me ha retenido casi toda mi vida. Me encanta viajar por el cielo sobre una gran criatura alada llamada Zarran e ir a algún lugar rápidamente. Es bastante

liberador. —Inhaló profundamente y exhaló.

—Yo siento lo mismo. —Un fruncimiento apareció en mi ceño—. ¿Por qué no tienes miedo de mí?

—Estoy segura de que debería tenerlo.

—En realidad, no deberías. Te dije que no te reclamaré como mi compañera hasta que estés lista.

—Y por eso no tengo miedo. En la aldea, todos cuentan historias terroríficas sobre los orcos, sobre cómo son seres fieros...

—Lo somos.

—Lo pude ver cuando peleaste contra los ashenclaws. Verte luchar contra ellos fue tan emocionante como asombroso.

—¿Por qué asombroso?

—Porque todos los demás habrían corrido en la dirección opuesta.

—Eres mi compañera. Mi predestinada. Mi colgante de clan te eligió para mí. Sería un mal compañero si corriese y no me quedara para defenderte.

—¿Qué quieres decir con que tu colgante de clan me eligió para ti? —Levantó los brazos, echó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados y sonrió.

Sentí lo mismo el primer año más o menos en que monté a Zarran, una vez aprendí a sujetarme y no caerme. ¿Cuándo perdí la alegría de volar?

Tal vez cuando asumí la carga de liderar a mi pueblo.

Preocuparse por eso me consumiría pronto. Por ahora, lo dejé de lado para concentrarme en mi compañera.

—Nuestros colgantes siempre eligen. —Dándome cuenta de que no era suficiente explicación, continué, esperando no aburrirla—. Hay seis clanes de orcos, y cada miembro lleva un colgante con un símbolo diferente. Cuando nos encontramos con nuestra predestinada, nuestros colgantes brillan. El mío lo hizo cuando dejaste la fortaleza.

—Ah, interesante. ¿Es mágico?

Me encogí de hombros.

—Nadie sabe por qué.

—Noté que tu colgante tiene espirales.

—Para representar el aire. Soy Caedos del Clan Zephyr.

—¿Caedos?

—Líder.

—Ah.

—¿Qué significa "ah"?

Las mujeres eran criaturas complicadas. Desde que los shaydes mataron a la mayoría de ellas hace cinco años, solo había interactuado con unas pocas.

—Solo significa que lo asumí. Tienes una presencia dominante.

Mi pecho se hinchó de orgullo.

—Gracias.

—Y tomas el control con bastante facilidad.

¿Ni siquiera me había visto entre mi gente y ya lo había notado? Mi pecho se expandió aún más.

—Como dije, Zephyr representa el aire —dije—. Mi gente vive en una isla, lejos en el mar, que sobresale hacia el aire.

—Y tu vox te lleva volando desde la orilla hasta tu hogar.

—Usamos voxes para transporte, pero también en batalla.

—Los shaydes son criaturas espantosas.

—Mataron a la mayoría de nuestras mujeres. Nos han atacado durante muchas generaciones, pero hace cinco años se agruparon en grandes manadas y nos desafiaron a todos de una sola vez. Perdimos muchos guerreros, pero lo peor de todo fue que encontraron el edificio donde habíamos ocultado a nuestras preciosas mujeres. Mataron casi a todas.

—Por eso firmaron el tratado con nosotros —dijo ella, sus dedos temblando donde los había colocado sobre sus muslos.

—Tu aldea necesita protección, y necesitamos orclings si nuestra especie va a sobrevivir.

—Dos mujeres al año no les dará muchos orclings.

—Tendrá que ser suficiente. No queremos pedir más.

—¿Por qué no? Imagino que la aldea les daría más si lo exigiesen.

—Porque su población no podría sostener más de dos.

—Eso me sorprende —dijo—. Hay más de mil personas en la aldea, y más mujeres que hombres en general. Imagino que podríamos darles cinco o diez al año.

Mi compañera era una mujer interesante.

—Ya firmamos el tratado. Sería incorrecto pedir cambios.

Se encogió de hombros.

—Tal vez vayan a las murallas de la fortaleza y pidan hablar con las mujeres.

—¿Ellas hablarían con nosotros? — No podía imaginar tal cosa. Nos temían. Gritaban aterradas cuando nos veían.

—Si supieran que no son bestias horribles —dijo—. Las mujeres podrían unirse a ustedes voluntariamente.

—¿Lo harían? —pregunté, escéptico—. Somos grandes, verdes y tenemos cuernos. No somos pequeños y delicados como las mujeres humanas.

—Podemos parecer delicadas, pero apuesto a que los sorprenderíamos. La mayoría de nosotras somos duras por dentro, donde realmente importa.

—Estoy empezando a sospechar que tienes razón —dije. Al menos con ella. Otros orcos no habían tenido la misma experiencia con sus compañeras al principio. Esto me hizo sentir más liviano el corazón. Tal vez encontraría paz y consuelo con mi compañera, no una lucha como otros. Aclaré mi garganta—. ¿Por qué no corriste cuando me desplomé? — Algo que me avergonzaba profundamente, aunque no iba a recordárselo. Nunca había perdido el conocimiento después de una batalla y esperaba no volver a hacerlo.

—Porque estabas herido. No te desplomaste. Sospecho que te noquearon. ¿No recuerdas al último ashenclaw golpeándote la cabeza? —respondió ella.

—Vagamente. Maté a todos los ashenclaws. Si hubieras huido, estoy seguro de que habrías sobrevivido.

—Si mi guardián me hubiera dejado en el bosque cuando tenía tres años, ¿habría sobrevivido?

—Eras joven. Estabas gravemente herida.

—Tú también estabas gravemente herido.

—¿Tienes debilidad por aquellos que necesitan ayuda?

—No me pareció correcto dejarte —se encogió de hombros.

¿La conexión ya la estaba influenciando? Aquellos elegidos por los colgantes del clan se enamoraban rápidamente de sus compañeros, y esto había sucedido universalmente con las mujeres enviadas desde la fortaleza para ser reclamadas.

No podía imaginar a nadie queriéndome aparte de por un sentido de deber, como los que cuidaba en mi aldea. Sin embargo, algo profundo dentro de mí deseaba sentir el amor de alguien especial, una persona que se preocuparía por mí cuando nadie más pudiera.

¿Era Eleri esa persona? Ojalá los destinos lo hicieran posible.

—Cuéntame sobre los otros clanes. ¿Qué símbolos llevan? —preguntó Eleri.

—Los del Clan Basselt o de la tierra viven en el corazón de la enorme cadena montañosa cerca de nuestra ciudad más grande.

—¿En cavernas?

—Eso he oído. Dicen que allí todo brilla, pero no puedo imaginarlo. No he visitado. Prefiero el sol y el mar —respondí, incluso si la falta de lluvia estaba diezmando a mi clan—. Luego tenemos a los Azuris o clan del agua. Viven principalmente en la ciudad construida a lo largo de la costa. Mi amigo Jaus es el nuevo comandante militar. Cuando atacan los dresalods, él lidera la carga.

—Me sorprende que tu clan no sea Azuris, ya que vives lejos del mar.

—Los clanes fueron elegidos hace muchas generaciones. Zephyr nos representa.

—Ah.

De nuevo, ese "ah", como si estuviera procesando todo lo que decía, pero sin juzgar. Una sensación de satisfacción se instaló en mí, la primera vez que saboreaba ese sentimiento en mucho tiempo. El peso de la supervivencia de mi pueblo había recaído sobre mí cuando aún era muy joven para asumir semejante carga. Mi padre murió durante la gran batalla contra los shaydes hace cinco años, cuando tenía diecisiete, y solo Crickin, el padre de Drabass, me desafió. Mi padre me entrenó bien, y gané el combate.

Nadie más había intentado reclamar el liderazgo. Nuestra vida era dura, y subsistir en las islas ya era lo suficientemente desafiante sin tener que lidiar con las tareas diarias de un caedos. La mayoría podía verlo.

No Drabass, pero él era un tonto. Habría sido un mal caedos, y a pesar de que no siempre deseaba tener ese papel, los destinos fueron sabios al elegirme.

Ahora habían demostrado nuevamente su sabiduría con Eleri.

—Los otros clanes son Lumen, para el sol —dije—. Viven en lo alto de las montañas, y muchos son parte de la familia real. Los otros dos clanes son los Malis o clan de las sombras, que viven en el bosque, y el Ember o clan del fuego. Ellos viven más allá de las montañas en un clima árido y seco. Ellos crían a nuestros voxes.

—¿Vas allí a reclamar uno después de que nazca?

—Se forman dentro de una semilla que es la mitad de mi tamaño, y cuando salen, se sabe que se vinculan con la persona más cercana. En tiempos antiguos, era con su progenitor, pero ahora todos los machos y hembras elegibles viajan al Clan Ember para estar allí durante la eclosión. Permanecemos el tiempo suficiente para que el vox crezca lo suficiente como para volar, alimentándolo y acicalándolo para que reconozca nuestro toque. Aprendemos a volar junto a ellos, luego los llevamos a nuestras casas para que sepan dónde encontrarnos. Anidan cerca de nosotros, pero siempre regresan a territorio Ember cuando están listos para procrear, aunque eso solo ocurre cada tres años.

—Fascinante.

De nuevo, ella no estaba asustada. Esta mujer enfrentó a los ashenclaws con solo un palo. Montó a mi vox sin miedo. Y me enfrentó con una mirada de acero.

Era digna de ser mi compañera.

¿Sería yo digno de ella?

CAPÍTULO 7

ELERI



Viajamos durante la noche, y Odik guio su vox hasta un prado cuando el amanecer floreció en el horizonte.

No estaba segura de lo que pensaba sobre haber sido elegida por su clan. ¿Podrían los destinos enviar un colgante para dar a las personas guía? ¿Quién era yo para decirlo? De alguna manera, los destinos me enviaron a Zur cuando era una niña a punto de ser devorada por shaydes.

Un sollozo burbujeó en mi garganta, pero lo tragué de nuevo. Ahora no era el momento para llorar por mi padre perdido. Lo haría cuando nadie pudiera verme, y juzgarme, aunque no estaba segura de que Odik se riera. Él parecía serio, estoico, y lleno de compasión. Supuse que tendría que serlo para liderar a su clan desde una edad tan temprana.

Él había perdido a su padre, lo que significaba que entendía mis sentimientos.

Y ahora estábamos emparejados.

Nunca había pensado que alguien escogería casarse conmigo, no con mi cojera, así que no estaba segura de qué pensar acerca de tener un esposo. Todos en el pueblo me habían despreciado.

Sin embargo, Odik no me rechazó, o no lo había hecho hasta ahora. Tal vez mi cojera no fuera algo tan grande para él. Él había aceptado mi defecto tranquilamente, como si fuera algo con lo que lidiar, pero no algo que nos detendría.

Esto… me agradaba.

Sin embargo, no me quedaría con él solo por gratitud. Esperaría a leer su verdadero carácter. Si seguía sintiendo que él era un buen hombre, me quedaría con él. Volver al pueblo no era una opción, y necesitaba vivir en algún lugar.

¿Llegaría a amarlo?

Mis compañeros del pueblo me despreciarían si supieran que estaba contemplando cuidar a un orco, pero nunca había permitido que la opinión de otros sobre mí importara, y no lo haría en esto.

Zarran aterrizó en el prado, y Odik saltó al suelo. Levantó la mano y me tiró de la espalda, sosteniéndome cuando mis piernas amenazaron con ceder.

—Siento como si estuvieran permanentemente dobladas hacia afuera —dije con una risa baja. Mis muslos se retorcieron y mi pierna mala dolía, aunque eso no era nada nuevo.

—Te daré un masaje en las piernas más tarde, si quieres —respondió él, con la voz profunda y áspera, y no pasaba desapercibida la mirada apreciativa que deslizaba por mi cuerpo. Me hizo arder la piel y ese lugar secreto entre mis piernas palpitaba. Nadie me había tocado allí aparte de

mí.

¿Cómo sería sentir la mano de Odik allí? ¿Sabrá qué hacer o solo procederá cuando le diga que está bien hacerlo?

No, él solo había ofrecido un masaje en las piernas. Si no quisiera tocarme en general, no habría hecho la sugerencia.

—Sería amable de tu parte —dije, esforzándome por sonar neutral y no necesitada. No era una pequeña chall necesitada de mimos.

Él me asintió rápidamente.

—Déjame preparar nuestro campamento, y después lo haré por ti.

Miré alrededor, observando el bosque circundante, inhalando el aire fresco que salía de los recovecos sombríos. Él me había dicho que el Clan Malis vivía allí, aunque no veía ninguna señal de personas. Sin embargo, el bosque era enorme, y podría ser que vivieran en otra sección.

¿Cómo podía un clan vivir donde cazaban los shaydes?

Mi piel se erizó al pensar en nunca tener un lugar seguro donde esconderme. Las murallas de la fortaleza nos encerraban tanto como nos daban protección, pero al menos allí podía dormir por la noche sin preocuparme por un ataque.

Un ataque de los shaydes, quiero decir.

Birgid era igualmente violenta. ¿Algún día encontraría venganza por lo que ella hizo? Tal vez algún día lo haría.

—Encenderé fuego —dijo Odik. —Eso mantendrá a los ashenclaws y shaydes alejados, aunque ambos suelen cazar solo por la noche.

—Somos afortunados de poder volar sobre ellos.

—En efecto —respondió él mientras caminaba hacia el bosque y recogía ramas caídas. Yo arrastré mis pies tras él, con mis piernas temblando y mi espalda ardiendo de dolor. ¿Cómo podían los orcos montar voxes sin estar tan adoloridos como yo? Probablemente con práctica.

Recogí palos para encender fuego, llevándolos hasta donde él había tallado un pequeño pozo con la espesa hoja al final de su bastón. Lo llevaba en una funda en su espalda, y al igual que montar voxes, apostaba a que también eso llevaba práctica. De lo contrario, le cortaría la cabeza a alguien si giraba demasiado rápido. O se perforaría el hombro mientras lo metía en la funda.

Se agachó junto al pozo y cuidadosamente apiló las ramitas que había recogido, agregando las más gruesas y luego ramas más pesadas. Con un trozo de yesca, pronto consiguió que una llama alegre encendiera. El día se calentaría y podría ser caluroso cerca del fuego, pero el saber que mantendría a las criaturas alejadas me hizo disfrutar del calor.

—Siéntate —dijo. Sacó un paquete envuelto en tela encerada de una bolsa y lo desenvolvió mientras yo cuidadosamente me dejaba caer al suelo junto a él.

Fue un paraíso estirar mis piernas y mover los dedos de los pies que había metido en mis zapatos.

Rompió un puñado de semillas, nueces y bayas secas y me entregó una pieza.

—No es mucho, pero satisfará tu estómago.

—Gracias —dije, dedicando un gran bocado, saboreando los sabores suavemente dulces que competían con las semillas saladas.

Sacó una botella de agua de la bolsa y también me la ofreció. También tenía un toque de sal, pero bajó tan fácilmente como la comida. Me había dado un apetito increíble.

—¿Conoceré a otras mujeres humanas? —pregunté mientras seguíamos comiendo. Moví las piernas, luchando por encontrar una posición en la que no dolieran. Sin mucha esperanza de lograrlo.

—Eventualmente.

—¿Qué significa eso?

—Como te dije, el Clan Zephyr vive lejos en el mar. Serás la primera mujer humana que viva allí.

—Estoy deseando verlo —dije, luchando por evitar que mi voz sonara melancólica. No podía poner todas mis esperanzas secretas de un hogar y una familia en Odik. Tal vez nunca haría más que tolerar mi presencia. La idea de que alguien me amara fuera de Zur era un concepto extraño.

Odik plantaría orclings dentro de mi cuerpo una vez le dijera que estaba lista. Solo podía esperar que me tratara con amabilidad.

Curiosamente, casi podía imaginarlo mirándome con algo más que amabilidad.

¿Era tonta por esperar su amor?

CAPÍTULO 8

ODIK



—Estás incómoda —dije. Ella seguía cambiando de posición, y aunque intentaba disimularlo, hacía una mueca cada vez que se movía.

No fue difícil recordar lo rígida y adolorida que estaba después de mi primer paseo en Zarran.

Ella encorvó los hombros.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Porque nunca es bueno admitir debilidad.

Eso me sorprendió.

—Nunca has montado un vox, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—Y montaste toda la noche. Yo no podía caminar después de mi primer paseo, y eso fue solo por unas pocas horas. — Hice un gesto con el dedo hacia ella. —Ven. Acuéstate y levanta tu falda, compañera.

Su mirada sorprendida se encontró con la mía, y me reí ante su suposición.

—¿No te dije que no te reclamaría hasta que estuvieras lista? —dije. —Como ofrecí antes, quiero masajear tus piernas. Nada más.

—Lo siento. Supongo que no confío fácilmente.

—Y yo no te he dado muchas razones para que creas que puedes confiar en mí, pero espero que puedas ver algo bueno en mi corazón y saber que siempre voy a protegerte y apreciarte.

—¿Por qué?

—Porque eres mi compañera.

Ella frunció los labios.

—Según tu clan. Dudo que me eligieras por ti mismo.

¿Por qué su voz sonaba tan llena de autodesprecio?

—Tal vez sí lo haría si nos hubiéramos encontrado bajo circunstancias normales. Eres bonita.

—Querer lleva tiempo para desarrollarse y no tiene nada que ver con cómo luce una persona por fuera.

Me gustaba escuchar la firmeza en su voz. Había sido calmada y relajada conmigo, y aunque era agradable que no estuviera luchando contra mí, me preocupaba que, a pesar de la fuerza que mostró la noche pasada, pudiera no ser lo suficientemente fuerte para la vida dura que llevaríamos en la isla. Ahora no me preocupaba tanto.

—En el bosque, cuando atacaron los ashenclaws, vi más que tu superficie —dije. —Vi a una

mujer dispuesta a proteger y curar mis heridas. Que habría hecho todo lo posible no solo por protegerse, sino también por mí. Así que no pienses que solo noto tu cabello hermoso, que me recuerda a los atardeceres más bonitos, o el color de tus ojos, ni mucho menos tu forma deleitable y voluptuosa.

Ella soltó una risa.

—No soy nada de eso, aunque aprecio tus amables palabras.

—Hablé desde el corazón, no para ser amable. No te ves como yo te veo.

Ella inclinó la cabeza.

—No te entiendo. Las palabras que dices, sí, pero no sé por qué eres tan amable conmigo, por qué parece que me deseas.

—¿Acaso nadie te ha dicho que eres especial?

—Una persona lo hizo —dijo con una sonrisa triste. Sus ojos brillaban con lágrimas. —Deberías saber que yo misma me ofrecí para ser la novia de un orco. No me forzaron como a las demás. Ocupé el lugar de otra persona. El hombre que me crió... —sus palabras se ahogaron y las lágrimas recorrieron sus mejillas sonrojadas—. Lo asesinaron, y todos me acusaron de hacerlo.

—¿Lo hiciste?

—Por supuesto que no. Lo amaba.

—¿Te gustaría que volviera y los matara a todos por sus falsas acusaciones?

Ella contuvo el aliento.

—No puedes hacer algo como eso.

—Soy el caedos del Clan Zephyr. Algunos dirían que puedo hacer lo que quiera.

—No puedes matar a un montón de gente.

—Lo haría en tu honor —dije en voz baja.

Ella tragó con fuerza y me acarició el brazo, su toque enviando calor a través de mí. El calor se centró en mi miembro, que tendría que seguir soportando la privación por un tiempo más.

—Gracias —dijo. —Pero preferiría que no lo hicieras. Uno de ellos merece la muerte, pero mejor que se revuelque en la culpa que llevará el resto de sus días. Eso la castigará más que el golpe de tu bastón en su cabeza. Eso acabaría con todo demasiado rápido.

—Solo dilo, compañera —dije, mi voz ronca. —Te juro que haré todo lo que pueda para hacerte feliz.

—No necesitas hacerlo. — Su mirada firme se encontró con la mía. —Un día, aunque no sé cómo será posible, la venganza será mía.

Sí, ella tenía la fuerza que necesitaría para enfrentar los desafíos que vivir en la isla nos traería.

Era hermosa. Nadie diría lo contrario. Pero sí veía más allá de su superficie.

Vi a una mujer que podría amar con facilidad.

CAPÍTULO 9

ELERI



En muy poco tiempo, había descubierto que los orcos no eran como mis vecinos murmuraban con horror, tiñendo de miedo sus palabras. Odik no era un monstruo, ni una criatura salvaje, aunque ya había visto lo increíble que era en la batalla. Sospechaba que podría enfrentarse a casi cualquier cosa, y algunos podrían considerar eso salvaje.

Por dentro, realmente era una persona amable.

Mis vecinos se habían equivocado bastante con los orcos.

Me tumbé en el suelo y levanté con cautela mi falda hasta mis muslos, observándolo mientras respiraba con dificultad. No tenía miedo. No, estaba intrigada.

Tal vez era una mujer tonta cediendo ante el primer hombre que me trataba bien. Me ahogaría en lo que él me ofreciera mientras él se alejaría después, completamente ajeno a lo cautivada que me había vuelto con él.

Aunque, Odik no parecía ser ese tipo de persona. No sabía cómo estaba tan segura de esto, pero lo estaba. Él me llamó su compañera, y lo decía seriamente.

Había hablado conmigo, había visto cómo caminaba, y aun así quería reclamarme.

Odik miraba mis piernas tan fijamente que me preocupaba que de repente estuviera viendo mis defectos y los estuviera juzgando como no aptos para aparearse con un orco tan feroz y apuesto. Con un breve asentimiento que no pude interpretar, se acercó a mí, deteniéndose junto a mis rodillas.

Cuando puso sus manos sobre mis piernas, me sobresalté.

—¿Duele? —preguntó, levantando las manos de mí.

—No.

Una mueca pasó por su rostro, pero no dijo nada, comenzando de nuevo con sus palmas cálidas y sus dedos callosos frotando suavemente de mi rodilla a la parte superior de mi pie. No llevaba nada debajo de la falda, salvo mi ropa interior, lo que significaba que mis piernas estaban desnudas.

Levantó mi talón derecho sobre sus muslos y observó la red de cicatrices que recorrían desde arriba de mi muslo hasta el tobillo.

—Esto debió haber dolido horriblemente.

—Tenía tres años cuando sucedió. Solo en mis sueños parece que lo recuerdo, pero cuando despierto con mis gritos, todavía no puedo imaginar nada más que el dolor interminable.

—Lo siento. A veces bloqueamos las peores cosas de la vida para proteger nuestras almas.

—¿Es eso lo que crees que he hecho?

Se encogió de hombros y siguió trabajando en mi pantorrilla. Gemí por lo increíble que se

sentía su toque.

—Eres hábil con tus manos —dije.

Me sonrió, y me sorprendió encontrar que los colmillos y el rostro rugoso de orco me parecieran tan atractivos.

—No puedo decir que haya practicado. Eres pequeña y delicada. Me da miedo lastimarte.

—No creo que puedas.

No sabía cómo lo sabía, pero algo estaba creciendo entre nosotros, algo precioso que quería atesorar.

¿Podría estar enamorándome ya?

Eso sería un error de mi parte. Odik era una buena persona. Nunca me haría daño a propósito. Pero como todos los demás, excepto Zur, dudaba que encontrara la manera de amarme. ¡Bastaba ver lo que hizo Birgid! ¡Mató a la única persona que se preocupaba por mí solo para expulsarme del pueblo!

Estaba demasiado dañada para que alguien se preocupara por mí.

Odik terminó con mi pierna derecha y se trasladó al otro lado para trabajar en la izquierda. Cada movimiento de sus dedos provocaba cosquilleos en mi piel. Me gustaba cuando me tocaba.

Demasiado.

Mientras trabajaba sobre la tensión de mis muslos, el calor comenzaba a girar dentro de mí. No estaba segura de cómo interpretar la sensación, pero sentía que era lujuria. Sus dedos se sentían bien; era natural que pensara en él colocándolos en áreas más íntimas.

La humedad se acumuló entre mis piernas, y me moví en el suelo, de repente deseando más.

Levantó la cabeza como si estuviera olfateando el aire antes de que su mirada dorada me fijara en su lugar. Después de retirar mis piernas de su regazo, puso un brazo de distancia entre nosotros.

—Necesitamos dormir ahora.

—Está bien. — Me sentí débil pero emocionada al mismo tiempo, aunque no sabía por qué estaba emocionada.

—Acuéstate cerca del fuego —dijo bruscamente—. Yo patrullaré la zona y te despertaré al anochecer.

No sabía por qué estaba irritado conmigo, pero no iba a preguntar. Asentí y me acurruqué cerca del fuego.

El sueño no llegó rápidamente.

CAPÍTULO 10

ELERI



Odik me despertó cuando el sol comenzaba a ponerse.

—Montamos —fue todo lo que dijo mientras me ayudaba a ponerme de pie.

Cuando mis piernas estuvieron a punto de ceder, me levantó en sus brazos y me llevó rápidamente hasta Zarran. Un salto, y ambos estuvimos montados en la espalda del vox. Un empuje con los talones, y la bestia despegó, surcando el bosque hacia nuestro destino.

Volamos durante la noche.

—Cuéntame más sobre la isla que llamas hogar —le pregunté—. Dijiste que la superficie está muy por encima del agua.

—Acantilados empinados rodean la superficie superior sin acceso fácil para los dresalods.

—Mencionaste eso antes. ¿Qué son los dresalods?

—Un animal marino tan feroz como los shaydes —dijo con tono sombrío.

Guio a Zarran hacia la derecha para evitar un gran grupo de aves. Algunas vieron al vox y chillaron, lanzándose hacia el bosque, mientras las demás batían furiosamente sus alas detrás de ellas. Desaparecieron entre la vegetación.

—Los dresalods viven bien por debajo del mar. Son tan grandes como los orcos y tienen picos en cada una de sus seis extremidades, además de grandes garras en la parte frontal de su duro exoesqueleto. Usan esos picos para trepar y luchar.

—Parecen temibles —dije con un escalofrío, incapaz de imaginar a una bestia así.

—Los acantilados los desmotivan, aunque de vez en cuando atacan. Les gusta nuestra carne.

Mis escalofríos se convirtieron en temblores completos.

Los brazos de Odik se apretaron alrededor de mí.

—Te protegeré de ellos.

¿Pero qué lo protegería a él?

—¿Atacan a menudo? —pregunté con voz temblorosa. No temía mucho, pero la idea de que criaturas marinas del tamaño de los orcos nos atacaran casi me hacía desear regresar al bosque para enfrentar a los shaydes y ashenclaws. Al menos entendía esos. Sabía casi nada sobre los dresalods.

—Rara vez se ocupan de las islas. La topografía les presenta demasiados desafíos. Y solo atacan de noche e infrecuentemente.

—¿*Con qué* frecuencia? —Si esto iba a ser mi hogar, necesitaba saberlo.

Se encogió de hombros.

—Cada seis meses aproximadamente, cuando sus números han crecido lo suficiente como para hacerlos sentirse valientes. Pero no temas. Los escuchamos venir mucho antes de que

lleguen. Suelen chillar al salir del mar. Retiramos las escaleras, dificultando que suban, y después dejamos caer rocas sobre ellos cuando intentan escalar la superficie de piedra. Pocos llegan a la cima, y esos son rápidamente eliminados.

—No me anima a acercarme al mar.

—Yo te mantendré a salvo.

Tenía que confiar en él. Después de todo, había vivido tanto tiempo con esas criaturas. Debía de ser bastante astuto cuando se trataba de dresalods.

—¿Qué más puedes contarme sobre la isla?

—Es la más grande de una cadena de islas, y los orcos solo viven en la parte principal de tierra. Las otras son demasiado pequeñas para sustentar nuestro modo de vida por mucho tiempo. En cuanto a la isla en sí, está formada por áreas abiertas y algo de bosque. Cultivamos nuestros propios alimentos y tenemos una comunidad unida y amigable. La isla en sí es más bonita que cualquier lugar que hayas visto — el orgullo y la felicidad brillaban en su voz—. Me encanta estar allí. No puedo imaginar vivir en otro lugar. También te gustará.

Aparte de los dresalods, sospechaba que así sería. Pero podría vigilar como lo hacían los orcos. Y con el tiempo aprendería a luchar contra ellos también. No tan bien como un orco. No era ni de cerca tan fuerte.

Pero mi fortaleza venía de mi interior, donde más importaba.

Volamos hasta que volvió a amanecer, y Odik aterrizó a Zarran en otro pequeño claro.

Como antes, cojeé tras Odik recogiendo ramas para el fuego, esforzándome por no quejarme. Me dolía tanto que hacía muecas con cada paso. No estaba segura de que quedara un solo músculo en mi cuerpo que no estuviera con espasmos.

Él rellenó la cantimplora en un arroyo serpenteante cerca del claro.

—Puedes lavarte aquí si quieres.

El agua podría estar fría, pero la idea sonaba celestial. Con mi bolsa de ropa en mano, cojeé hacia el agua.

Por mucho que quisiera quitarme la ropa y sentarme en el arroyo, no me sentía segura quitándome la ropa delante de Odik. No me preocupaba que me atacara. Ya había demostrado ser una buena persona.

Pero mi piel hormigueaba cada vez que pensaba en que estudiara mi cuerpo desnudo. No sabía exactamente qué significaba ese hormigueo, pero sospechaba que tenía que ver con la atracción que empezaba a sentir por el fuerte orco que me llamaba su compañera.

Quitándome la ropa interior, la lavé y la extendí sobre una roca plana para que se secara al sol. Me quedé de pie en el agua con las piernas separadas y me limpié lo mejor que pude.

—Me daré la vuelta si eso te hace sentir más cómoda —dijo desde donde se agachaba junto al fuego recién encendido. Arrojó un palo a las llamas y no miró hacia mí.

De acuerdo. Necesitaba sentirme limpia.

Con mi espalda hacia él, me quité la blusa, la lavé y la extendí al sol junto a la ropa interior. Me quité la falda y, desnuda, me senté en el agua que solo llegaba a mi cintura. No pude evitar un pequeño grito. ¡Maldita sea, estaba fría!

La mirada de Odik se dirigió hacia mí antes de girar rápidamente la cabeza hacia el fuego.

—¿No estás herida? —preguntó.

—No. Lo siento. El agua está fría. Pero se siente genial.

Me lavé incluso el cabello lo mejor que pude. Lástima que no hubieran incluido jabón en la bolsa que nos dieron al salir del fuerte.

—Me bañaré después de ti —dijo.

Saliendo del agua, usé mi blusa para secarme la mayor parte del agua. Me escurrí el cabello y lo trencé para evitar que empapara mi ropa limpia, y me vestí rápidamente.

Mis dientes castañeaban mientras corría hacia el fuego, pero me sentía decente por primera vez en días.

—Vigila a Zarran —dijo Odik, levantándose—. Te avisará si oye alguna amenaza. Llámame si pasa algo.

—Lo haré —me senté junto al fuego, estirando mis dedos temblorosos hacia él para absorber el calor.

—Hay comida en la bolsa. Siéntete libre de comer —dijo mientras agarraba ropa y caminaba hacia el arroyo.

Pretendía darle la misma privacidad que él me dio a mí, pero no pude evitarlo. Mi curiosidad podría ser mi perdición, pero lo miré de reojo mientras se quitaba la ropa y entraba al agua.

No vi mucho, solo la sombra de su miembro y su trasero bien formado. Era de un tono verdoso dorado por todas partes, y el sol parecía acariciar su piel, haciéndola brillar.

Más hormigueos se extendieron por mí, confirmando mi sospecha anterior. Me atraía mi nuevo esposo orco, y no estaba segura de qué, si acaso algo, debería hacer al respecto.

Había algo que podía hacer. Me giré completamente hacia el fuego y no miré hacia Odik hasta que estuvo completamente vestido y caminando de vuelta hacia mí.

—Otra vez te duele —dijo después de que termináramos de comer—. Déjame masajearte la espalda y las piernas —dio unas palmaditas en su regazo.

¿Debería rechazarlo? Su toque había despertado algo dentro de mí que no estaba segura de querer explorar nuevamente. No cuando ya me atraía. Pero eventualmente sería mi esposo en todo el sentido de la palabra, un pensamiento que ya no me asustaba.

Volvió a dar palmadas en su regazo.

—Eleri.

Asentí, me levanté, y él me guio para sentarme en su regazo de espaldas a él. Sus dedos trabajaron suavemente mi espalda, acariciando al principio, luego profundizando el contacto. Eliminó cada nudo y parecía saber exactamente dónde estaba más adolorida.

En poco tiempo, me derretía, luchando por no gemir mientras estaba sentada en su regazo. Un calor se acumulaba entre mis piernas, y aun siendo virgen, sabía lo suficiente para entender qué significaba eso.

Me recostó con cuidado en el suelo a su lado y me masajeó una pierna y luego la otra, moviendo los dedos con precisión y la presión justa para hacerme derretir aún más.

—Nunca he estado con un hombre —solté de repente mientras terminaba de masajear mi muslo derecho.

—¿Por qué no?

—Porque nadie me quiso. Tal vez el esposo de Birgid, que me guiñó un ojo una vez, me habría aceptado si se lo hubiera ofrecido.

O tal vez no me había guiñado. Tenía algo en el ojo.

—Eso no puedo creerlo —dijo Odik.

—Eres demasiado amable.

—Estoy siendo honesto. Yo te quiero.

Su voz sonaba hueca. Su mirada recorrió mi cuerpo como una caricia, y más calor fluyó a través de mí, concentrándose en mi centro.

—¿Alguna vez te has tocado? —preguntó.

—¿Qué? —solté, empezando a incorporarme.

Él me presionó suavemente de vuelta al suelo.

—Te pregunté si alguna vez te has tocado —sus ojos se posaron en ese lugar entre mis piernas que palpitaba.

Me moví sobre el pasto, ruborizada y superada por una necesidad que nunca antes había sentido.

—Está bien si no lo has hecho —dijo—. Siempre sé honesta conmigo, y yo haré lo mismo contigo.

—Me *he* tocado —las palabras salieron de mí de golpe. Ya era lo suficientemente deficiente como para parecer completamente inexperta. —Un par de veces.

Él inclinó la cabeza, y una sonrisa se deslizó por sus labios antes de que la suavizara.

—¿Lo harías ahora?

Hice una profunda inhalación.

El calor ardía en sus ojos.

—Quiero que me muestres lo que tu cuerpo disfruta, Eleri.

CAPÍTULO II

ODIK



Pude sentir el leve aroma de su almizcle caliente antes de empezar a masajear su muslo derecho, y eso hizo que mi pene rugiera de aprobación.

Mi colgante brilló, casi cegador en su intensidad.

Ella puede que no desee ser emparejada con un orco, puede que no me encuentre atractivo, pero estaba claro que despertaba algo dentro de ella.

Podría trabajar con eso.

Su virginidad no importaba. De acuerdo, sí importaba. Saber que sería su primer hombre me hacía querer inflar mi pecho y rugir, un sentimiento completamente estúpido. No debería importar si era experimentada o no. La quería. Eso era todo lo que importaba.

—¿Quieres que me toque? —preguntó con sorpresa.

—Sí. Muéstrame cómo te das placer a ti misma.

—Eh... —Cerró los párpados y cuando los abrió de nuevo, un destello de lujuria se quedó allí.

—No tienes que hacerlo si no quieres —dije, continuando con círculos suaves en sus muslos, trabajando lentamente mis manos hacia arriba. Ella puede que no se diera cuenta, pero mientras le frotaba las piernas, ella seguía moviéndolas hacia afuera.

—Se siente raro pensar en hacer eso mientras me miras —tragó saliva.

—Puedo mirar hacia otro lado mientras lo haces. Puedes... describir lo que estás haciendo. Eso sería suficiente.

Su risa se cortó en la garganta, demasiado pronto.

—Pensé que el punto de que me diera placer a mí misma era para que tú me miraras.

No había mucho que no haría para tener tal oportunidad.

—No quiero que te sientas incómoda.

Ella inhaló profundamente y exhaló, enviando algunos mechones sueltos de su glorioso cabello volando hacia arriba antes de que se asentara con el resto. No pude apartar la vista de su hermosa longitud. Era todo lo que podía hacer para no deshacer sus trenzas y enterrar mi rostro en las hebras.

—Puedes cerrar los ojos —dije. —Pretende que no estoy aquí.

—¿No... me atacarás o algo, si me expongo?

—Te he dicho que no te tocaré hasta que quieras —y haría todo lo posible para asegurarme de que lo quisiera, y pronto. Había sentido su mirada posarse en mí, y no era con desdén. Al igual que no podía apartar la vista de ella, ella sentía la misma atracción que yo.

Ella era mi compañera. Así debía ser, pero aun así me estremecía de emoción, haciendo que

mi erección se elevara aún más. No podía esperar el momento en que me llamara con un dedo, instándome a cubrirla por completo. Enterrarme profundamente dentro de su cuerpo.

—De acuerdo —murmuró, y su piel tembló mientras una risita nerviosa escapaba de ella—. No puedo creer que esté haciendo esto.

Con un rápido movimiento, levantó su falda hasta la cintura, exponiendo la prenda que llevaba debajo.

—Las pocas veces que me he tocado, primero me aseguré de estar sola. Sería embarazoso que alguien viera algo como esto.

—Soy tu compañero. No hay nada embarazoso en mostrarme cómo complacerte, y mucho menos en exponerme tu cuerpo.

—Nos conocemos desde hace poco.

—Eventualmente nos conoceremos íntimamente.

—Supongo que tienes razón.

Con una última mirada larga hacia mí, bajó su ropa interior, dejando que su humedad brillara bajo la luz de la mañana.

Gruñí, y su mirada se encontró con la mía, conteniendo una comprensión que algunas hembras parecen traer consigo al nacer. Sabía que la deseaba. Que la ansiaba. Nunca lo negaría.

Lo que no daría por lamerla entre las piernas, chupar su clítoris y no detenerme hasta escuchar su grito de placer.

Pronto.

—Voy a cerrar los ojos —dijo—. Me estás mirando como si quisieras devorarme.

—No sería Odik si no lo deseara.

Sí, la devoraría, pero no hoy. Quizás tardara un poco más en llegar a nuestra casa. Podía permitirme un día extra. Para entonces, tal vez incluso me dejaría tocarla.

—Muéstrame lo que te hace sentir bien —dije mientras acariciaba sus muslos. Estaba tan cerca de ella que podía verlo todo, desde su clítoris hinchado hasta la humedad que se deslizaba desde su apretado pasaje.

—No hables —ordenó—. Si lo haces, recordaré que estás aquí, y entonces no podré relajarme del todo.

—Está bien.

Nunca volvería a hablar mientras sus dedos siguieran bajando por su vientre.

Elevó las rodillas y separó los muslos, haciendo que apretara la mandíbula para evitar gruñir. Sus yemas rozaron la parte superior de su muslo. Cuando apartó sus pliegues y colocó un dedo sobre su clítoris, mi miembro golpeó contra mi abdomen.

—Deberías complacerte a ti mismo —dijo con una voz ronca que atravesó mi ser—. Así no tendrás que andar con una lanza en los pantalones.

—¿Cómo sabes que estoy excitado?

—Podría ser una suposición de mi parte, pero conozco a los hombres, incluso si no he sido íntima con ellos. En mi aldea no hay nadie con quien pudiera hacer esto sin que se pusieran rígidos.

—Tienes razón. Estoy completamente cautivado por ti, compañera. Lo único en lo que puedo pensar es en hundir mi miembro en tu caliente y húmedo pasaje, penetrar con fuerza mientras acaricio tu clítoris hasta que te rompas en mil pedazos.

—Estás hablando.

Mi sonrisa se deslizó.

—Perdona. Me detendré.

—Concéntrate en tu erección, y yo haré... esto.

Deslizó la yema de un dedo dentro de su humedad. Mientras frotaba su clítoris, movía el dedo hacia dentro y fuera. Su respiración se aceleró, y yo no necesitaba tocarme para explotar.

Libérandome del taparrabos, lo sujeté.

—Estás increíblemente mojada —gruñí. El sonido húmedo de su dedo me estaba volviendo loco—. Te gusta bombear con un dedo. Prueba con dos.

Su dedo se detuvo.

—Nunca he hecho eso antes.

—Prueba si te gusta. Si no, puedes volver a uno.

—Ah, sí.

Otro dedo se unió al primero, moviéndose profundamente dentro de ella mientras su otra mano atendía su clítoris.

—Se siente aún mejor.

—Prueba con tres —gruñí.

—¿Te estás tocando?

Si lo hacía, terminaría. Quería contenerme, hacerlo cuando ella lo hiciera, aunque no estuviera dentro de ella en ese momento.

—Tres dedos.

Una sonrisa jugueteó en su rostro antes de suavizarse nuevamente. Introdujo tres dedos dentro de su apretado pasaje.

—Esto se siente bien. Me gusta la sensación de grosor. Qué gracioso que no lo haya pensado antes.

—Mi erección es más gruesa y larga que tus dedos.

—Y sé exactamente dónde quieres ponerla. ¡Tócate!

—Muy bien, compañera. A tu orden.

Mientras bombeaba mi erección hinchada, ella seguía deslizándose perezosamente con sus dedos dentro y fuera de su canal, mientras hacía girar su clítoris.

—¿Puedo usar tu humedad? —pregunté.

Un ceño cruzó su bonito rostro.

—¿Para qué?

—Si me froto demasiado fuerte, podría irritarme.

—Entonces no te frotes tan fuerte.

—Si no lo hago, seguiré teniendo, como dijiste, una lanza en los pantalones.

—Puedes usar mi humedad, ya que parece que estoy generando mucha, pero no hagas nada indebido.

Me iba a morir si no podía tocarla.

—Solo...

Acercándome a ella, deslicé mi dedo junto con los suyos. Tan apretada. Tan húmeda. Mi erección saltó hacia arriba, muy cerca de estallar.

Su aliento se detuvo, y alzó las caderas mientras movía mi dedo, asegurándome de acariciar sus paredes internas. Lo saqué y lo deslicé sobre mi erección, casi explotando, antes de volver a introducirlo en su interior.

—Podría hacerlo por ti si quieres —dije—. Mis dedos son más gruesos.

—¿Y cómo te encargarías de ti mismo mientras haces eso?

—No necesitas preocuparte por mí. Solo relájate y siente. Dime si esto duele o no.

Aparté su mano y deslicé dos dedos dentro de ella.

—Ah —jadeó.

—¿Duele?

—No, se siente bien.

Demonios. Mi preciosa compañera iba a ser mi perdición.

Mis testículos se tensaron hacia arriba y el fuego se esparció por mis venas mientras seguía empujando mis dedos dentro de ella y retirándolos. Podía manejar tres, lo que era bueno porque yo era aún más grueso.

—Esto es increíble. No te detengas.

Mientras ella frotaba su clítoris, yo la penetraba con mis dedos.

Y cuando explotó, su gemido reverberó por el pequeño claro, me uní a ella, derramando mi semilla en gruesas ráfagas hacia el fuego.

CAPÍTULO 12

ELERI



—¿Debería sentirme avergonzada por lo que acabamos de hacer juntos? —No conocía a Odik desde hacía mucho tiempo. Habíamos compartido algo de nuestro pasado, pero no sabíamos demasiado el uno del otro. ¡Ni siquiera nos habíamos besado!

Lo que había hecho me había parecido tan decadente. Como si hubiera dejado atrás el aburrido pueblo para caer en los brazos de alguien que me convertía en una criatura desenfrenada.

Quería que lo hiciera otra vez.

En lugar de sugerirle que siguiera moviendo sus dedos dentro de mí, aparté su mano, arreglé mi ropa y me senté. Me alejé de él un poco más para reforzar mi determinación.

Él captó mi indirecta, se acomodó la ropa y comenzó a juguetear con el fuego. Recogió lo que no habíamos comido y lo guardó en una bolsa.

Agradecí que no mencionara lo que había pasado.

—Dormiremos todo lo que podamos hoy y luego seguiremos viajando —dijo, dando unas palmadas en el suelo junto a él—. Necesitas acostarte aquí conmigo.

—¿Porque nos vamos a casar?

—Según mi gente y nuestras tradiciones, ya estamos casados. Los orcos lo llaman aparearse. Que mi colgante te eligiera, seguido de mi rastreo para encontrarte en el bosque y capturarte, fue todo lo que se necesitaba para vincularnos de por vida.

Un ridículo escalofrío recorrió mi cuerpo. No quería que él se sintiera obligado a estar conmigo solo porque su colgante había decidido brillar en un momento inoportuno cerca de mí, pero me sentía incómodamente atraída por él. Odiaría que me pidiera buscar otro lugar para vivir cuando llegáramos a su isla.

—No es que exactamente me capturaras —le señalé.

La comisura de su boca se alzó en una sonrisa torcida.

—Digamos que fue algo aproximado.

—Te desmayaste a mis pies.

—Algo de lo que estoy completamente avergonzado.

—¿Por qué? Habías recibido golpes en la cabeza. Te desmayaste…

—Algo más de lo que me avergüenzo profundamente.

—Es natural. Sucede en momentos así. No es algo de qué preocuparse.

—No me pasa a mí —gruñó.

Cuando sonreí, su sonrisa se expandió, y ambos comenzamos a reír.

—Realmente, no necesitas preocuparte por eso —dije.

Su humor se tornó serio.

—Realmente, necesitas acostarte aquí a mi lado.

—El fuego está igual de cálido del otro lado.

—Tu espalda tiene que estar hacia mí. Así, si algo nos ataca, irá por mí primero.

—¿No lo escucharías venir tú o Zarran?

—Me mortificaría si no lo hago —dijo, con su mirada afilada clavada en la mía—. Mataré a cualquier cosa o cualquiera que te toque.

—¿Y si es una criaturita linda como un chall? —lo estaba molestando, probándolo, aunque no estaba segura de por qué.

En realidad, sabía por qué. Tenía miedo de que, si me acostaba junto a él, sus dedos comenzaran a vagar, yo abriera las piernas y, antes de darme cuenta, estuviéramos… lo sabía, pero me sentía depravada por desearlo tan poco tiempo después de conocerlo. Seguro debía conocerlo mejor antes de llegar a eso, ¿no?

—Si es una criaturita linda como un chall, prometo no matarla. —Su mirada severa se encontró con la mía—. Acuéstate junto a mí, compañera. Ya te dije que no haré nada que no quieras.

Y ese era el problema. Estaba empezando a pensar que disfrutaría de todo lo que él decidiera hacerme.

Sin embargo, era infantil quedarme sentada al otro lado del fuego discutiendo por algo tan normal como acostarme a su lado para que me proteja.

Me levanté y rodeé el fuego para unirme a él, recostándome de lado y mirando las llamas.

Él se acomodó detrás de mí, rodeándome con sus brazos, recordándome lo mucho más grande que era que yo al poder descansar su barbilla sobre mi cabeza, con las rodillas a la altura de mis pies. Al menos eso mantenía su miembro muy lejos de las áreas íntimas si decidía “buscar”.

—Siendo honesta —susurré—. Espié.

—¿Qué?

—Tu… ya sabes.

—¿Y cuáles son tus pensamientos sobre él?

—Es grande.

—Yo también lo soy —gruñó, seguido de un bostezo.

—Te estoy manteniendo despierto. Lo siento. —El calor subió a mi rostro, y no venía del fuego que crepitaba.

—No es problema. Pero, dime, ¿qué piensas sobre mi…? —preguntó, su tono lleno de curiosidad.

—Es también grueso y… venoso.

—Las venas mantienen la sangre fluyendo, algo que creo estarás de acuerdo en que es importante —respondió de manera brusca.

—Naturalmente. También tiene bultos a los lados.

—Vibran cuando estoy excitado.

Eso me lo había perdido, pero era intrigante.

—¿Cómo se siente eso dentro de una mujer?

—Tendrás que preguntarles a las mujeres.

Mi vientre se contrajo de celos y quise rechinar los dientes.

—¿Quién lo ha descubierto? —pregunté cuidadosamente.

Él rio.

—No tienes por qué preocuparte, cosa dulce. Mis bultos existen únicamente para ti.

—Se los diste a alguien más, o no sabrías lo que hacen.

—Hoy no es la primera vez que toco mi… ya sabes.

—Claro —dije, tratando de sonar impasible. Levantando una piedrecita, la lancé al fuego, que ignoró mi gesto infantil—. Hoy tampoco fue la primera vez que toco mi cuerpo.

—Claro. —Me imitó, burlándose.

—No estoy celosa.

—No tienes razón para estarlo. A partir de ahora, prometo no compartir mis bultos con nadie más que tú.

—¿Ni siquiera con tu mano? —pregunté.

—Esa es una pregunta interesante. Supongo que la respuesta dependerá de lo que pase en los próximos días.

—¿Qué crees que pasará?

—Creo, dulce compañera, que tendrás que esperar para descubrirlo.

Puse los ojos en blanco, aunque no discutí. A este ritmo, estaría montándolo antes de que terminara el día.

—También tienes un segundo… —dije.

—Eres bastante observadora, ¿no?

—Me educo.

Soltó una carcajada profunda.

—¿Te educas sobre estas cosas?

—Solo sobre la tuya. Por ahora.

—Siempre solo sobre la mía —gruñó.

—Eres posesivo, ¿verdad? —La idea hizo que la sangre burbujeara en mis venas.

—No comparto. Eres mía y pronto te acostumbrarás a la idea.

Quise protestar diciendo que no le pertenecía a nadie, pero sospechaba que tenía razón.

—Si soy tuya, entonces eso significa que tú eres mío —dije con suficiencia.

—Exactamente. —La pura satisfacción se reflejaba en su voz—. En cuanto a mi segundo… se llama espolón.

—¿También vibra? —Me estaba humedeciendo entre las piernas otra vez, lo cual era ridículo. Nunca había necesitado darme placer más de una o dos veces al mes. Ciertamente, no dos veces en un lapso de tan poco tiempo.

—Se aferrará a tu dulce y pequeño clítoris y lo succionará mientras bombeo mi miembro, con sus bultos vibradores, dentro de ti.

Estaba temblando ante la idea. El deseo rugía en mi interior, y no estaba segura de qué debería hacer al respecto. Supuse que nada. No era como si fuera a pedirle que metiera sus dedos dentro de mí otra vez.

Aunque quería hacerlo.

Capítulo 13

ODIK



Estaba agradecido cuando Eleri se durmió. Si seguía hablando sobre mi polla y moviéndose mientras hacía esos pequeños sonidos de jadeo que había emitido mientras yo bombeaba mis dedos dentro de ella, iba a explotar.

De nuevo.

O bien, la tentaría para que me permitiera quitarle la ropa. Si pensaba que mis dedos eran hábiles, que esperara a sentir mi lengua. Le chuparía el clítoris mientras acaricio sus paredes internas resbalosas.

Maldita sea.

Mi polla estaba ardiendo de nuevo debido a mi dulce compañera. Agradecería a los hados cada día de mi vida por regalármela.

Mientras ella dormía en mis brazos, yo me adormecí. Sería un tonto si dormía profundamente, pero necesitaba el descanso tanto como ella.

Me desperté antes que ella cuando el sol se estaba deslizando hacia su lecho para la noche. Alejándome de ella, me levanté a una posición de cuclillas, mirando alrededor del claro.

Zarran, descansando tranquilamente sobre sus patas traseras, me indicó que no había nada peligroso cerca. Los Voxes tenían un oído increíble, y él resoplaría o bramaría si sentía un ataque.

Fue una buena "noche", considerando todo. Mientras que habíamos diezmado la población de shayde como represalia por matar a la mayoría de nuestras hembras, algunos todavía quedaban. Se reproducían, y su población estaba creciendo de nuevo. Había suficientes para causar problemas, y suficientes para que los humanos todavía necesitaran nuestra protección a cambio de regalarnos dos hembras cada año.

Tomaría muchas generaciones dar a luz a suficientes orclings para reemplazar nuestra pérdida, y eso era solo en números. Nunca los reemplazaríamos en nuestros corazones.

Agregué más leña al fuego, aunque no la necesitábamos para el calor. Ahora que estaba completamente despierto, no la necesitábamos para la protección tampoco. La luz era alegre, y me gustaba, y eso era suficiente para mí.

Después de caminar el perímetro del prado y escuchar, pero sin oír nada de preocupación en el bosque, fui hacia Zarran. Le di palmadas, lo que él amaba, y también le di un masaje con un paño grueso, lo que él adoraba. Gruñía y suspiraba mientras trabajaba en sus hombros, agregando masajes extra para trabajar cualquier nudo en los músculos. Había volado dos noches para llegar al pueblo y ahora le pedía que volara un poco más. Si no me ocupaba de él, no podría darlo todo para protegerme.

Y si los dresalods atacaban una vez que llegáramos a la isla, lo cual sucedía con más frecuencia de la que me gustaba, no estaría en las mejores condiciones para ayudarme a luchar contra ellos.

Después de terminar y darle unas palmadas más en las mejillas, me giré y encontré a Eleri sentada, volviendo a trenzarse el largo cabello del color de un atardecer. Nunca había visto algo con ese color, aparte de las flores. Los orcos generalmente tenían el cabello negro, aunque algunos clanes tenían matices bordó o verde entre los cabellos.

Su cabello era largo, grueso y rozaba su redondo trasero. Admito que pasé parte de la noche agachado detrás de ella para poder oler las hebras con aroma floral.

—¿Puedo ir al bosque? —preguntó cuando terminó de trenzarse el cabello. Lo enrolló en la parte superior de su cabeza, formando una corona que le sentaba a la perfección para su nuevo rol como compañera de un líder.

¿Qué pensarían mi gente de ella? Sería la primera humana en llegar a la isla y temía que no la hicieran sentir bienvenida. Aunque pocos la despreciarían ahora que casi todas nuestras mujeres habían muerto. Cualquiera que estuviera dispuesta a tener nuestros orclings sería apreciada.

—Por supuesto. —Con mi grueso bastón en mano, la seguí adentrándome en el bosque. Me giré y escaneé el área mientras ella atendía sus necesidades.

—Supongo que no habrá agua para lavarme —preguntó cuando regresamos al prado.

—Solo lo que necesitamos para beber. Volaremos parte de la noche, pero pararemos donde pueda rellenar la cantimplora. Puedes nadar allí si lo deseas. —Y yo podría mirarla si no me pedía que apartara la vista.

—Nunca he nadado antes.

—Tú te bañas. Hueles dulce, no a sudor.

—En la aldea, me lavaba en el río; todos lo hacemos. Pero mientras otros se adentran más, yo nunca lo he hecho.

—¿Por qué no?

Ella me sonrió.

—Tal vez me preocupa que los peces muerdan mis pies.

—Nosotros nadamos en el mar que rodea mi hogar en la isla —dije.

—¿Cómo es?

Apagué el fuego y junté nuestras pocas cosas, preparándome para volar.

—Refrescante cuando hace calor en verano. Helado cuando hace frío en invierno.

—Tal vez puedas enseñarme a nadar.

—Con mucho gusto. — Me lo imagino fácilmente, sosteniéndola en mis brazos mientras se agarra a mis hombros. Estaríamos desnudos, por supuesto, y ella envolvería sus piernas alrededor de mi cintura. Podría llevarla a una gran piedra lisa en la orilla, levantarla, y luego seguirla, elevándome sobre ella donde podría acariciar su cuerpo resbaladizo por el agua.

Mi miembro se despertó de nuevo.

Realmente necesitaba dejar de pensar en aparearme con mi compañera hasta poder hacerlo de verdad. De lo contrario, iba a caminar incómodo con una vara en mis pantalones.

—Estás vibrando —dijo ella con una risa.

—¿Perdón? —pregunté mientras colgaba la bolsa con nuestra comida y agua en uno de los picos del cuello de Zarran. Podríamos comer y beber mientras volamos.

—Tu polla.

—Eres bastante observadora.

—Está pinchando el frente de tus pantalones.

—Igualmente observadora —dije con una risa. Para ser alguien sin experiencia, era refrescantemente honesta sobre los órganos sexuales. Y la forma en que se había tocado esta mañana temprano...

Me iba a llevar mucho tiempo sacar eso de mi mente.

CAPÍTULO 14

ELERI



—¿Quieres ir al bosque y ocuparte de eso antes de que volemos? —pregunté, sintiéndome una pizca de traviesa. Habíamos encontrado placer al mismo tiempo anteriormente, y por alguna razón, eso me hizo sentir como si lo conociera íntimamente.

—Preferiría ocuparme de eso mientras te doy placer —dijo él.

Mi piel se encendió, con el calor abrasando mis mejillas.

—No nos conocemos muy bien —dije.

—Así dice la mujer que se vino con mis dedos —respondió él.

—Estaba excitada —admití.

Él sonrió.

—Y sospecho que estás volviendo a excitarte ahora —dijo.

Pisé con fuerza, sintiéndome tonta al instante.

—¿Cómo puedes saber algo así? —pregunté.

—Te conozco bastante bien ahora, compañera —dijo él.

—Es hacer todo al revés empezar con actividades sexuales antes de que sepamos... digamos, nuestros apellidos. Nuestros alimentos favoritos. O si nos gustaremos mutuamente —dije. Aunque ya me gustaba él. Pensé que me encontraría con un orco brusco y gruñón que me lanzaría al suelo y reclamaría mi cuerpo. Viviría una vida monótona, produciendo un hijo tras otro para él, hasta que mi corazón se diera por vencido y muriera.

Eso es lo que decían los rumores susurrados en mi aldea.

La realidad estaba demostrando ser muy diferente a las pesadillas que difundían.

—Brunellon es mi apellido —dijo él. —Me encanta el pescado, y no soy exigente con cómo se prepara.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Porque soy un cocinero horrible —admitió él.

—Puedo cocinar. Muy bien —dije con suficiencia. Finalmente, tenía algo que podía ofrecer a este orco que ya parecía tener todo lo que necesitaba.

—Y ya me gustas —dijo él, arrugando la piel alrededor de sus ojos dorados profundos, sonriendo. —¿Podemos aparearnos ahora?

—Ja —dije, dándole un golpe juguetón en el brazo.

Él recompensó mi impertinencia lanzándome sobre la espalda de Zarran y saltando para aterrizar detrás de mí. Me jaló hacia atrás hasta que me senté en su regazo, y su gran pene me presionó la espalda a través de su taparrabos de cuero. Supuse que llevaba una prenda como esa para poder sacar fácilmente su pene para aparearse.

En realidad, no quería pensar demasiado en con quién podría haberse apareado en el pasado.

No estaba celosa.

Un empujón de sus talones, y Zarran se elevó, sus alas saliendo y batiendo para atrapar el viento. En un abrir y cerrar de ojos, estábamos volando sobre el bosque que se extendía hasta el infinito, y yo estaba estirando mis brazos para atrapar la brisa.

—Adoro volar —dije, recostándome en el abrazo de Odik.

—Y yo te adoro a ti —gruñó en mi oído.

Su pene no había disminuido. Y el pensamiento de lo que había hecho con sus dedos estaba haciendo que el calor recorriera mi espalda como un rayo que había saltado del cielo.

Sus manos aterrizaron en mis muslos y los masajeó. Estaba segura de que estaba fingiendo hacer esto para que no me agarrotara, pero cada vez que sus yemas tocaban hacia adentro, se acercaban más a la unión entre mis muslos.

—Podrías también levantarme la falda y terminar con esto —dije, aunque sin irritación. Me sentía sofocada y sobrecalentada, y el pensamiento de quitarme la ropa y saltar a un mar fresco tenía gran atractivo.

Así como levantarme y ver cómo se sentiría cuando su pene ocupara el lugar que sus dedos habían reclamado esa mañana.

No podía imaginar qué me había pasado.

—Sanderson. Fruta. Y también me gustas —dije a gritos.

Él se rio.

—¿Ves? Nos conocemos bastante bien ahora —dijo.

No era así, pero cuando subió mi falda y metió la mano en mi ropa interior, encontrando expertamente mi clítoris, no me importó.

—Dime qué te gusta —dijo junto a mi oído. Se balanceó contra mí, con su pene tieso zumbando. Verdaderamente, era enorme. Sus dedos se sentían bien, pero eran más pequeños que esa cosa entre sus piernas.

—Pudiste ver cómo me tocaba el clítoris, y habrías visto más si me hubieras permitido terminar sola —lo reprendí, sonriendo tan ampliamente que mis mejillas me dolían.

Zarran siguió volando, ajeno a lo que estábamos haciendo, gracias a los dioses.

Odik siguió frotando mi clítoris.

—Lo siento. Si quieres hacer esto tú misma, estaré encantado de retroceder y dejar que lo hagas —dijo.

Sacó la mano de mi ropa interior, pero no llegó muy lejos antes de que la agarrara y la devolviera a donde debía estar.

¿Debía estar? ¡Chico, estaba cediendo rápidamente a su encanto!

—Muéstrame cómo *tú* me darías placer —dije.

—Ya lo hice —respondió él.

—Una vez tal vez no fue suficiente.

—Me gusta que seas tan abierta al respecto, dulce compañera —dijo, frotando su erección contra mi espalda.

—¿No te dejará una raspadura? —pregunté, recordando lo que dijo anoche.

—Valdrá la pena.

No me sentía lo suficientemente valiente como para sugerirle que no se lastimaría si lo moviera dentro de mí.

A pesar de nuestras bromas sobre conocernos y gustarnos, pensé que debía esperar al menos hasta que llegáramos a su hogar. Nuestro hogar, supuse, ya que viviría allí con él.

Pasó una mano por mi hendidura, gimiendo.

—Maldita sea, estás empapada.

—He oído que eso es bueno. Y aclaro que lo he oído, no es algo que me hayan dicho. No tenía muchas amigas en la aldea, así que no charlaban conmigo sobre estas cosas, aunque no se mordían la lengua cuando yo estaba cerca.

Podría haber dicho algo que me hiciera sonar simpática en lugar de la paria de la aldea.

Afortunadamente, no se enganchó con mi vergonzosa confesión.

—Es algo muy bueno. Me aseguraré de que estés bien mojada antes de darte mi miembro.

Deslizó algunos dedos dentro de mí mientras su pulgar dedicaba una atención exquisita a mi clítoris.

Un gemido desgarrador escapó de mí, y Zarran pareció detenerse en el vuelo, mirando a su alrededor.

Mis mejillas volvieron a calentarse, pero al menos la bestia no se dio cuenta de que yo había hecho ese sonido.

—Después, voy a hacer esto con mi boca —dijo Odik en voz baja mientras movía sus dedos dentro y fuera de mi cuerpo.

—¿Cómo puede alguien hacer esto con la boca? —Me costaba concentrarme para hablar—. Tu lengua no es tan larga como tus dedos.

—Te sorprenderás gratamente.

Continuó moviendo sus dedos mientras yo subía y bajaba con fuerza contra su mano. Estaba tan cerca que no necesitaría mucho más para desmoronarme. Me maravillaba que pudiera descubrir tan rápido lo que me complacía. Me había llevado más de un mes entender mi cuerpo y darme un orgasmo por primera vez.

Gimiendo, me moví contra la mano de Odik. Me recompensó con más presión en mi clítoris.

Estaba a punto de romperme en mil pedazos.

El clímax me atravesó de repente, y me estremecí en los brazos de Odik, cerrando los ojos con fuerza para bloquear todo excepto el placer que me daba.

Su erección seguía dura, y asumí que debía palpitar, pero no estaba segura de qué ofrecerle. No había manera de hacer más mientras volábamos en Zarran, aunque estuviera lista.

A pesar de dos orgasmos increíbles, no estaba segura de estarlo.

Sacó los dedos de mi interior, y mientras me arreglaba la ropa, él lamió mi esencia de su mano. Debería estar horrorizada de que hiciera algo así, pero todo lo que podía pensar era en su promesa de poner su boca donde habían estado sus dedos.

Seguimos volando durante la noche, hablando de cosas generales. Tal vez ambos nos sentíamos abrumados por lo rápido que avanzaba nuestra relación.

Yo lo estaba, sin duda.

Atravesamos un paso entre una enorme cordillera, y Zarran descendió hacia un gran valle. Más allá relucía el mar.

—Nunca había visto un cuerpo de agua tan grande —murmuré asombrada—. ¿Volaremos sobre él para llegar a tu isla?

—Así es. —El orgullo brillaba en su voz, mezclado con emoción—. Estamos casi en casa.

Sentía nervios y entusiasmo por ver dónde viviría. ¿Me tratarían los otros orcos como lo hacían en la aldea? En realidad, mientras se comportaran decentemente conmigo, ya sería una mejora.

Cuando el sol comenzó a inclinarse, anunciando el atardecer, sobrevolamos una gran ciudad formada por edificios de un plateado tan brillante que casi cegaba.

—Hermosa —exclamé—. Es impresionante. Tantos edificios. Y supongo que orcos también.

—Sí, muchos. Mi amigo Jaus vive aquí, al igual que la familia real, aunque pasan los veranos en su palacio junto al mar y los inviernos en las montañas. Unas mil personas viven en la ciudad. Hay otras construidas a lo largo del mar hacia el norte y el sur. Mi clan es el único que vive lejos, en el mar.

—Debe ser maravilloso vivir en un lugar como este.

Zarran voló sobre una enorme muralla que se alzaba entre la ciudad y la costa. Guardias armados miraron hacia arriba y saludaron.

—¿Por qué tantos guardias?

—Vigilan a los dresalods.

Me encogí en los brazos de Odik, aunque obviamente estaba más segura allí que en tierra firme.

—No veo que estén atacando.

—Entonces es un buen día. —El tono sombrío de su voz se hundió hasta mis huesos.

Un escalofrío de miedo recorrió mi piel. Pronto llegaríamos a la isla y ya no estaríamos volando. Había empezado a emocionarme la idea de vivir con Odik, pero ahora no estaba tan segura.

Este mundo era mucho más grande, y más peligroso, de lo que había imaginado.

CAPÍTULO 15

ODIK



Dejamos atrás la ciudad y volamos sobre el mar.

—¿Dónde están las islas?

—Volaremos un poco más antes de verlas.

—Entonces están lejos de la ciudad. Y dijiste que cultivan su propia comida.

¿Cómo podía explicarle que hacíamos lo mejor que podíamos, que éramos un pueblo luchando por sobrevivir? Teníamos una riqueza increíble, y no solo en la alegría que nos daba vivir en la isla, sino también en las piedras preciosas que extraíamos del mar que nos rodeaba y del propio suelo. Pero lo único que necesitábamos no podíamos comprarlo.

—Espero que seas feliz con nosotros —dije en lugar de lo que debería haber dicho. Ella lo descubriría, y por estos momentos finales, quería abrazarla y beberme el optimismo que emanaba de su piel suave. Muy pronto tendría que arrancar ese brillo y exponerla a lo que el resto de nosotros soportábamos.

—Cuando dejé la fortaleza, dije adiós —respondió—. Decidí en ese instante mirar solo hacia adelante.

—Eres muy valiente.

—Soy ingeniosa. Siempre tuve que serlo. Zur fue bueno conmigo. Fue el padre que necesitaba. Y cuando envejeció, lo cuidé como él me había cuidado a mí. Pero ahora ya no está. —Su voz se vació de dolor—. ¿Cómo pudo hacerle eso? Era bueno y amable, y nunca hizo daño a nadie. —Su cuerpo temblaba mientras lloraba, pero permanecía en silencio incluso en eso, como si hubiera aprendido hace tiempo a no llamar la atención.

Apreté mis brazos alrededor de ella y murmuré palabras tranquilizadoras, aunque no podía decir si ayudaban. Necesitaba llorar, y eso era, a menudo, algo solitario. Yo había hecho lo mismo cuando perdí a mis padres durante el ataque de los shaydes. Entonces, mi gente necesitaba que asumiera el lugar de mi padre, no que me hundiera en mi dolor.

—Lo siento —dijo finalmente.

—¿Por qué?

—Por llorar. Debería alzar la barbilla y encontrar la fuerza para vivir como a Zur le hubiera gustado.

—No tiene nada de malo rendirse al dolor.

—Llorar no sirve de nada —dijo con un hilo de fortaleza en su voz.

—¿Esas son tus palabras o…?

— Zur me abrazaba cuando era pequeña, y yo lloraba. Lo hacía demasiado a menudo. Pero no, él nunca me dijo que no podía llorar. Sin embargo, otros sí, y sus palabras crueles se hundían

bajo mi piel y se aferraban a mis huesos.

Un gruñido rasgó mi interior.

—¿Estás diciendo que otros niños se burlaban de ti?

Ella se tensó en mis brazos, y me pregunté si pensaba que algún día la rechazaría, como casi todo el mundo.

—No solo niños.

Negué con la cabeza, pero conocía a suficientes adultos que se comportarían igual. Tristemente, no todos estaban dispuestos a ofrecer amabilidad a los demás.

—Algunas personas son necias. Hacen suposiciones basadas en lo que está en la superficie de alguien, sin mirar lo suficiente para ver lo que realmente hay en su interior.

Puse mi mentón en la cima de su cabeza.

—Eres increíblemente fuerte, Eleri. Tuviste que serlo para sobrevivir a lo que te pasó cuando eras pequeña. Mírate, no dejando que los de la aldea te condenen por un crimen que no cometiste. Te fuiste, lo cual fue sabio. Eso también requirió fuerza.

—Hice lo que tenía que hacer.

—Eso es todo lo que podemos hacer.

Estuvo en silencio un largo momento, tal vez procesando mis palabras.

—¿Tú alguna vez lloras?

—No lo he hecho en tanto tiempo que no estoy seguro de recordar cómo.

—¿Por qué no?

Me encogí de hombros.

—Soy el caedos de mi clan. Necesito mantenerme fuerte para ellos, si no es por mí mismo.

—Zur me dijo que todas las emociones son igualmente válidas.

—Parece un hombre maravilloso. Lamento no haberlo conocido.

—Sí.

Su voz tembló, y desearía que hubiera algo que pudiera hacer para aliviar su dolor.

—Mi oferta sigue en pie. Estaré feliz de matar a la persona que asesinó a tu amigo.

Ella guardó silencio por un largo rato.

—Ella sabe lo que hizo, y ahora tendrá que vivir con eso por el resto de sus días.

—Si cambias de opinión…

—No lo haré. —Apretó mis brazos donde sus manos descansaban en ellos—. Gracias. Nunca soñé que conocería a alguien como tú cuando hui de la aldea.

—Recé para conocer a alguien como tú. — No es debilidad admitir algo así. —Soy fuerte por mi gente porque debo serlo. Pero cuando estoy en mi hogar, es agradable relajarme y ser el orco que soy en el interior.

—Veo tu fuerza y tu amabilidad, Odik, y me gusta mucho.

Y eso fue suficiente para mí.

Las islas se alzaban a lo lejos, una pizca de tierra distante en el mar.

—¿Ese es tu hogar? —preguntó, pero no pude leer nada en su tono neutral.

La tensión se apretó a lo largo de mi columna.

—Estoy haciendo todo lo posible para asegurarme de que todos tengan lo que necesitan, pero nunca es suficiente.

—El aire salado debe oler maravilloso todo el tiempo —dijo.

—Es salado.

—Es nuevo para mí. El agua es preciosa. ¿Se ve desde tu casa?

—Nuestra casa —dije, aunque no respondí con rudeza. Tomaría tiempo para que ella

aceptara esto como su nuevo hogar; eso era de esperar.

—De acuerdo. Nuestra casa.

—Vivo en una casa con vistas al mar. Ha estado en mi familia por algunas generaciones.

—¿Te sientas afuera por la mañana y sonríes al ver el paisaje?

No lo había hecho en tanto tiempo que no lo recordaba.

—Tengo una terraza de piedra donde puedes sentarte. Hay sillas allí.

—¿Me acompañarás?

—Sí.

Ella se relajó contra mí mientras Zarran volaba más bajo.

—¿Dónde vive tu vox?

—Una vez desmontemos, volará hacia su nido en una de las islas deshabitadas.

—No sé nada sobre los vox.

—Te llevaré a los terrenos de incubación algún día, aunque están lejos de aquí. Es un lugar muy seco, compuesto en su mayoría de arena, aunque hay estanques con islas que te sorprenderán.

Ella asintió y observó la tierra por la que volábamos.

—¿Cuántos viven en nuestra isla?

Sonreí ante su uso de “nuestra”.

—Treinta, el grupo más grande se concentra en el centro de la aldea. Nuestra casa está a poca distancia a pie.

—Un grupo pequeño, entonces. Debes conocerlos bien a todos.

—Los conozco lo mejor que puedo. Ellos… a veces se apartan de mí, como hicieron con mi padre. Así es la vida del caedos y su pueblo.

—Como tu pareja, ¿esperarán que haga lo mismo?

—No lo sé.

—¿Cómo fue con tu madre?

—Ella adoraba a todos. —Sonreí, aunque era una sonrisa triste—. Y ellos la adoraban.

—¿Y tú?

—Soy la persona que siempre fui.

Ella no dijo nada mientras pasábamos sobre pequeñas viviendas.

Algunos de mi gente trabajaban afuera en sus jardines. Uno levantó el brazo para saludar.

—Mantenemos los jardines pequeños. A menos que llueva, no tenemos agua. Y si no llueve, las cosechas mueren. *Nosotros* morimos. O nos mudamos a la ciudad.

—¿Tienen pozos?

— El suelo es demasiado rocoso para cavar pozos.

—¿Y el mar? Las islas sobresalen de un enorme cuerpo de agua.

—Es salado. Mata las plantas.

—Ya veo.

—Tampoco podemos beberlo —añadí—. Aunque está lleno de peces, así que nunca pasamos hambre. Al menos, no de carne.

Nos acercamos a mi hogar, que daba al vasto océano en el lado opuesto al que da hacia la ciudad, y Zarran descendió más.

—Estoy emocionada de ver dónde vivirás—digo—. Digo, viviremos.

¿Se mantendría su emoción? No debería sentirme mal por la isla donde crecí.

—Vivimos de manera sencilla.

—Estoy bien con eso. Zur y yo compartíamos una pequeña... supongo que la llamarías una

choza en comparación con los hermosos edificios de la ciudad. Dos dormitorios tan pequeños que casi no podías moverte alrededor de la superficie para dormir. Un área común donde cocinábamos y nos sentábamos por la tarde. Supongo que alguien más lo reclamará ahora. Espero que le den a Zur un buen entierro.

Su brazo se levantó hacia el mundo abierto más allá de la isla, donde el mar púrpura profundo brillaba bajo la luz del sol, roto solo por las olas blancas.

—¿Qué hay en esa dirección? ¿Más islas?

—Esta cadena de islas es la última que conozco. Ninguno de mi gente ha volado lo suficiente en esa dirección como para descubrir qué más puede haber.

—Debe terminar eventualmente. Hay tierra detrás de nosotros.

—Quizá el mar no termine hasta llegar al otro lado de la tierra que está detrás de nosotros.

—Como tu gente, pocos humanos han viajado lejos. Es demasiado peligroso con los shaydes y quién sabe qué más, y ¿para qué molestarse? Todo lo que necesitamos se puede encontrar dentro de la aldea o en los alrededores.

Excepto yo. Esperaba que algún día ella lo viera, que lo sintiera. Yo no podía ser encontrado dentro de su aldea.

¿Por qué había elegido mi clan este lugar remoto y tan duro para vivir? Ojalá pudiera ofrecerle algo mejor. Podríamos mudarnos a la ciudad, pero me marchitaría allí. Mi corazón y mis pies estaban profundamente plantados en la isla, y no podía imaginar desarraigarlos.

Pero eso era todo lo que podíamos hacer para cultivar la comida que necesitábamos. El agua era más preciosa que el dinero. Sí, podíamos comprar comida en la ciudad y traerla a la isla, pero había una razón por la que nuestra población no crecía. Nos faltaban mujeres, pero nuestros hombres aún elegían irse. Huyeron a la ciudad en busca de trabajo, primero diciendo que regresarían. Luego diciendo que volverían el próximo año o al siguiente.

Pocos sentían un lazo fuerte con la isla.

Los viejos se quedaron, más algunos guerreros endurecidos.

Y yo.

CAPÍTULO 16

ELERI



Zarran aterrizó en una amplia extensión de pasto alto que se agitaba y ondulaba bajo la brisa salada. El vasto océano se extendía más allá de la isla hasta donde alcanzaba la vista, y supe que jamás me cansaría de contemplar su belleza.

En la isla crecían árboles, pero eran bajos y desgarbados, probablemente debido al suelo arenoso y a la escasez de lluvias. Aun así, la isla producía lo que mejor podía sobrevivir en este entorno. Como los orcos que vivían aquí.

Y ahora, yo también.

—¿Es seguro deambular? —pregunté mientras Odik retiraba nuestras pertenencias de la púa en el cuello de Zarran y las cargaba sobre su hombro—. No ahora, sino en general.

—Siempre debemos preocuparnos por los ataques de los dresalod, aunque los escucharemos venir.

—Mencionaste que chillan —dije, nada entusiasmada con la idea.

—No solo eso, los acantilados están hechos de esquisto. Cuando los dresalod se arrastran por la superficie, pequeñas piezas se desprenden y hacen ruido al caer. Escuchamos eso y sabemos que están trepando.

—¿Y durante una tormenta? Sería difícil escucharlos entonces.

—No salen del mar en tormentas. Se esconden en las profundidades.

—Al menos no tienen que preocuparse por ellos en ese momento —comenté, frunciendo el ceño mientras miraba alrededor y notaba rocas más grandes que mi cabeza apiladas cerca del borde del acantilado—. ¿No se quedan sin rocas?

—Las recolectamos y las llevamos de vuelta a la superficie. Es un trabajo duro, pero este sistema simple nos mantiene a salvo. Como dije, los dresalod no atacan con frecuencia, solo cada seis meses más o menos. Parecen estar más interesados en la ciudad por alguna razón.

¿Más personas para comer? Me estremecí ante la idea.

—Son despiadados —dijo él—. Implacables. Y desgarran a cualquiera en su camino. Nos comen, por lo que quiero que siempre lleves un arma contigo.

Me mordí el labio inferior, asintiendo.

—No soy muy buena con las armas.

—Por eso estoy aquí. Pero, seriamente, si ves o escuchas uno, búscame. Corre tan rápido como puedas. Aléjate de ellos. Haré todo lo posible por protegerte.

Me encantaba que estuviera decidido a protegerme, pero no podía estar pegada a él todo el tiempo.

—Pronto te llevaré a la ciudad para que consigas más ropa —dijo.

—Solo tela, si está disponible. Trabajé como costurera y mi bordado es exquisito, aunque lo diga yo misma —añadí con orgullo—. Aunque no imagino que aquí sea algo muy solicitado.

—Todavía hay hembras en la isla, aunque menos en número que los machos. Si no pueden formar un vínculo aquí, se van a buscar pareja. Claro, las animamos a que regresen con su nueva pareja.

—Puedo hacerte ropa a ti también —dije—. Solo necesito tela e hilo. Y unas cuantas cosas más.

—Entonces te llevaré a la ciudad por eso.

—Gracias.

Cuando Zarran se elevó y voló lejos, Odik tomó mi mano y me guio hacia el edificio desgastado que miraba al mar.

—Es lindo —dije, observando el resistente marco de madera—. Más grande de lo que esperaba.

—Solo tiene cinco habitaciones, pero si es necesario, lo ampliaré.

Mi pulso se aceleró con la anticipación. ¿Cómo sería vivir en un lugar no controlado por otros? Sin alquiler, según sabía, y sin nadie listo para decirme que tendría que mudarme pronto.

—Cinco es más de lo que tenía en la aldea.

—Tal vez algún día, las Parcas nos bendigan con orclings. Necesitaremos espacio para ellos.

—Nunca pensé en tener hijos —confesé. ¿Por qué lo haría? Nadie me había querido. Pero añadí—: Me encantaría tener un bebé.

Mi corazón se enterneció al imaginar sostener a un hijo, criarlo para que fuese fuerte y seguro de sí mismo. Amarlo.

Y cuando imaginé a ese hijo, tenía la mandíbula fuerte de Odik y piel verde.

Me estaba adelantando demasiado. Aún faltaba para algo así, pero estaba decidida a relajarme y disfrutar cada momento que nos acercara en esa dirección.

Me llevó por un camino descuidado bordeado de flores silvestres, y no podía dejar de sonreír.

Mirándome, frunció el ceño.

—Se ve horrible. Debería haber hecho algo al respecto.

—No me molesta desmalezar —dije. Mi mente ya estaba pensando en ideas. Había notado arena a lo largo de la orilla al pie del acantilado mientras pasábamos por encima. Si pudiera traer algo aquí, podría reorganizar las piedras en el sendero. Sería fácil quitar la hierba y dejar las flores. —Va a quedar precioso cuando termine.

Él gruñó, sin perder su ceño fruncido.

Abriendo la puerta, me indicó que entrara delante de él. —Como dije, no es gran cosa.

Era un hogar. Mi hogar.

Me detuve en el recibidor, y mi sonrisa no flaqueó mientras miraba la pequeña cocina a la derecha con una ventana que daba al mar. A la izquierda, un salón tenía sillas demasiado grandes para mí, pero parecían suaves, y un pasillo pequeño se extendía más allá. Un par de ventanas dobles en el salón daban a la pradera donde Zarran había aterrizado.

—Mi madre insistió en tener un cuarto de baño, así que lo encontrarás al final del pasillo, junto con tres dormitorios. También hay una bomba allí y en la cocina, pero el agua viene del mar, así que es tan salada como todo lo demás.

—¿Tres dormitorios?

—Mi madre soñaba con muchos orclings. Desafortunadamente, solo me tuvo a mí.

—Lo siento. Debes extrañarla.

—Más que a nada.

Estaba tan triste que no necesité obligarme para abrazarlo. Sus brazos se extendieron como si estuviera sorprendido por el gesto, pero yo tenía mucho cariño que dar. Cuando abrazaba a Zur, él apenas daba una palmada en mi hombro. Me había dicho una vez que no le gustaban mucho los abrazos, pero que nunca había recibido uno hasta que me conoció. Como sentía que le incomodaba, los daba con moderación. Debido al desprecio de los aldeanos, había estado hambrienta de afecto. Solo podía esperar que Odik fuera más como yo.

Sus brazos me envolvieron, y me presioné más contra él. Hasta ahora, todo iba bien.

Inclinándose hacia adelante, besó la parte superior de mi cabeza.

—Me estás malcriando.

—¿Con cariño? —Sonreí—. Tú me estás malcriando con este hermoso hogar.

—No es hermoso —protestó—. De verdad. Aún no has visto sus defectos, pero los verás.

Me alejé de él y cojeé hacia la cocina, donde giré sobre mí misma, levantando los brazos.

—Es bonito y perfecto, y quedará aún mejor.

Pondría flores silvestres en un frasco sobre la mesa de madera. Y haría cortinas para las ventanas. Almohadas para el sofá. Y edredones remendados con retazos para todas las camas.

Odik solo me miraba, con la mandíbula ligeramente desencajada.

Debía pensar que estaba loca, pero en realidad, solo estaba feliz.

—Muéstrame los dormitorios —dije con entusiasmo.

Lo seguí por el pasillo, asomándome al cuarto de baño y maravillándome al ver la tina.

—Agua salada —dijo de nuevo—. Recuerda. Y está fría, excepto en verano.

No estaba segura de cómo se bombeaba hasta este nivel, pero iba a descubrirlo.

—Aún asi puedo bañarme en mi propio cuarto de baño —exclamé—. Puedo calentar el agua salada y se sentirá maravilloso. Sin insectos ni hielo para romper en la superficie como en el río de la aldea.

Su ceja se levantó, y pasó junto a la pequeña habitación y recorrió el pasillo, señalando las dos habitaciones más pequeñas y la grande que ocupaba el final.

Una gran cama había sido colocada en el centro de la última, y estaba cubierta con gruesas mantas. Dos ventanas, una a cada lado, daban al mar y a la pradera. Y una alta cómoda se encontraba contra una pared con suficientes cajones para los dos.

—Mi habitación —tosió—. Ahora también la tuya.

Mi respiración se detuvo.

—¿Esperas que duerma contigo?

—Eres mi pareja.

—Está bien.

Su ceño se frunció aún más.

—Te dije que no haré nada que no quieras que haga. No hasta que estés lista.

Ya mi cuerpo vibraba ante la idea de acostarme a su lado. De tocarlo.

¿Cuánto podría contenerme?

CAPÍTULO 17

ODIK



Alguien tocó la puerta, y Eleri me siguió hasta el umbral.

—Estás aquí. Finalmente —dijo Trilden, entrando rápidamente.

—Sí, finalmente —dijo Drabass, entrando detrás de Trilden.

Me alegré de ver a Trilden. Drabass podía esperar afuera. Sin embargo, era caedos de todos los que vivían en la isla, y eso lo incluía a él.

Trilden le dio una mirada fija a Eleri antes de asentir en mi dirección.

—Veo que has tenido éxito.

Drabass gruñó, sus labios curvándose ligeramente en una mueca de desdén.

—Ella es Eleri, mi compañera —dije, mi pecho expandiéndose con orgullo. La caza había sido un éxito, para mí. Tal vez los hados del clan elegirían a Trilden para la próxima caza. Drabass podía quedarse soltero, me importaba poco. O mudarse a la ciudad. ¿Por qué solo los machos más necesitados se mudaban?

—Bienvenida —Trilden hizo una reverencia hacia Eleri—. Tenemos tan pocas hembras aquí en la isla. ¡Y una compañera para el caedos! Deberíamos organizar una reunión del clan para presentarte, ¿no te parece, Drabass? —Le dio un codazo a Drabass. Como Trilden y yo, habían sido amigos desde pequeños. Sin embargo, Drabass nunca me había tratado como amigo. No ayudaba el hecho de que derroté a su padre para el rol de caedos. Drabass debió haber visto la oportunidad de heredar el liderazgo de su padre.

Francamente, gobernar era un deber, no un regalo, aunque dudaba que Drabass alguna vez lo viera de esa manera. Para él, el cargo representaba poder, y no estaba equivocado en eso. Pero cómo se usaba ese poder marcaba la diferencia. Drabass podría empuñarlo como una espada para forzar a los demás a comportarse como él quería, mientras yo persuadiría y lideraría con un ejemplo que deseara que los demás siguieran.

—Una celebración suena como una excelente idea —dije, apoyando mi mano en el hombro de Trilden—. ¿Dijiste "finalmente"? ¿Todo va bien aquí? — Como mi segundo, Trilden a menudo intervenía para cubrirme cuando no podía estar en la isla para resolver los problemas.

Su sonrisa se desvaneció y suspiró.

—Tres más se han ido —dijo.

Mi corazón se heló.

—¿Quiénes esta vez?

—Breard, Zainest, y el hijo de Zainest, Timend.

—¿Se mudaron a la ciudad? —Eso dejaba solo a veintisiete de nosotros en la isla. A este ritmo, sería caedos solo de mí, Eleri y Trilden antes de que termine el año.

—Han tomado trabajos allí.

Entonces, no regresarían pronto, a menos que pudiera encontrar una manera de atraerlos, y no había esperanza para eso. El estilo de vida en la isla solo funcionaba si había suficiente comida para sostenernos. Para cultivar comida, necesitábamos agua.

A veces, sentía ganas de rendirme, pero cada vez que mi voluntad flaqueaba, reafirmaba mi postura y guiaba a mi pueblo como lo hicieron mis ancestros antes que yo.

—Tal vez lo reconsideren —dije.

Trilden encogió los hombros.

—Me encantaría si lo hicieran.

Pero ambos sabíamos que no lo harían.

Drabass asintió, aunque su mirada permaneció fija en Eleri, no en mí. Su expresión se mantenía neutral, pero aun así no me gustaba que la mirara tanto.

—Aparte de eso, he estado ayudando al resto a prepararse para la tormenta que se aproxima —dijo Trilden.

—¿Qué tormenta?

Me dirigí hacia la ventana que daba al vasto mar y gruñí.

—¿Qué sucede? —preguntó Eleri, uniéndose a mí.

—Se avecina una tempestad.

Frunció el ceño y miró por la ventana.

—¿Una tormenta? Aunque parece tranquilo allá afuera, no sé cómo medir un cuerpo de agua tan grande como este. Cuando se aproxima una tormenta al pueblo, vemos nubes oscuras al oeste, y el viento aumenta, girando a nuestro alrededor. Zur dijo que siempre se podía saber cuándo se acercaba una tormenta al ver cómo las hojas de los árboles se volteaban, mostrando sus caras más pálidas.

—Mira allá —dije, señalando la ominosa franja de oscuridad que avanzaba por el horizonte —. Un día, tal vez dos como mucho, antes de que golpee.

—Como aún estabas afuera, me aseguré de que todos se enteraran —dijo Trilden—. Hemos comenzado a cubrir las ventanas en la zona de reunión comunitaria, y he enviado a varios machos a las zonas más aisladas para asegurarme de que estén al tanto y puedan ofrecer cualquier ayuda que necesiten.

—Gracias —le dije. Estaba agradecido de tener a Trilden como segundo. ¿Habría dado Drabass un paso al frente y comenzado las preparaciones? Dudaba de eso.

Los ojos abiertos de Eleri se encontraron con los míos.

—No estoy segura de qué esperar de una tormenta en el mar.

Un escalofrío recorrió su cuerpo, y se abrazó a sí misma.

Le di una mirada fija que esperaba le ofreciera algo de consuelo.

—Estaremos listos cuando llegue, pero ahora tengo que dejarte e ir a trabajar con Trilden y Drabass para prepararnos.

—Perdón por quitarte a tu compañero tan pronto —le dijo Trilden—. Sé que acabas de llegar.

—Estoy bien sola —dijo, manteniendo el tono liviano. Sin embargo, sus ojos decían mucho. Estaba nerviosa, tal vez por la tormenta. No sabía nada sobre lo que era vivir en una isla o entre un clan de orcos.

—Déjame asegurarme de que se sienta instalada —les dije—. Iré con ustedes al centro comunitario.

Trilden asintió con firmeza y luego se inclinó nuevamente ante Eleri antes de marcharse.

La mirada de Drabass se detuvo en ella antes de que saliera caminando de nuestra casa.

—Terminaré de mostrarte la isla —le dije, abriendo la caja fría que, por suerte, aún tenía comida. Hace mucho tiempo, los orcos descubrieron cómo canalizar el frío desde lo profundo de la superficie y usarlo para mantener una caja hecha de material especial fría. Así, la comida podía guardarse allí y consumirse durante algunos días. —Después de asegurarme de que todos estén preparados para la tormenta, necesito pescar. Vamos a guardar suficiente comida para aguantar la tempestad.

—¿Tienes bote?

—Pesco desde las rocas lisas en el borde del mar.

Acomodé sus antebrazos y la miré desde arriba.

—Te llevaré conmigo si quieres.

Una sonrisa se me escapó. A pesar de mi preocupación por la tormenta, seguía agradecido de que estuviera conmigo. Estaba ansioso por conocerla mejor.

Y llevarla a mi cama.

Pero eso tendría que esperar. Hasta que estuviéramos listos para resistir todo lo que el mar pudiera arrojarnos, no podría relajarme en mi casa con Eleri.

—¿Qué puedo hacer para ayudar a prepararme? —preguntó, asintiendo con firmeza. El miedo que había pasado por sus ojos desapareció, reemplazado por determinación. Esta mujer podía ser fuerte cuando más importaba.

—Cubriré las ventanas cuando regrese. He hecho eso tantas veces que es más fácil hacerlo que decirte cómo hacerlo por mí. Por lo demás, revisaré el área y pondré cualquier cosa suelta dentro del cobertizo cerca de los árboles. Hundí bien los cimientos, y el cobertizo no se moverá, no importa cuán fuerte sea el viento. Si metes las cosas sueltas, no volarán por ahí y se perderán o podrían causar daños.

—¿Y los voxes?

—Ellos sentirán la tormenta acercándose y se prepararán a su manera.

—Está bien. Haré lo que pueda.

Me dedicó una sonrisa y me empujó suavemente hacia afuera.

—Anda. Haz lo que necesites hacer para preparar todo para nuestra gente. Yo me las arreglaré aquí, caminaré afuera recogiendo lo que pueda.

—Eres increíble. No te imaginas cuánto aprecio tu ayuda y tu...

—¿El hecho de que no soy un desastre? —Se rio—. Por dentro, lo soy, pero no quiero retrasarte. Ve a ayudar a los demás y regresa a mí.

—Oh, lo haré. Puedes contar con eso.

La besé rápidamente, deseando poder quedarme más, luego salí disparado por la puerta.

Fue solo cuando alcancé a Trilden y Drabass que me di cuenta de que ese fue nuestro primer beso.

Apenas tuve tiempo de saborearlo.

CAPÍTULO 18

ELERI



Después de comer algo rápidamente, salí, primero caminando alrededor del perímetro de la casa. Me detuve un momento junto a la cerca de madera que se extendía por la cima del acantilado, mirando el mar infinito. Observé qué tan lisa era la pared del acantilado y dónde estaban los peñascos en caso de que necesitara agarrar uno y dejarlo caer.

Si no podía levantarlo, lo empujaría hasta el borde.

La mancha oscura en el horizonte no había crecido, pero dijeron que la tormenta no llegaría hasta dentro de uno o dos días.

¿Teníamos tiempo para prepararnos?

Había soportado tormentas en la aldea, pero en ese entonces Zur estaba conmigo, y nuestros vecinos ayudaban si había gran necesidad. Ayudaban a Zur, para ser precisos. No estaba tan segura de que alguna vez me hubieran ayudado a mí.

Eso no parecía ser el caso aquí, al menos con Trilden. ¿Drabass? No estaba segura de él. Era amable y parecía ser amigo de Odik, pero no me gustaba cómo me miraba.

¿Cómo sería vivir entre personas que me aceptaran y me dieran la bienvenida? Esperaba descubrirlo. Aquí sentía que tenía una oportunidad.

El acantilado se desplomaba bajo mis pies, desembocando en unas rocas anchas y lisas que se extendían lejos de la orilla arenosa. Probablemente era el lugar de pesca de Odik. Las olas se deslizaban hacia las rocas y, al impactar, lanzaban agua al aire. Qué hermoso. Sólo podía imaginar cuán peligroso sería bajar ahí cuando llegara la tormenta.

—Ponte a trabajar —me dije—. Ya basta de disfrutar el hermoso paisaje.

Caminé hacia la casa, planeando hacerlo en círculos cada vez más amplios.

Encontré un rastrillo, algunos contenedores cubiertos de hierba crecida y una pila de tablas cerca del grupo de árboles delgados. Guardé los contenedores y el rastrillo en el cobertizo, asegurando la barra en el exterior, pero dejé las tablas donde estaban por ahora. Parecían haber estado allí mucho tiempo y estaban grises por el clima. Debieron haber soportado muchas tormentas. Le preguntaría a Odik al respecto cuando regresara.

Después de recorrer el prado de un lado a otro sin encontrar nada más, decidí tomar el sendero que había visto en el bosque. No caminaría mucho, pero era bueno para mi pierna ejercitarse. La curiosidad me impulsaba a explorar mi nuevo mundo.

El sendero serpenteaba por el bosque y salía a otro prado. Pude ver a lo que Odik se había referido en la gran zona de cultivo. Los cultivos desaliñados en hileras ordenadas luchaban por sobrevivir, horneados por el sol. Recogí los que estaban maduros para llevarlos a la casa y cubrí el suelo alrededor de tantas plantas como pude con hojas recogidas bajo los árboles. El viento

probablemente las arrastraría, pero hasta que llegara la tormenta, ayudarían a conservar la humedad. Seguro que aquí se formaba rocío como en los jardines de la aldea, y eso les daría algo de alivio.

Al menos la tormenta debería traer lluvia. Me aseguraría de tener barriles y recipientes listos para recogerla, aunque estaba segura de que Odik ya lo hacía. ¿De dónde más obtendríamos agua potable?

También encontré una serie de tinas de piedra abiertas cubiertas de maleza en el borde del prado, pero no podía imaginar para qué se usaban. Tal vez para recoger lluvia.

Después de desmalezar las tinas, regresé a la casa con mi falda llena de verduras del jardín. ¿Habría árboles frutales que necesitaban cosecha? Volví a salir y encontré un pequeño árbol con frutos naranjas. Pero no estaba segura de si eran comestibles o estaban maduras. Esperaría a preguntar a Odik.

Como estaría hambriento al regresar, le preparé una comida simple y guardé el plato en la caja fría.

Ya había oscurecido cuando Odik llegó, visiblemente exhausto.

Después de lavarse las manos bajo la bomba de agua salada en el fregadero, se dejó caer en una silla y suspiró. Coloqué su comida en la mesa, donde podía alcanzarla.

—Gracias —dijo, mordiendo un gran trozo de pan con carne y queso que le había preparado —. Esto está bueno.

Asentí, sonriendo.

—¿Todos están listos? —me senté frente a él, inquieta con el mantel frente a mí.

—Eso creo. Lo comprobaré de nuevo mañana.

—Puedo acompañarte, si quieres —quería conocer a todos.

—Eso sería maravilloso. —Extendió la mano y tomó la mía, apretándola—. Te debo una disculpa.

—¿Por qué?

—Nuestro primer beso fue tan rápido que dudo que lo hayas sentido.

El calor subió a mis mejillas.

—Ya pasamos la etapa de los besos, ¿no?

—¿No te gusta besar?

Había disfrutado su beso, aunque hubiera sido breve.

—Tal vez debamos hacerlo unas cuantas veces más antes de que lo decida.

Él sonrió.

—Estaré encantado de complacerte, compañera.

Mi sonrisa se unió a la suya, y una vez más agradecí haber ocupado el lugar de la otra mujer en la caza.

Nadie creía que algo bueno pudiera surgir de la caza, pero estaban equivocados. El destino me había dado lo mejor que la vida tenía para ofrecer: Odik. Ya estaba cayendo por este hombre solemne y amable, y fácilmente podía llegar a amarlo. Era como el calor de una manta acogedora.

Y el calor que encontraría debajo de ella.

Señalé lo que había recolectado en el jardín, y él asintió, con su mirada llena de orgullo al volver a mirarme.

Amaba sentirme necesaria.

—Has estado ocupada —dijo, hablando entre bocados—. Aprecio la ayuda.

Ser una buena compañera para él significaba mucho para mí. Parecía cargar con todas las

responsabilidades del clan, y quería que supiera que podía compartirlas conmigo. La vida aquí no sería fácil, eso ya estaba claro, pero si compartíamos el trabajo, seguramente podríamos encontrar alegría en lo que hacíamos, porque estaríamos juntos.

Le conté lo que había hecho en el jardín y mencioné la pila de madera.

—Puede quedarse donde está. Me aseguraré de que las ataduras que fijé al suelo hace un año estén bien seguras, pero no necesitamos llevar nada al cobertizo.

—Mira bien por la mañana para asegurarte de que no se me haya pasado nada.

Él asintió.

—Voy a pescar y luego a nadar —anunció tras tragar su último bocado. Al levantarse, llevó su plato al fregadero y lo lavó con cuidado.

—¿Pescar en la oscuridad? —Por no mencionar nadar. Yo había chapoteado en la orilla del río, pero siempre de día.

—Los peces se acercan a la orilla por la noche para alimentarse. Con un anzuelo y un poco de cebo, puedo conseguir una buena pesca. —Girándose, se apoyó contra la encimera—. Los limpiaremos y los guardaremos en la caja fría, así tendremos suficiente para comer durante la tormenta. Intentaré pescar lo suficiente para quienes no puedan hacerlo.

—He limpiado muchos peces —dije—. Zur era buen cazador y pescador. Vendía la mayoría, y usábamos esos ingresos, junto con los que yo obtenía como costurera, para comprar o intercambiar todo lo que necesitábamos. Como dije, hacía toda nuestra ropa.

—Aquí hace falta una costurera. Compramos nuestra ropa en la ciudad.

—Tal vez, cuando las cosas se estabilicen, pueda abrir una pequeña tienda. Eso nos beneficiaría a ambos y a la comunidad.

—O podrías abrir una tienda en la ciudad.

—¿Y viajar hasta allí cada día? —Me pregunté cómo funcionaría eso.

—Zarran podría llevarnos. O... —Miró sus botas—. Podríamos quedarnos allí la mayor parte del tiempo.

¿Estaba echándome ya? No, no podía ser. Parecía contento de tenerme aquí con él. Quizás quería decir que permaneceríamos juntos en la ciudad.

—¿Estás pensando en dejar la isla? —pregunté con cuidado.

—Me encanta este lugar. Ha sido el hogar de mi clan durante muchas generaciones, más de las que nadie puede recordar, pero cada vez que algunos se van, y luego otros, se hace más difícil para los que quedamos. —Cuando alzó la mirada, sus ojos estaban llenos de una profunda tristeza.

Me dolió el pecho al verlo.

—¿Qué harías si viviéramos en la ciudad?

—Podría alistarme en el ejército. Mi amigo Jaus es el comandante de toda la flota.

—El ejército —reflexioné sobre lo que eso significaba—. Supongo que defienden la ciudad.

—Sí —respondió con seriedad—. De los shaydes y los dresalods.

Y podría perderlo.

No debía aferrarme. Todos debían luchar contra los ataques, o nadie sobreviviría. Aun así, no podía imaginar perderlo.

—Hablaremos de eso más tarde. —Hizo un gesto hacia el pasillo con la cabeza—. Déjame reunir algunas cosas, y podemos bajar las escaleras hasta el fondo del acantilado.

No había visto escaleras, pero había pasado la mayor parte del tiempo inspeccionando los prados y la zona alrededor de la casa en busca de cosas para guardar.

—¿Te gustaría tu primera lección de natación esta noche? —preguntó.

—¿En la oscuridad?

—Estarás perfectamente segura.

¿Debería asustarme la idea de peces mordisqueando mis dedos? Pero si Odik estaba conmigo, no lo estaba.

—De acuerdo.

Él empezó a dirigirse al dormitorio, pero se giró para mirarme de nuevo.

—Por cierto, siempre nado desnudo.

Capítulo 19

ODIK



Lancé el comentario principalmente para ver cómo reaccionaría. Hasta ahora, ella había respondido dulcemente a mi toque, pero no estaba seguro de hasta dónde quería—o me atrevía—a llevar esto. Nos estábamos acercando más. Ya estaba bastante enamorado de ella.

Quería más, aunque nunca la forzaría a hacer algo que no le emocionara tanto como a mí.

—Creo —dijo ella, levantándose de su silla— que aprenderé a nadar desnuda.

Ahí estaba mi valiente compañera. Mi ritmo cardíaco se duplicó al instante, y silbé alegremente mientras me dirigía al baño a recoger los trapos para secar. Mi equipo de pesca estaba dentro del cobertizo, y podríamos recogerlo en el camino.

El calor cargó a través de mis venas, y mi polla se levantó ante la ocasión. Afortunadamente aún llevaba un taparrabos suelto y no pantalones, o se me hubiera notado.

Volví a la cocina para encontrarla esperando con una expresión que no podía interpretar en su rostro. No era temor. Esta mujer tenía más coraje que una legión de dresalod atacando.

¿Expectativa?

Sí, eso era.

Salimos de la casa, deteniéndonos en el cobertizo para recoger mis suministros de pesca y el recipiente que usaría para traer lo que atrapáramos de vuelta a la casa. Los limpiaríamos en la orilla y dejaríamos las entrañas y las escamas en el agua. Luego, la conduje hacia las escaleras que una generación anterior había tallado en el rostro del acantilado rocoso hace siglos.

—¿Estás emocionada por nadar o...? —Dejé que el resto de la pregunta flotara, para que ella pudiera tomarla en cualquier dirección que quisiera.

—Las dos cosas.

Ja. Me encantó cómo me devolvió el reto.

Tal vez no analizaría esto. Dejaría que las cosas se desarrollaran como se suponía que debían.

—Ah, no vi estas escaleras aquí antes —dijo mientras comenzábamos a bajar las escaleras. Ella sostenía los trapos para secar y ni siquiera la altura parecía asustarla, aunque había una barandilla entre nosotros y el empinado abismo.

—Dan a la orilla arenosa. Los últimos seis metros son de madera y pueden ser levantados si los dresalods atacan.

—Sabio.

Asentí.

—Afortunadamente, los dresalods no pueden saltar muy alto. Yo pesco desde las grandes rocas que probablemente has visto antes si observaste por el acantilado.

—Sí las vi. Es hermoso aquí, incluso de noche. —Se detuvo en las escaleras y levantó la

cabeza, mirando las estrellas y la luna llena sobre nosotros. Apuntó hacia el mar y su sonrisa creció—. Mira cómo la luz brilla sobre el agua. Puede que se esté gestando una tormenta, pero por ahora, solo veo belleza.

—El mar es una mujer peligrosa, siempre decía mi padre.

—Un cuerpo de agua tan grande. Tanto poder.

—Si la tratas bien, te recompensará, decía también mi padre.

—Suena sabio.

—Lo era. Estricto, pero lo suficientemente amable. Adoraba a mi madre. No creo que hubiera podido seguir adelante sin ella.

—¿Sabía que ella había muerto?

—No. —Comenzamos a caminar de nuevo por las escaleras—. Probablemente murieron al mismo tiempo. Él había ido a la ciudad por el día y se unió a la batalla de los shayde. Lo mataron poco después de que atacaran, lo arrancaron de su vox. Yo estaba aquí, ocupándome de los asuntos que mi padre había dejado bajo mi cuidado. Mi madre había bajado a las rocas a pescar. Los dresalods atacaron aquí al mismo tiempo, y cuando ella no regresó, la busqué. Había sangre... —Estaba por todas partes, y no quedaba nada de ella.

Odiaba decir siquiera una parte de lo que vi cuando fui a buscar a mi madre.

La mano de Eleri aterrizó sobre mi hombro y apretó.

—Lo siento. Ella estaría agradecida de que hayas sobrevivido.

—Lo sé. —Su pérdida seguía ardiendo en mi abdomen. Durante mucho tiempo me pregunté si el estar con ella habría aumentado sus posibilidades de sobrevivir. Podría haberla protegido, llevado a un lugar seguro. Pero no lo hice, y aprendí a aceptar eso.

—¿Pescar o nadar primero? —preguntó mientras salíamos de la escalera.

—Vamos a pescar, limpiar el pescado y ponerlo en el recipiente en las escaleras para llevarlo después. Luego nadaremos, aunque no donde tiremos las entrañas. Conozco el lugar perfecto para llevarte donde el mar no es brusco y te sentirás completamente segura.

—¿Dresalods?

—Es siempre un riesgo, pero nos mantendremos cerca de las escaleras.

—De acuerdo.

Con la luz de la luna guiándonos, caminamos por la orilla de guijarros y subimos a las grandes rocas que habían estado ahí desde el amanecer de los tiempos. Bajé mis suministros sobre una roca cercana a donde el agua rozaba las piedras más bajas y observé el agua durante un largo rato. Ningunas burbujas ni ondas indicaban que los dresalods se levantarían a la superficie. Debería ser lo suficientemente seguro por un rato, aunque seguiría vigilando.

—¿Puedo pescar también? —preguntó Eleri.

—Traje dos cañas por si acaso. Yo les pondré el cebo, y podemos lanzarlas. Quien atrape más peces, le deberá algo al otro.

Ella frunció el ceño.

—Eso suena bastante amplio.

—¿Qué te gustaría que te diera si atrapas más peces? —Puse el cebo en uno de los anzuelos y le pasé la caña mientras ella se tocaba la barbilla, pensativa.

Ella sonrió de manera traviesa y se acercó, apoyando la palma de su mano sobre mi pecho.

—Oh, creo que tengo una idea, querido orco —susurró, con la voz llena de sugerencia juguetona.

Alcé una ceja, curioso.

—Cuéntamela —dije, una sonrisa ladeada jugando en mis labios.

Ella mordió su labio inferior, sus ojos brillando. Nunca había visto a nadie más bonita que Eleri a la luz de la luna.

—Si atrapo más peces, tendrás que cantarme —dijo, con una chispa de diversión en su mirada.

Solté una risa, disfrutando cómo me desafiaba.

—¿Y si no canto bien?

Ella se encogió de hombros.

—Igual serás tú quien me cante. Eso es suficiente.

—De acuerdo. ¿Qué debería pedir si gano yo?

—Si atrapo más peces, tendrás que bailar conmigo —respondí, seguro de que lo podía ganar.

—¿Y si no sé bailar? —replicó.

—No me importa guiarte.

—Me sorprendes.

—¿Que un orco sepa bailar? Mi madre me enseñó cuando era pequeño, aunque seré honesto y te diré que no he bailado desde entonces. No había nadie más con quien quisiera bailar, solo con mi madre.

Y ahora, con Eleri.

—Te diré algo —dije—. Si yo gano, bailaré contigo y cantaré para acompañar la música.

—Entonces podré oírte cantar sin importar quién gane. —Sonrió—. Me gusta eso. Trato hecho.

Tras lanzar nuestras líneas al mar tranquilo, nos acomodamos en el borde de la roca más grande y alta, dejando que nuestras piernas colgaran. La luz de la luna brillaba sobre las suaves olas.

—Es difícil creer que una tormenta vaya a azotar esta zona pronto —dijo Eleri, apoyándose en mi costado—. Está tan tranquilo y pacífico.

—Así es siempre. El mundo te duerme, haciéndote creer que la oscuridad en el horizonte es solo una broma. Luego la tormenta llega.

Mientras esperábamos que los peces mordieran, inhalé el aire salado mezclado con el dulce aroma de las flores de playa que florecían cerca. El sonido de las aves marinas a lo lejos resonaba en la tranquila noche, añadiendo a la atmósfera pacífica.

—Trilden dijo que tres de tu clan se han mudado a la ciudad —dijo.

—No son los primeros, como probablemente ya sospechabas. La población está disminuyendo lentamente en la isla, no creciendo como me gustaría. Si la mayoría de nuestras hembras no hubieran muerto, tal vez las cosas serían diferentes.

—Las cosas siempre se ven mejor cuando el sonido de los niños riendo resuena en el aire. No seré la primera pareja de la aldea. Tal vez Trilden y algunos de los otros machos se vinculen con mujeres durante los próximos años. Ellos traerían a sus compañeras aquí, y la población se iría reponiendo poco a poco.

—Vivo para ese día.

—¿Por qué no te has ido? Sé que eres el líder de tu clan, pero podrías mover a todos a la ciudad si sus vidas serán mejores allí.

—¿Serán mejores sus vidas? —Pensé en ello por un momento—. Mira a tu alrededor. ¿Qué podría ser más maravilloso que estar aquí pescando con la luz de la luna brillando sobre nosotros?

—Podrías sentarte bajo la luna y pescar en la orilla fuera de la ciudad.

—Pero no me sentiría libre. ¿Cómo explico algo que solo es un sentimiento? Los ruidos de la

ciudad nos invadirían. Gente hablando, riendo, moviéndose de un lado a otro.

—Todo cosas buenas.

—Aquí, no hay nada más que nosotros y el mar.

—¿Y la tormenta que pronto devastará esta pequeña isla?

—La reconstruiremos si es necesario. Seguiremos adelante.

—Ya me encanta estar aquí —dijo—. Hay una serenidad, una sensación de paz aquí que nunca experimenté en la aldea. Donde vivía, estaba lleno de casas pequeñas construidas casi una sobre la otra. Incluso dentro de nuestra pequeña vivienda, sentía que el mundo intentaba meterse dentro con nosotros.

Tal vez *sí* lo veía.

—Hay trabajos en la ciudad —dijo.

— No me imagino ir a trabajar por la mañana, trabajar todo el día, solo para repetir lo mismo al día siguiente. Hacerlo hasta que mi cuerpo se desgaste y no tenga fuerzas ni para disfrutar de algo tan simple como pescar o... — le envié una sonrisa. — O estar aquí contigo sobre las rocas, Eleri. Continué antes de que pudiera decir algo. Estoy lo suficientemente ocupado con mis deberes de caedos, pero aún más, siento que soy el cuidador de estas islas y de esta forma de vida más tranquila. Hago lo que hizo mi padre antes que yo y su madre antes que él. Lo que sea que mi gente necesite, encuentro la manera de proveerlo.

Excepto que ellos seguían yéndose, y con cada uno, sentía como si se llevaran un pedazo de mi corazón.

—Entonces necesitamos encontrar una manera de hacer que la gente se mude a la isla —dijo con fervor—. Es hermoso aquí, incluso si el peligro se asoma en el horizonte. Como dijiste, puedes reconstruir si es necesario. No debe ser muy distinto en la ciudad. La tormenta nos pasará por encima y se dirigirá hacia ellos.

No señalé que ellos tenían el muro de la ciudad como protección de lo peor que el mar creciente pudiera lanzarles, que sus casas plateadas brillaban, dejaban caer la lluvia y resistían el viento sin esfuerzo.

En lugar de eso, me senté en la piedra sintiéndome completamente humilde porque había encontrado a alguien que me comprendía.

Mi pendiente de clan quizá había elegido a esta mujer para estar a mi lado el resto de mis días, pero ella quería estar aquí conmigo. Había una diferencia, y haría todo lo que pudiera para evitar que ella se sintiera de alguna otra manera.

Ella era el refugio que mi corazón necesitaba.

Capítulo 20

ELERI



Hablamos sobre la vida en la isla, nuestras voces se mezclaban armónicamente con el golpeteo del agua contra las rocas. Mi corazón se elevaba al saber que este hombre, con su aguda inteligencia y risa contagiosa, estaba poco a poco tejiendo su camino hacia lo más profundo de mi corazón. No dejaba de robarle miradas, cautivada por la manera en que la luz de la luna iluminaba sus rasgos.

Pasaron los minutos mientras nos sentábamos lado a lado.

—Empiezo a pensar que los peces han decidido pasar la noche preparando sus hogares para la tormenta que se avecina —dije—. No pican.

—Están aquí. Solo tenemos que cortejarlos. Como a ti, compañera. Te estoy cortejando.

Tenía razón. Estaba bien estar allí con él, hablando. Abrió su corazón hacia mí, y apreciaba que se sintiera cómodo haciéndolo conmigo.

Algo tiró de mi línea, y di un respingo, levantándome rápidamente para ponerme de pie sobre la roca.

Enrollé con cuidado la línea, pero cuando el anzuelo emergió del mar, estaba vacío.

—Alguien me robó el cebo —dije, frunciendo el ceño al agua.

—Añadiré más —respondió Odik, pronto tenía mi línea de nuevo en el agua, hundiéndose más en el mar precioso.

Finalmente, mi paciencia dio frutos.

Mi línea se deslizaba hacia el mar como si los peces esperaran atrapar la tormenta, pero yo me mantuve firme, lentamente recogiendo la línea.

—Lo tienes —gritó Odik, de pie detrás de mí con sus manos descansando sobre mis brazos, listo para ayudarme a sacar mi captura si fuera necesario.

Me contuve con anticipación.

Cuando saqué lo último de la línea, levanté un pez del tamaño de mi brazo. Era tan pesado que apenas podía sostenerlo por el tiempo suficiente para presumir.

—Parece que estoy ganando —lo provoqué, recostándome triunfalmente en sus brazos.

Él suspiró.

—Quizás vayas adelante por ahora, pero la noche es joven, pequeña compañera.

Como si el mar escuchara su desafío, una repentina oleada de actividad llenó el agua debajo de nosotros, un banco de peces se aglutinó alrededor de su línea.

Tras sacar el anzuelo de mi pez, lo coloqué en el recipiente y rápidamente repuse el cebo de mi línea, lanzándola al agua mientras los peces seguían nadando por debajo de nosotros.

—¡Vamos, cebo, tú puedes! —grité—. ¡Haz tu magia y dame otro pez!

El tiempo parecía detenerse mientras sacábamos uno tras otro. Nuestra risa saltaba sobre el agua, fusionándose con el suave remolino del agua sobre las rocas debajo. Mientras la luna bañaba todo con su resplandor etéreo, era su presencia la que verdaderamente iluminaba mi mundo.

Me estaba enamorando de él, y no quería detenerme. Era amable y tierno, y tenía un alma antigua, una que quería mantener en mis manos y proteger. Odiaba que el mundo estuviera decidido a hacerle daño, y quería crear un lugar para él donde pudiera sentirse seguro.

Ese lugar sería conmigo.

A medida que avanzaba la noche, reímos y compartimos fragmentos de nuestras vidas. Con cada pez que sacábamos, la balanza se iba inclinando a su favor.

—¿Cuántos peces queremos pescar? —pregunté mientras sacaba mi quinto. ¿O era el sexto? —. Vamos a comer pescado por el resto de nuestras vidas.

—Compartiremos. Algunos que viven en la isla ya no se pueden mover como antes. Yo proveo para ellos e intento hacerles la vida más fácil.

Él seguía dando a todos los que lo rodeaban.

Yo quería darle a él.

—En cuanto a cuántos, creo que ya tenemos lo suficiente. —Miró el recipiente desbordante —. Aún tenemos que limpiarlos, pero puedo hacerlo mientras tú te sientas a saborear lo que probablemente sea tu victoria.

—Creo que estamos empatados, aunque es difícil de decir. No identificamos quién sacó cual.

Él sonrió mirándome.

—¿Empate entonces?

—Creo que sí, aunque yo he ganado, porque ¡vas a cantar! —Mi risa sonó a lo largo del agua.

Su risa grave se unió a la mía.

—Mi madre siempre decía que tengo una voz increíble.

—No puedo esperar a oírla.

—¿Podría persuadirte para que guardes tu premio de victoria para mañana por la noche?

—¿Por qué no ahora? Puedes cantarme para dormir o compartir tu canción mientras limpiamos los peces.

—Quiero preparar una noche especial para ti mañana y cantar será parte de ella.

—La tormenta puede llegar para entonces.

—Podemos hacerlo dentro. Conozco un lugar especial.

No podía esperar. Cada momento con Odik se sentía mejor que el anterior, y comenzaba a creer que este era el futuro que podía esperar.

Me entregó las cañas y levantó el recipiente, sus músculos se hinchaban con el peso. Dudaba poder levantarlo, pero él avanzó por las rocas con facilidad, saltando sobre la orilla rocosa.

Limpiamos los peces, nunca una tarea divertida. Tras enjuagar el recipiente, colocamos nuestra captura dentro y él cerró la tapa.

—Llevemos esto a la casa y guardemos los peces en la caja fría. Tengo una segunda en el cobertizo que podemos usar si la necesitamos —sonrió hacia mí—. Y luego, mi bonita compañera, creo que es hora de tu lección de natación.

Capítulo 21

ODIK



Guardamos los peces en la nevera portátil, y me sentí agradecida al ver que habíamos conseguido una pesca tan abundante. Esto sería suficiente no solo para pasar la tormenta nosotros, sino también para ayudar a todos los demás a quienes apoyo. Durante el día, me había asegurado de que sus casas estuvieran protegidas: cubrí las ventanas y até o guardé cualquier cosa que la tempestad pudiera arrastrar. Era importante cuidar de ellos con frecuencia, y una tormenta era una excusa tan buena como cualquier otra.

Después de lavarnos las manos en el fregadero, me giré y me apoyé contra el mostrador.

—Dejamos los paños de secar allá abajo, en las rocas —dijo Eleri, su rostro alegre bajo la luz de las lámparas de fuego susurrante. Crucé la habitación y soplé sobre cada una para que siguieran brillando.

—Los recogeremos de camino a donde vamos a nadar.

Una sonrisa traviesa asomó a sus labios.

—¿Dónde *vamos* a nadar? El mar estaba en calma más allá de las rocas, pero cuando miré desde los acantilados vi que en algunas zonas se levantaba el rocío. ¿No deberíamos preocuparnos por los dresalods o por ser arrastrados contra las piedras?

—Voy a mostrarte dónde es seguro, compañera —dije, tomando su mano y llevándola nuevamente afuera y bajando las escaleras. Pero en lugar de girar a la izquierda hacia las rocas, la conduje a lo largo de la orilla hacia la derecha, hasta la punta y alrededor de ella.

—Tan bonito —comentó, mirando del mar hacia mí.

—¿Estás diciendo que soy bonito? —bromeé.

—Mucho. —Su risa se derramó libremente, y adoré lo feliz que parecía simplemente estando conmigo. Podía imaginarme una vida larga y feliz a su lado. No sería fácil, pero enfrentaríamos cada desafío juntos.

—Yo creo que la bonita eres tú, no yo.

—Eres dulce, Odik. Tenía miedo de lo que encontraría al salir de la fortaleza, pero lo que he encontrado contigo supera todo lo que podría haber imaginado.

—No creo que pensaras que encontrarías algo bueno con los orcos.

—Estábamos equivocados. Se los diré si algún día regreso. —Una sombra cruzó su rostro, robándole su alegría—. Claro, nunca podré regresar. Creen que asesiné a Zur. Me arrestarían.

—Si hubiera una forma de limpiar tu nombre, la buscaría.

—Gracias. —Se encogió de hombros—. Odio que las pocas personas que podía llamar amigos crean que podría haber hecho algo tan horrible. Ellos sabían que lo amaba. —Levantó la barbilla—. ¿Sabes qué? Apuesto a que no creen que lo hice, y espero que hablen y lo digan.

Yo también lo esperaba. Podríamos regresar al pueblo, y ella podría contarles lo que pasó desde la seguridad del bosque, pero ¿serviría de algo? Si no le creían, tratarían de capturarla. Nunca pondría a mi compañera en peligro.

Porque la amaba.

Ese sentimiento se había deslizado con tanta naturalidad en mi corazón, como si ese órgano supiera que le faltaba una pieza y esperara a que ella la colocara en su lugar. Algunos dirían que era rápido y repentino, pero así era con los compañeros destinados.

—¿A dónde me llevas? —dijo, riendo suavemente.

Me alegró que pudiera sacudirse la tristeza y centrarse en el presente.

—No muy lejos. —La guie colina arriba y luego bajamos por el otro lado, acercándonos a una serie de rocas planas, similares a las de donde habíamos pescado.

—¿Saltaremos desde aquí? —soltó un escalofrío—. No estoy segura de estar lista para lanzarme al mar donde no puedo hacer pie.

—Nadaremos donde sea poco profundo y seguro.

—¿En este enorme cuerpo de agua? Hemos pescado peces bastante grandes, y eso me dice que las cosas que se los comen son aún más grandes que ellos.

—Hay peces enormes en el mar. Los he visto en primavera. Migran y, mientras pasan en grandes cardúmenes, saltan del agua y caen entre sus compañeros. Su piel es lisa, no tienen escamas. La parte superior de sus cuerpos es de un color morado oscuro y la inferior más clara.

—Estoy deseando verlos, pero, sinceramente, no quiero nadar con ellos.

—No lo harás.

Cruzamos una serie de grandes rocas planas y nos detuvimos en el centro.

—¡Una poza! —exclamó—. Está en medio de las rocas, aunque veo que el agua salpica sobre el frente de los peñascos y la mantiene llena. —Su mirada siguió el canal lleno de agua hasta los acantilados y señaló—. ¿Eso es una cueva?

—Es poco profunda. Exploré cada rincón de esta isla cuando era joven. Lamentablemente, no hay nada emocionante en esa dirección. —Extendí la mano hacia el nudo de mi taparrabos—. ¿Lista para tu primera lección de natación?

—Sospecho que tienes algo más que nadar en mente, *compañero*.

—¿Estás de acuerdo con eso? —Ella me había dado la idea de que estaba enamorándose de mí, tal como yo de ella, pero tal vez no estaba lista para llevar esto más allá.

—Sí. —Se quitó la blusa por encima de la cabeza y la arrojó a un lado, revelando sus gloriosos pechos.

Mientras yo soltaba el cuero que me cubría y lo dejaba caer sobre las rocas, ella se deslizó fuera de su falda y la acomodó con cuidado junto a su blusa doblada.

Sus zapatos se unieron al resto de la ropa, y luego se enderezó con la barbilla ligeramente levantada.

—Mi pierna está hecha un desastre. Por favor, no la mires.

—La vi cuando la masajeé, ¿recuerdas?

—Entonces estaba oscuro.

—Ahora también lo está. —Me arrodillé frente a ella, aunque eso nos dejó a la misma altura —. Veo cicatrices, pero son insignias de valor. Me demuestran que eres una luchadora, que no te rindes, que sin importar lo que te pase, sigues intentándolo. —Clavé mi mirada en la suya, esperando que pudiera ver la sinceridad en mis ojos—. Valoro cada parte de ti, incluidas tus cicatrices.

—Vas a hacerme llorar —dijo, temblando ligeramente. Sus labios temblaron—. No odio mis

cicatrices, en sí. Ya son tan parte de mí que, aparte de mi cojera y el deseo de que mi pierna funcionara mejor, me acepto tal como soy. ¿Cómo podría no hacerlo? No es como si pudiera cambiar esto.

—Eres hermosa —dije con asombro—. Aún no puedo creer que siquiera quieras mirarme.

Cuando me puse de pie, ella se acercó y nuestras pieles se rozaron.

—Eres perfecto. Fuerte, amable y hermoso.

—Los hombres no somos hermosos —respondí con una sonrisa—. Somos guapos o tal vez imponentes. Nada tan glorioso como tú.

—Parece que los dos nos admiramos mutuamente. Eso basta, ¿no crees?

—Sí. —Era un honor tener a esta mujer como mi compañera, y pensaba valorarla cada día que el destino nos concediera.

No podía creer que estuviéramos aquí desnudos y solo hablando. Era preciosa, con curvas generosas y una piel cremosa, tan distinta de mi tono verde. Sus pechos eran altos y redondeados, y deseaba probar sus pezones con mi boca. Pero, a pesar de bromear sobre nadar desnudos, no pensaba llevar esto demasiado lejos. Dejaría que ella marcara el ritmo de lo que hiciéramos esta noche.

—¿Cómo me enseñarás a nadar? —preguntó, cruzando los brazos sobre su pecho.

—¿Te incomoda estar desnuda conmigo?

—Debería, ¿no? Pero ya hemos hecho cosas. No todo, pero ambos hemos visto partes del otro. Esto… simplemente lleva las cosas un poco más lejos.

—Si te sientes más cómoda aprendiendo a nadar con ropa, podemos usar nuestras camisetas.

Ella deslizó un dedo por mi vientre, y mi mente se disparó hasta el cielo. Mi cuerpo intentó seguirlo. Su sonrisa creció mientras trazaba su dedo por toda mi longitud.

—Grande —dijo—. Y grueso. Algún día tendrás que mostrarme lo que puedes hacer con esto.

—Solo pídelo, compañera, y lo haré.

Cuando me miró, su mirada estaba llena de picardía.

—Primero nadaremos. Hablaremos de otras actividades después.

De acuerdo.

—En cuanto a cómo te enseñaré… —Apenas podía pensar o hablar, y mucho menos evitar tocar cada parte de su cuerpo encantador—. Te sostendré en el agua y te enseñaré a mantener la cabeza sobre la superficie, luego, poco a poco, cómo moverte al enfrentarte con el mar.

—¿Lo cual no voy a hacer hoy, cierto?

—Quizá podamos esperar hasta mañana —bromeé.

—¿Durante la tormenta?

—Tal vez esperemos uno o dos días después de la tormenta.

Ella agarró mis antebrazos.

—Por alguna razón, siempre he tenido miedo del agua profunda.

—¿Quizá así te lastimaste la pierna?

—No lo recuerdo. —Se encogió de hombros, lo que provocó un sutil movimiento en sus pechos, altamente distractor—. O era demasiado joven o he bloqueado el recuerdo de mi mente.

—¿Quieres saberlo?

—A veces, sí. ¿Hice algo estúpido, fue un accidente o alguien intentó hacerme daño? Simplemente no lo sé. —Se encogió de hombros—. Ya no importa.

—A veces es mejor simplemente dejar ir las cosas que no puedes cambiar.

—Tienes razón. —Retrocedió un paso y miró hacia el mar, que se extendía hasta lo que

parecía el infinito—. Las nubes se están reuniendo, fortaleciendo. Será una gran tormenta.

Me acerqué por detrás y la sostuve, saboreando la sensación de nuestros cuerpos en contacto. Me dolía desearla, pero también era agradable simplemente abrazarla.

—Cuando era joven y el peso del liderazgo aún no había caído sobre mis hombros, me encantaban las tormentas.

—¿Les temes ahora?

—Solamente lo que pueden hacer a mi gente. Hay algo impresionante en una tormenta. Mi padre solía bajar a las rocas donde pescábamos mientras la marea estaba baja. Nos parábamos allí y desafiábamos la furia de la tormenta con los brazos y las voces levantadas.

—Entiendo. Estás haciendo algo, no solo dejando que la tormenta te pase por encima mientras te escondes.

—Exacto. Cuando la marea sube durante una tormenta, el agua cubre las rocas. También este estanque. Se golpea contra la cueva que esperabas explorar.

—¿Hay otras cuevas en la isla?

—Si las hubiera — dije, —ya las habría encontrado. Pasé gran parte de mi infancia explorando cada rincón de la isla. Comencé a hacer lo mismo con las islas deshabitadas cercanas hasta que mi padre me atrapó regresando un día en su barco y me dio una bofetada, diciéndome que nunca me enfrentara al mar solo de nuevo.

—¿Cuántos años tenías entonces?

—Diez.

Ella se rio y se volvió en mis brazos, mirándome.

—Creo que también te habría reprendido si hubieras sido mi hijo.

Me encogí de hombros.

—Mi madre visitaba el pueblo con frecuencia. Mi padre siempre estaba ocupado con el clan. Me entretenía solo.

—Lo siento. Imagino que te sentiste solo.

—Había otros orclings aquí con los que jugaba, pero también disfrutaba estando solo. — Me incliné hacia el estanque. —Basta de eso. Vamos a sentarnos en el borde y sumergir nuestros pies en el agua.

Ella se rio de nuevo cuando lo hicimos, señalando hacia donde sus pies rozaban bien por encima del agua.

—Aquí que no podemos sumergir nuestros pies. No llego al agua.

Me deslicé de la roca y entré en el agua refrescante y fría del estanque, y me enfrenté a ella con los brazos hacia ella, nadando para mantener mi posición.

—Salta y te atraparé.

Un lindo ceño se apoderó de su rostro.

—¿Cómo está la temperatura?

—Fría. Maravillosa.

—Eso es cuestión de perspectiva. Algunos de los aldeanos más ricos tenían bañeras y hacían que los sirvientes llevaran agua caliente para llenarlas. No puedo imaginar qué se siente sumergirse en agua caliente.

—Quizás lo descubras algún día. — Podría calentar el agua del mar. Comprar una bañera en la ciudad. Sería una sorpresa maravillosa.

Ella saltó para unirse a mí en el estanque, chillando cuando su cuerpo se deslizó en el agua. Flotando, se aferró a mis hombros, y me recordó una vez más que no llevábamos ropa.

Deslicé mis dedos por sus costados, y ella tembló, su mirada cayó en mi boca.

—Me encanta que esto nos ponga a la altura adecuada para besarnos, pero ¡hace tanto frío! — dijo, temblando.

—¿Besarnos, dijiste? ¿Estás tratando de tentarme para que me aleje de mi lección de natación? — Como si necesitara hacer algún esfuerzo. Era todo lo que podía hacer para no tocar sus senos, su delicioso trasero. Para separar sus piernas y tocarla allí.

—¿Por qué querría distraerte? — Sus ojos brillaban con picardía. —Vivo en una isla rodeada de agua. Tiene sentido que aprenda a nadar, ¿no crees?

Porque nunca podría resistirla, la besé, pasando mi lengua sobre sus labios hasta que me dio acceso total.

Este era nuestro primer beso verdadero, y lo iba a saborear.

Con un gemido, se aferró a mis hombros, presionando su cuerpo contra el mío.

Pasé mi lengua por sus labios, y ella me dejó entrar. Nuestras lenguas se deslizaron juntas, al igual que nuestros cuerpos.

Maldita sea. Pasé mis dedos sobre su pecho y rodé su pezón.

Ella se apartó con un jadeo, sus ojos oscuros de deseo.

—Creo que tú eres el que nos está distrayendo.

—¿Debería parar?

—Me gusta. Mentiría si dijera que no.

—Vinimos aquí para tu lección de natación —. Y era importante que ella aprendiera. —¿Qué dices a nadar primero y luego te mostraré placer?

—Quizás deberíamos saltarnos la lección.

El calor rugió a través de mí, pero la tormenta se acercaba. Esta sería nuestra última vez en el agua durante días.

Fui un tonto por no aceptar su oferta, pero no quería que pensara que la traje aquí con la promesa de desnudarnos solo para aprovecharme de la situación. Mi erección gritaba que ya era hora de reclamarla, pero yo tenía principios.

—Tendremos una lección corta. — Nada podría borrar la imagen de reclamar a mi compañera de mi mente.

Ella hizo un puchero, con su labio inferior sobresaliendo de la manera más tentadora.

—Eres un provocador.

—Pero ahora estás relajada en el agua, ¿verdad?

Ella resopló.

—Sí.

—Soy un provocador, pero también estoy decidido — dije. —Estamos rodeados de agua. Aunque no tengas que nadar regularmente a menos que lo desees, debes saber cómo hacerlo. Un día, las lecciones que te doy podrían ser vitales para tu supervivencia.

—Tienes razón. — Me envió una mirada arrepentida. —¿Qué sigue?

—Quiero que sueltes mi mano y te agarres a esas rocas del lado. Te ayudarán a sentirte segura mientras aprendes a nadar.

—Podría aferrarme a ti.

¿Y jugar con mi frágil autocontrol? Era todo lo que podía hacer para recordar por qué estábamos aquí y no enfocarme en su delicioso cuerpo.

—Siempre — dije con brusquedad. Sacudí la cabeza y me obligué a enfocarme. —Puede haber veces en que quieras nadar sola, aunque por favor no lo hagas hasta que ambos estemos seguros de tus habilidades para nadar.

—De acuerdo. — Soltó su agarre de mis hombros, alcanzando el borde de las rocas. Sus

dedos se aferraron a ellas con fuerza, sus nudillos se volvieron blancos con su esfuerzo.

—Estás haciendo grandes progresos. — La seguí, manteniéndome a una distancia de un brazo de ella, listo para agarrarla si algo salía mal. Quería que su primera lección fuera divertida. Si podía mostrarle cómo controlar el movimiento de su cuerpo en el agua en lugar de dejar que el agua la controlara, podría construir desde allí. —Es saludable temer el agua, pero vas a mostrarle que eres la jefa.

Ella golpeó la superficie.

—¡Entendido, agua! Estoy al mando aquí.

—Exacto.

Con cada ola, el agua se deslizaba sobre las rocas y se drenaba en el estanque, solo para ser succionada de nuevo con la corriente a través de canales entre los enormes bloques de piedra.

Coloqué una mano en su espalda, frotando círculos pequeños entre sus omóplatos.

Sus músculos se relajaron, y se inclinó hacia mi mano.

—Estoy aquí para ti. No dejaré que nada malo te suceda.

—¿Qué hago ahora?

Cerrando la distancia entre nosotros, deslicé mi brazo alrededor de su cintura, mi cuerpo presionado contra el suyo.

—Primero, necesitas inclinarte ligeramente hacia adelante, confiando en que el agua te sostenga. Así. — Le mostré, inclinando mi cuerpo para mostrarle la posición.

Ella siguió mi ejemplo, imitando mis movimientos de manera vacilante. Su cabello brillaba con gotas de agua, enmarcando su rostro como tendones oscuros. Resistí el impulso de apartarlos, enfocándome en enseñarle.

—Patea con tus piernas en un movimiento de ida y vuelta. También puedes usar tus brazos extendiéndolos y haciéndolos girar a través del agua. Ambos te mantendrán en la superficie. — Le mostré, pateando mis pies y moviendo el brazo que no estaba alrededor de ella, creando ondas en el estanque.

Ella me copió, agitando sus piernas torpemente al principio, pero gradualmente encontrando un ritmo. El agua salpicaba a medida que ganaba confianza, su risa se mezclaba con el sonido.

—Esto es genial. — Inclinó su cabeza hacia atrás y levantó la voz. —Me encanta el agua. — Salpicó juguetonamente, levantando gotas que atrapaban la luz tenue como estrellas caídas. El aroma crujiente del mar llenaba el aire, y no podía dejar de sonreír.

—Estás avanzando en esta lección más rápido de lo que esperaba — dije.

Ella resopló.

—¿Pensaste que no podría hacerlo?

—No creo que haya algo que no puedas hacer si te lo propones, Eleri. — Había algo innegablemente hermoso en verla conquistar sus preocupaciones y abrazar esta nueva experiencia. Sonreí con orgullo, mi corazón se hinchaba de amor por esta mujer que se había convertido en mi todo.

Le mostré un golpe simple que podía usar para impulsarse a través del agua, y ella se tambaleó al principio, rápidamente ganando competencia a medida que se deslizaba de un extremo del estanque al otro.

Finalmente, la fatiga se apoderó de ella. Sintiendo que sus músculos debían sentirse pesados, la atraje hacia mí.

—Bien hecho, compañera. Agárrate de mí. Es hora de que descanses.

Inclinándose hacia atrás en mi abrazo, suspiró con satisfacción, con su pecho subiendo y bajando al mismo ritmo que el mío.

—Gracias por enseñarme —murmuró, su voz suave y cansada.

Le di un beso en la parte superior de la cabeza y luego en la sien, saboreando el sabor del agua salada mezclada con su piel.

—Un placer, mi amor. Siempre.

La levanté del estanque y la puse en el borde, luego me uní a ella, dejando que nuestras piernas colgaran como antes.

Mientras la brisa fresca acariciaba mi piel, saboreé el momento, envuelto en el resplandor de su logro.

Capítulo 22

ELERI



Jamás me había sentido tan viva en toda mi vida.

—Soy tan ligera en el agua —dije—. Mi pierna no me detiene cuando estoy flotando o nadando.

Se había cansado más rápido que la otra, pero si seguía practicando, ¿se volvería más fuerte?

—Voy a nadar todos los días hasta ser la mejor nadadora de la isla.

—Tienes un buen camino por delante, pero sé que puedes lograrlo —me dijo, con una sonrisa cálida.

Me apoyé contra su costado. Pensar que me preocupaba aparearme con un orco. En su lugar, había encontrado a mi otra mitad, a la única persona capaz de completarme.

Me besó de nuevo, y me subí a su regazo, presionando mi cuerpo contra el suyo. Nuestra piel, aún húmeda por el agua, se deslizaba una contra la otra, y la fricción provocaba una oleada de calor que recorría todo mi ser.

¿Qué se sentiría estar completamente con él? Tenía la sensación de que estaba a punto de descubrirlo.

Con un gemido, me recostó sobre la roca y continuó besándome. Era una sensación increíble. Solo había besado a un hombre antes, y sus dientes estaban mal, su sabor era horrible. Besar a Odik era como lanzarse de un acantilado empinado o volar en el aire a lomos de su vox.

Su boca se volvió más insistente mientras sus dedos recorrían mi cuerpo. Jugó con mis pezones hasta que se convirtieron en capullos sensibles, ansiosos por su toque.

Rodeé su cintura con mis piernas, aferrándome con fuerza, y un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando presionó su dura erección contra mi clítoris. Me había transformado en una criatura exigente, pero sentía que él me daría todo lo que deseaba.

Dejó mi boca para besar mi cuello, mordisqueándolo y marcándome como suya, aunque sin romper la piel.

Un gemido desgarrador brotó de mis labios, y cuando levantó la mirada hacia mí con ojos entornados, supe que no habría nada que no hiciera por este macho.

Bajó hasta mis pechos, donde una mano acarició un pezón mientras sus colmillos rozaban el otro. Lo succionó hasta introducirlo en su boca, y cada tirón enviaba ondas de placer por todo mi cuerpo. Nunca había sentido algo así, nunca soñé que una sensación tan maravillosa fuera posible.

Dejando mis pechos, descendió hasta mi vientre, y su lengua caliente y húmeda contra mi piel sensible me hizo arquearme hacia él, jadeando de placer. Sus manos me sostenían mientras continuaba, apartando mis piernas suavemente.

Me había dicho que probaría ahí, y no podía esperar a descubrir cómo se sentiría.

Todo mi cuerpo vibraba de placer mientras exploraba, trazando círculos alrededor de mi clítoris con su lengua antes de introducirla dentro de mí. Un gemido escapó de mis labios al sentir el roce áspero de su lengua contra mis paredes internas. Parecía saber exactamente lo que necesitaba, y comencé a dejarme llevar por la ola de placer que crecía dentro de mí.

Sus caricias empezaron siendo suaves, haciéndome arquear hacia él, luego su lengua se movió más rápido, adentrándose mientras su otra mano jugueteaba con mi clítoris.

Mis dedos se enredaron en su cabello antes de aferrarme a sus cuernos, manteniéndolo donde más lo necesitaba. Mi mente se nubló. No podía creer lo bien que se sentía que me tocara así. Me abrió más las piernas, lamiendo y succionando hasta que temblé debajo de él. Sus manos estaban en todas partes, acariciando mis muslos internos, sujetando mis caderas, y cuando pensé que no podría soportar más sin quebrarme en mil pedazos, introdujo dos dedos en mí, sincronizando sus movimientos con los de su lengua.

Llegué al clímax de golpe, un grito de alegría resonó a nuestro alrededor.

Sus movimientos se ralentizaron, y levantó la mirada hacia mí mientras su lengua dibujaba perezosos círculos alrededor de mi clítoris aún tembloroso.

Cuando mi cuerpo finalmente regresó al suelo, él sonreía.

—Sabes deliciosa. Tú, mi compañera, más el mar. Necesitaré probarte al menos una vez al día, ¿lo sabes, verdad?

Mi sonrisa se ensanchó. Apenas podía pensar. Hablar estaba fuera de mi alcance. Aún descendía de esa sensación maravillosa.

Levantándose, me cargó en sus brazos.

—Nuestra ropa —dije al pasar junto a ella.

—La buscaré después. Ahora mismo, lo único que importa eres tú.

Con pasos largos, me llevó hasta la cama.

—Compañera —dijo con un gruñido posesivo.

—Compañero —respondí.

—A menos que me pidas detenerme, voy a reclamarte.

—No te detengas —susurré, presionando mi rostro contra su pecho aún húmedo—. Nunca te detengas.

Me recostó sobre la cama y me siguió.

—Eso es todo lo que necesitaba escuchar.

CAPÍTULO 23

ODIK



Mi miembro estaba en llamas. La deseaba con desesperación. Pero era su primera vez, y necesitaba asegurarme de que estuviera completamente conmigo.

Entonces noté mi colgante. Iluminaba la noche. Esta sería la última vez que vería la luz del destino de mi clan. Una vez que reclamara a mi compañera por completo, dejaría de brillar.

—Podría doler —advertí.

—No te preocupes por eso —respondió—. Imagino que es algo pasajero. Insignificante.

—Dime cuando estés lista.

La besé de nuevo, saboreando lo increíble que se sentía su cuerpo desnudo bajo el mío.

—Te amo, compañera —le dije, levantando la cabeza para mirarla.

—Odik. —Sus ojos brillaban con lágrimas—. Yo también te amo. Ahora muéstrame todo lo que me he estado perdiendo.

Mi corazón se elevó como si surcara el mar, atravesando las nubes que cubrían la isla donde se encontraba todo lo que más importaba. Amaría a mi compañera, la protegería y cuidaría de los orclings que el destino decidiera darnos. Y la valoraría siempre.

Bajé mis labios por su cuerpo, respirando el dulce aroma de su piel y disfrutando la forma en que temblaba bajo mi toque. Me detuve en sus pechos, explorándolos con mi lengua mientras los succionaba uno a uno. Sabía al fruto más dulce y olía como un perfecto día de verano. Quería saborear cada momento.

Mis manos recorrieron sus curvas mientras me movía más abajo, sintiendo el calor que me llamaba. Con cada caricia de mi lengua, podía sentir su deseo aumentando. Sus gemidos se hicieron más fuertes con cada segundo hasta que se aferró a mí con desesperación.

Sus dedos se enredaron en mis cuernos mientras yo continuaba explorándola con mi boca, llevándola a temblar incontrolablemente.

Pero justo antes de que alcanzara ese punto dulce que la habría hecho desfallecer, me aparté, dejándonos a ambos sin aliento.

Levanté sus piernas y las coloqué a mis lados. Se aferró a mí, hundiendo sus talones en mi espalda y atrayéndome hacia ella.

Coloqué la punta de mi miembro en su entrada, deslizándolo por su humedad, rozando su clítoris hasta que comenzó a jadear y a clamar mi nombre.

Era mucho más alto que ella, pero arqueé mi columna para poder mirarla a los ojos mientras movía mis caderas hacia adelante, empujando la cabeza de mi miembro dentro de ella.

Ella arqueó su cuerpo hacia mí.

—Más. ¡Más!

—Todo mi ser es tuyo, compañera. Todo yo—dije, con gotas de sudor resbalando por mi frente mientras me hundía más en ella. Estaba tan húmeda y estrecha. Estaba a punto de correrme en segundos, pero no quería eso. Necesitaba asegurarme de que encontrara placer primero.

Moví las caderas, empujando lentamente dentro de ella, retrocediendo y embistiendo con más fuerza cada vez hasta quedar completamente enterrado.

—¿Cómo te sientes, compañera? —gruñí, apenas capaz de mantener el control. Su interior apretaba mi miembro con una fuerza deliciosa, y todo mi ser quería embestirla hasta que ambos explotáramos.

Ella acarició mis brazos, tirando de mí hacia abajo.

—Más.

Con una sonrisa, me retiré y me hundí nuevamente en su cuerpo receptivo.

Mi espolón superior rozó su clítoris y comenzó a vibrar, amplificando la sensación que crecía dentro de mí. Las protuberancias en mi miembro temblaban, acariciando sus paredes internas. La sensación recorrió mi cuerpo, intensificando mi ardor.

Sus músculos se apretaron alrededor de mí mientras aumentaba la velocidad de mis embestidas. Era abrumador, tan intenso.

—Odik —gritó, levantando las caderas para encontrarse con cada uno de mis movimientos —. Sí. Esto. Quiero esto.

Mi respiración se volvió pesada y entrecortada, como si la tormenta que rugía afuera se fusionara conmigo. Aumentando el ritmo, alteré la profundidad de mis embestidas mientras ella gemía y se movía debajo de mí.

Con un grito, llegó al clímax, con su cuerpo convulsionándose bajo el mío, su interior estrechándose y soltando mi miembro.

Moviéndome más rápido, me rendí, dejando que mi cuerpo tomara el control.

Mi orgasmo me atravesó como una ola, y grité, estremeciéndome mientras mi miembro se tensaba, derramando mi semilla dentro de ella.

CAPÍTULO 24

ELERI



Desperté junto a mi compañero. Mi amor. Una sonrisa se dibujó en mi rostro al recordar lo que habíamos hecho anoche...

Bueno, quería que lo hiciera otra vez. Nunca había imaginado que dos cuerpos pudieran darse tanto placer.

Sus brazos se apretaron a mi alrededor mientras yacía sobre su pecho, y besó suavemente la parte superior de mi cabeza.

Incorporándome sobre él, sonreí.

—Hola, compañero.

—Hola a ti también, compañera.

Me deslicé hacia arriba hasta poder besarlo, maravillándome de nuevo por lo increíble que era simplemente estar con él.

Sus dedos acariciaron mis costados, subiendo y bajando, y no pasó mucho tiempo antes de que una de sus manos se deslizara entre mis piernas.

—Mojada —gruñó—. Increíblemente mojada.

—Quiero probar algo —dije, mientras me sentaba a horcajadas sobre su cintura.

—¿Caminar por la orilla? ¿Nadar en el mar? Ya sé, quieres cocinarme un pescado.

Bromista.

—No, esto —respondí, tomando su miembro entre mis manos y recorriéndolo con los dedos —. ¿Qué hacen estas protuberancias en los costados?

—Creo que lo descubriste anoche, cuando se movieron dentro de ti. Vibran.

—¿Y esto? —pregunté, acariciando el miembro más pequeño, ubicado sobre el principal.

Un escalofrío lo recorrió.

—Le gusta que lo toquen —dije, envolviéndolo con mi mano y apretándolo suavemente, tal como haría mi cuerpo si estuviera dentro de mí.

—Y más aún le gusta acariciar tu clítoris mientras te monto.

—Esta mañana, quiero montarte yo.

Sus ojos se abrieron, al igual que su sonrisa.

—Puedes montarme cuando quieras, compañera.

Solo la idea me humedeció más. Incorporándome sobre él, coloqué la punta de su miembro en mi entrada. Anoche hubo una pequeña punzada cuando me llenó por primera vez, pero sospechaba que esa sería la última vez que dolería.

Ahora, su grande y grueso miembro solo me daría placer.

Bajé lentamente, pero, aunque me estiraba para recibirlo, no lograba meterlo del todo.

—Despacito, compañera —dijo con un gruñido, su cuerpo temblando—. Levántate y vuelve a bajar. Sigue presionando, y creo que encontrarás lo que necesitas. Lo que ambos necesitamos.

Empecé a mover mis caderas lentamente, presionando hacia abajo y levantándome. Con cada movimiento, sentía cómo mi cuerpo se abría más en anticipación. Su calor me envolvía, y cada vez que descendía, él alzaba sus caderas para encontrarse conmigo.

Poco a poco, mi cuerpo cedió, y finalmente él se deslizó por completo dentro de mí. La sensación de estar completamente llena por él era abrumadora. Me dejaba sin aliento.

Incorporando su torso, tomó mi rostro entre sus manos y acercó sus labios a los míos.

—Te sientes maravillosa —murmuró antes de besarme. Sus ojos estaban llenos de amor cuando se recostó nuevamente, mirándome. Mi sonrisa hizo que me dolieran las mejillas.

Empecé a moverme, subiendo y bajando sobre él.

Gruñó debajo de mí mientras yo aumentaba el ritmo, cada descenso de mi cuerpo nos acercaba más hasta que ambos jadeábamos pesadamente. Sus manos recorrían mi pecho y mis caderas mientras lo montaba con más fuerza, deleitándome con la forma en que rozaba mis pezones.

Su espolón superior seguía golpeando mi clítoris, y cuando se aferró y comenzó a vibrar, mis ojos se pusieron en blanco. Mi gemido fue profundo y gutural.

Como si sintiera que mi pierna comenzaba a cansarse, sus manos se posaron en mis caderas. Guiando mis movimientos, ambos aumentamos el ritmo, acercándonos al clímax.

El calor se acumuló dentro de mí hasta que fue demasiado para soportarlo.

Grité cuando un orgasmo me atravesó como una ola rompiendo en la orilla. Él me siguió poco después con un profundo gruñido que me hizo estremecer.

Me desplomé sobre su pecho, y él acarició mi espalda, susurrando palabras sin sentido que significaban el mundo para mí.

—Eres perfecta, compañera —gruñó—. Me emocionas como nadie más. Te atesoraré por el resto de mis días.

Y en ese momento supe que lo amaría hasta mi último aliento.

Después del desayuno, colocamos los peces en cajas y los distribuimos entre nuestro clan.

—Gracias —dijo Madine, una anciana orco, cuando le entregamos una generosa parte de nuestra pesca. Su mirada cayó sobre mí, y me regaló una sonrisa llena de colmillos—. Qué bueno que trajiste a tu nueva compañera, Caedos —me palmeó el brazo—. Eres la primera humana que conozco, pero sospecho que no serás la última. Bienvenida.

Espontáneamente, le di un abrazo, y aunque gruñó, su sonrisa permaneció cuando retrocedí.

—Un placer conocerte también.

—Vayan, ustedes dos —dijo, con su rostro oscureciéndose—. Tengo que guardar el pescado en mi nevera. Tienen más casas que visitar, pero vuelvan pronto y compartiremos historias.

—Me encantaría escuchar tus relatos —dije—. Tal vez tengas historias que compartir sobre Odik.

Sonreí cuando él gruñó.

—Tráelo también —dijo Madine, golpeando juguetonamente el costado de Odik con su codo —. Que escuche. Necesita volver a oír algunas historias antiguas.

Odik tocó su sien.

—Madine es la guardiana de nuestro pasado. Tiene toda la historia del clan en su memoria.

—Espero encontrar a alguien especial para transmitirle las historias —dijo, inclinando la cabeza mientras me miraba. Sus manos se alzaron y luego cayeron a los lados—. Pero ahora, estoy segura de que tienen otras visitas. Gracias por tomarse el tiempo de compartir un rato con esta anciana.

—Cuando quieras —respondió Odik, besando suavemente su sien.

Al salir, continuamos llevando las cajas hacia la parte principal del pueblo, que constaba solo de seis casas agrupadas.

Trilden dio un salto cuando llegamos detrás de él. Se dio la vuelta rápidamente desde un carro cargado con varias cosas y enganchado a una criatura que se asemejaba a las bestias de carga que mi aldea humana usaba para viajar.

—¿Te gustaría ayuda? —preguntó Odik. —Ofrecería pescado, pero estoy seguro de que ya has llenado tu caja fría.

—Oh, no. Yo, eh, no necesito ayuda. —El rostro de Trilden se oscureció, pero sospechaba que no se sentía avergonzado por que le ofrecieran ayuda como Madine. —Gracias, de todos modos. —Su voz se volvió ruidosa. —Te veré en un rato. —Se apresuró a entrar en el edificio cercano.

Odik frunció el ceño y miró los artículos en el carro. Dos bolsas llenas de lo que parecían ser prendas de vestir, una caja fría que parecía haber sido desenterrada del suelo si la tierra en el exterior era algo a tener en cuenta, y muebles de madera estaban atados al carrito.

La devastación en el rostro de Odik me golpeó en el pecho como un martillo.

—Él está... —Se dirigió a la casa y entró. Lo seguí, entrando en la sala de estar ordenada, casi vacía de muebles. —¿Trilden? —Odik continuó hacia la pequeña cocina en la pared trasera derecha donde su amigo estaba de espaldas a nosotros, cargando artículos en una caja de madera. —¿También te vas?

—Solo por la tempestad —dijo Trilden, sin volverse a enfrentar a Odik. —Estoy seguro de que volveré.

—¿Cuándo? ¿Después de la tormenta o...? —Odik inhaló profundamente y lo soltó con un suspiro. —¿O cuando seas demasiado viejo para preocuparte por poder seguir trabajando?

—No es nada que tú hayas hecho, Odik —dijo Trilden suavemente, finalmente enfrentando a su caedos. —Pero hay más oportunidades en la ciudad. Aquí estamos medio famélicos. Lo sabes. Francamente, deberías considerar mudarte también.

—¿Qué haría yo en la ciudad?

—Lo que el resto de nosotros hará. Tomar un trabajo fabricando paneles de acero para los edificios. Luchar contra los dresalods. O viajar lejos hacia las montañas donde las tormentas no nos alcanzarán.

—No puedo controlar el cielo ni el mar. —La derrota teñía la voz de Odik, y quería envolverlo en mis brazos y decirle que todo estaría bien. Pero no podía arreglar esto.

—Eres el mejor caedos que este clan ha visto. —La honestidad en la voz de Trilden me hizo doler por ambos hombres. —Si hubiera una manera de aumentar el crecimiento de los cultivos, de traer ganado que pudiera sobrevivir bebiendo agua salada, no solo me quedaría, sino que reclutaría a otros para que se mudaran aquí desde el continente. Pero dependemos demasiado de la lluvia inconsistente para algo así.

Odik se enderezó con rigidez.

—Entiendo. Sabes que te daremos la bienvenida de vuelta si cambias de opinión.

—Gracias, amigo. —Con eso, Trilden volvió a su empaquetado.

Mientras pasaba junto a mí, Odik tomó mi mano, llevándome fuera de la pequeña casa.

—A este ritmo, pronto estaremos solos en la isla. —No dijo nada más mientras distribuíamos el resto del pescado a los aldeanos. Tampoco dijo nada mientras caminábamos a casa con nuestras bolsas vacías.

Sus pasos eran lentos. Debe sentir como si el peso de todo el mundo descansara sobre sus hombros.

CAPÍTULO 25

ODIK



Mientras me aseguraba de que nuestro hogar pudiera resistir la tempestad, hice todo lo posible por sacar de mi mente la idea de que Trilden se marcharía. ¿Cuántos quedaban ahora en la isla? No necesitaba contarlos mentalmente. Tres se fueron el día que mi compañera llegó. Ahora Trilden. Solo veintiséis. ¿Cuánto faltaría para que solo quedáramos mi compañera, Madine y yo?

Al entrar en nuestro hogar, Eleri me recibió con una sonrisa.

—He preparado una buena comida para ti, compañero —dijo mientras señalaba la mesa.

Casi me quebré al ver que había preparado mi plato favorito. Un pequeño jarrón con un poco de agua y flores adornaba el centro de la mesa.

—Eleri —gruñí, levantándola para un beso que se alargó tanto que estuve tentado de llevarla al dormitorio antes de comer. Donde podría "comerla" a ella. Pero había trabajado duro para preparar algo que creyó que me haría feliz, y yo quería saborear cada bocado.

Ella se deslizó por mi pecho y caminó hacia la mesa, con una sonrisa tímida.

—Recolecté hierbas silvestres para acompañar la comida y encontré algunos tubérculos que asé con mantequilla de la que guardas en la nevera. Supongo que esa viene del continente.

—Como señaló Trilden, no tenemos suficiente agua dulce para mantener animales productores de leche y hacer nuestra propia mantequilla.

—Si tuviéramos más agua, ¿tendríamos suficiente terreno para criarlos?

—Definitivamente. Aunque nuestros cultivos no crecen bien, hemos mantenido un equilibrio entre campos abiertos y bosque.

—¿Por qué hacen eso si no tienen suficiente agua?

—A veces llueve con frecuencia. Entonces, nuestros cultivos prosperan. Siempre estamos preparados para que eso ocurra.

Nos sentamos y comí con ganas, gruñendo ante lo bien sazonado que estaba el pescado.

—Usé hierbas que recolecté en el bosque junto a la casa —dijo, sonriendo—. Sospecho que esta tierra tiene todo lo que necesitamos para sustentar la vida de muchos más de los pocos que eligen vivir aquí.

—Si tan solo lloviera lo suficiente para mantener los barriles llenos todo el tiempo.

Su sonrisa se amplió.

—Está lloviendo ahora, y eso llenará los barriles. Podemos bañarnos en agua salada.

—Y hervirla para beber.

Inclinó la cabeza.

—¿No bebemos el agua de lluvia?

—Podemos hacerlo, aunque reservamos la mayor parte para nuestros cultivos. Si hierves

agua salada y recolectas el vapor, este se convierte en agua dulce y potable. Al hervir, la sal queda en el recipiente. —Señalé el pequeño contenedor sobre la mesa—. Luego usamos la sal para sazonar nuestra comida.

—¿Es posible hervir y recolectar suficiente agua limpia para alimentar un gran campo de cultivos?

Negué con la cabeza.

—Lo intentamos con grandes calderos y fogatas enormes, pero es una cantidad de trabajo increíble. Demasiado para tan pocas personas en la isla.

—Desearía que hubiera una forma de hacerlo posible para todos. Entonces podrías reclutar gente para vivir aquí con nosotros. Necesitamos aumentar la población hasta un nivel que proporcione los servicios que necesitamos para tener mejores vidas.

—Ojalá fuera posible, pero no lo es. La vida que ves aquí se desvanece más rápido de lo que jamás imaginé. Cuando mi padre tomó el mando del clan, había más de cien personas viviendo en la isla. Ahora somos solo veintiséis.

—Veintisiete.

Fruncí el ceño.

—No te olvides de mí, amor.

—Ah, tienes razón. —Esta vez, mi sonrisa fue verdadera. Estar con Eleri hacía que todo mejorara—. Ojalá la Caza de Compañeras se hiciera cada mes. Podríamos traer mujeres a la isla y emparejarlas con nuestros hombres. Entonces nuestra población aumentaría en lugar de disminuir.

—Todavía no me doy por vencida.

Y yo apreciaba eso. Tomé su mano, que descansaba sobre la mesa junto a su plato, y la apreté.

—Gracias.

—¿Por qué?

Señalé mi comida.

—Por esta excelente comida. Y por estar aquí conmigo. Por escucharme y amarme.

—No hay ningún lugar donde preferiría estar, ni nadie con quien preferiría estar.

Comimos, saboreando la comida, y luego lavamos los platos juntos en el fregadero.

Después, me recargué en la encimera, observando cómo Eleri daba vueltas por la sala de estar, ordenando cosas que en verdad no necesitaban ser ordenadas.

El viento aullaba alrededor de nuestra acogedora casa, buscando un acceso que no encontraría. Esperaba que la tormenta golpeara con toda su fuerza pasada la medianoche.

—Creo que te debo una canción y un baile —dije.

Se detuvo y me miró, un cojín apretado contra su cuerpo.

—Recuerda que nunca he bailado.

Di un paso hacia ella.

—Entonces ya es hora, mi amor.

—Mi pierna podría ser un impedimento.

Tomándole el cojín, lo arrojé al sofá y la atraje hacia mis brazos.

—Si te duele, dímelo, y nos detenemos. —Para asegurarme de que no sintiera molestias, la levanté. Esto también nos dejó al mismo nivel, lo que significaba que podía darle un beso rápido.

Ella gimió y se aferró a mis hombros.

Levantando la cabeza, sonreí de felicidad.

—Creo que mencioné algo sobre cantar también, ¿no?

—Si reconozco la melodía, la tarareo para ti.

—¿Qué te parece esta? —Comencé una canción animada sobre mujeres con faldas que giraban hasta sus tobillos y la intención de un hombre de seducir a una de ellas.

Eleri rio mientras la hacía girar en el pequeño espacio entre la cocina y la sala, con la cabeza inclinada hacia atrás y el cabello deslizándose sobre su espalda.

Puede que mi vida se estuviera volviendo más difícil, y solo las Parcas sabían lo que el futuro reservaba para mi clan, pero mientras sostuviera a Eleri, podía sonreír.

CAPÍTULO 26

ELERI



Bailamos y cantamos hasta entrada la noche, riendo hasta que nuestras voces comenzaron a roncar y las piernas de Odik debieron dolerle de tanto hacerme girar.

Nuestra felicidad expulsó la tristeza que acechaba, sacándola por la puerta. Podía revolcarse en la tormenta en lugar de ensuciar la alegría que encontrábamos juntos en nuestro acogedor hogar.

Exhaustos, nos desplomamos en el sofá, donde me acurruqué contra su costado. Su brazo se deslizó alrededor de mí y me besó la cabeza.

—No hay nadie más con quien prefiera enfrentar una tormenta que contigo, compañera —dijo.

Me alegró escuchar la felicidad en su voz. Más temprano se había sentido frágil, y por eso puse tanto empeño en nuestra comida. No había mucho que pudiera hacer para animarlo, pero las cosas sencillas a menudo funcionaban mejor que cualquier otra.

Saber que eras amado ayudaba más que nada.

—Te amo —dije, levantando la voz para que se oyera por encima de la tormenta.

—Compañera. —Me levantó para sentarme en su regazo, frente a él, y me besó.

Me acurruqué en su abrazo mientras la tormenta rugía a nuestro alrededor.

—¿Es buen momento para bajar a las rocas y ver la tormenta? —pregunté.

—Iremos mañana, cuando haya pasado y la marea haya retrocedido. Será seguro entonces. También es un buen momento para recoger madera que la tormenta deja en la orilla. La acumulo en una pila grande cerca de la base del acantilado y la uso para encender un fuego cuando acampo en la playa.

—¿Acampar?

—Dormir afuera, con las estrellas como único techo.

—¿Los insectos no pican?

Sus brazos se apretaron alrededor de mí.

—Solo a los compañeros ansiosos por estar con quien aman.

No pude dejar de sonreír. Decía todo lo correcto, pero para él eran más que palabras. Eran sentimientos expresados desde lo más profundo de su corazón, y me tocaban de una manera que nada ni nadie más lo había hecho.

Una ráfaga de viento golpeó el costado del edificio, pero no se movió ni un ápice.

—Un bisabuelo mío construyó esta casa, y cada generación la ha mejorado —dijo—. Aquí estás segura.

—Estoy segura en cualquier lugar cuando tus brazos están alrededor de mí.

—¿Puedes sentir la tormenta?

Cerré los ojos.

—La atmósfera chisporrotea con electricidad, como si el aire mismo pulsara con un poder primigenio.

Con cada relámpago iluminando la habitación, las sombras danzaban en las paredes, proyectando formas inquietantes sobre los muebles.

—¿Puedes sentir la tensión en tu pecho? —me preguntó, llevándome con él a explorar las sensaciones que generaba la tormenta—. No es una tormenta cualquiera; es un enorme vendaval, una bestia enviada desde el cielo.

Me sentí tanto cautivada como aprensiva sobre lo que vendría. Nuestra casa era compacta y estaba bien construida, pero la tormenta sonaba feroz, una criatura rabiosa decidida a entrar para vencernos.

Un trueno resonó, vibrando profundamente en mis huesos y sacudiendo la casa.

—Es un coro de la naturaleza —murmuré—. Uno de caos, poder y asombro.

La lluvia golpeaba las ventanas sin piedad, como si buscara romper nuestro santuario en lo alto del acantilado rocoso.

—¿Alguien sale durante una tormenta así? —pregunté.

—Yo lo hice. ¿Recuerdas? Mi padre solía llevarme a las rocas.

—Dijiste que era cuando la tormenta ya casi había pasado.

—Podríamos intentar salir ahora, si quieres.

—¿Realmente?

—Realmente.

—Hagámoslo.

No podía esperar para enfrentar la fuerza que golpeaba nuestra casa. No haríamos nada imprudente, pero quizá se refería a asomarnos por la puerta.

Se levantó conmigo en sus brazos y caminó por el pasillo. Una puerta al final conducía a una habitación con techo sólido y paredes cubiertas por mosquiteros. La habitación daba parcialmente hacia el lado que enfrentaba al mar.

—¿Por qué nunca vi esto? —grité para hacerme oír sobre el viento.

Con un encogimiento de hombros, Odik se sentó en la única silla que daba al agua.

—No uso mucho esta habitación, aunque debería.

A pesar de que la silla estaba junto a la pared interior, las gotas de lluvia salpicaban el suelo, mojando mis piernas, expuestas por la falda. Hacía rato que me había quitado los zapatos, y había algo emocionante en dejar que la tormenta tocara mis pies de esa manera.

Deslizándome de su regazo, me acerqué a la pared exterior y me aferré a la baranda, mirando a través del mosquitero el mar embravecido allá abajo.

Odik se acercó detrás de mí, y me recosté en su abrazo, segura a pesar de que la tempestad intentaba reclamar la victoria sobre nuestras almas.

El olor salado del océano inundó mis sentidos, y la salmuera se mezcló con la dulzura limpia de la tierra mojada. Abajo, las olas rugían con ferocidad, estrellándose contra los acantilados con un estruendo ensordecedor. Una fina bruma se elevaba, arrastrada por el viento hacia nosotros.

Llena de vigor y vida, temblé con una mezcla de miedo y emoción. Por un momento, el mundo desaparecía bajo un manto de tinta, tragado por la negrura de la tormenta; al siguiente, un relámpago cruzaba el cielo, trazando líneas irregulares en las estrellas y alumbrando todo a nuestro alrededor.

Los árboles crujían y gemían mientras las ráfagas los envolvían, sacudiendo sus hojas.

Nuestra pequeña casa se mantenía firme, desafiando la tormenta en medio del caos.

El tiempo pasó como desenfocado, lleno de adrenalina, y pronto estábamos empapados. Yo temblaba, en parte por el frío, pero también por la energía desatada por la tormenta.

—Estás helada —dijo Odik—. Y mojada.

Sonreí.

—Tú también. ¿Por qué no vamos adentro a calentarnos?

—Me gusta cómo piensas, compañera.

Me levantó en brazos y cruzó la puerta, cerrándola de una patada detrás de él.

En nuestro dormitorio, me quitó la ropa con cuidado, al igual que la suya.

Después, reemplazó sus dedos sobre mi piel con su boca.

CAPÍTULO 27

ELERI



Desperté en la noche en completo silencio. No había más golpes de lluvia sobre el techo ni ráfagas de viento contra las contraventanas que protegían nuestras ventanas, buscando un modo de entrar. La tormenta había terminado. Con una sonrisa, me acurruqué al lado de mi esposo. Murmuró algo, besando la parte superior de mi cabeza mientras sus brazos me envolvían. Me volví a dormir.

Cuando nuevamente desperté, la luz matutina entraba a raudales por la ventana a mi izquierda. Odik debió de levantarse en algún momento y quitar las contraventanas.

—Lo logramos —dije. Al extender la mano, me di cuenta de que Odik no estaba, pero el aroma de comida en preparación y la melodía que tarareaba en voz baja me sacaron de la cama y me llevaron al pasillo, haciendo una rápida parada en el baño y poniéndome un camisón. Entré en nuestra pequeña cocina, donde él preparaba el desayuno junto a la estufa. Continuaba silbando la misma canción que había cantado anoche, moviendo las caderas al ritmo.

—Toma asiento, preciosa —dijo por encima del hombro, añadiendo una sonrisa—. Voy a servirte un desayuno como ningún otro.

—Huele maravilloso —respondí mientras me dejaba caer en la silla, sonriendo al notar que mis pies no tocaban el suelo. Todo en la casa estaba hecho a escala de orco, lo que significaba que era demasiado grande para mí. Me sentía un poco como si viviera en una casa de muñecas, aunque ninguna casa de muñecas albergaría a alguien como Odik. Me había dicho que me haría algunos muebles más pequeños, y me encantaba que pensara en eso para mí.

—Té —dijo, bajando una taza frente a mí—. Recojo las hierbas de la isla, y esta es mi mezcla especial.

—No sabía que eras un experto en té —comenté mientras levantaba la taza, cerrando los ojos y aspirando su aroma—. Huelo un toque de vainilla.

—Recojo las vainas, las conservo y rallo un poco para añadirlas a la mezcla.

—Y bayas de aspest.

—Buen olfato. También crecen en la isla. Las seco y añado algunas a cada olla.

—Y… ¿hojas de weelen?

—Sí, esa es la hoja principal de la mezcla.

Tomé un sorbo, y solté un pequeño suspiro al saborearlo.

—Es perfecto.

—Esperaba que te gustara. Hice una olla grande, y podemos compartirla mientras desayunamos. —Colocó un plato rebosante frente a mí y otro al otro lado de la mesa. Sentándose, agitó su utensilio en mi dirección—. Quizá me haya excedido.

—Trabajamos suficiente para tener hambre —dije con una sonrisa.

Su sonrisa se unió a la mía.

—Sí que lo hicimos.

—¿Qué tenemos en la agenda de hoy? —pregunté mientras mordía una rebanada gruesa de pan tostado con mermelada de mellabar. Mi estómago rugió en señal de aprobación.

—Mucho por limpiar. Pero primero quiero asegurarme de que todos estén bien.

—¿Qué te parece si me quedo aquí y comienzo a recolectar ramas y lo que sea que haya dejado la tormenta? Tú puedes moverte más rápido sin mí.

—De acuerdo. —Comió una rebanada de carne de brugel, y yo hice lo mismo, disfrutando del crujiente y salado manjar—. Sólo necesitaré la mañana. Así se nota la ventaja de prepararse bien para una tormenta. Madine será quien más necesite ayuda. Es la persona más anciana, y más astuta, de la isla. Limpiaré su jardín, y si la conozco, me invitará a almorzar, así que no me esperes para comer. Debería regresar a media tarde.

—Si termino con lo de la casa, iré a la playa a recoger madera flotante. La apilaré cerca del acantilado como sugeriste.

—No te acerques al agua. El mar suele estar agitado por un tiempo después de una tormenta, y una ola inesperada podría atraparte.

Asentí y coloqué una pieza de carne de brugel entre una rebanada de pan tostado doblada, haciendo un pequeño sándwich.

No pude terminar mi comida, pero cuando empujé el plato hacia Odik, él no tuvo problema en limpiar mi plato después de hacer lo mismo con el suyo. Con casi el doble de mi tamaño, necesitaba más comida que yo.

—Me pregunto cómo estará el jardín —dije—. También voy a revisarlo.

—Por lo menos ha sido regado.

—Cubriré los barriles para que no entren insectos.

—Gracias. —Tomó mi mano a través de la mesa y la apretó—. Eres increíble, compañera. No sé dónde estaría sin ti.

—Yo tampoco, Odik. Yo tampoco.

—En unos días, cuando el mar se calme, vayamos a la ciudad. Podemos comprar suministros de costura y telas para ti, y podrás coser hasta que te canses.

—Eso sería maravilloso. Gracias.

—Mientras estamos allá, almorzaremos. Hay buenos restaurantes en la ciudad.

—¿Hay alguno en la isla?

—Ya no. La chef que manejaba uno se fue hace más de un año. Ahora dirige un nuevo restaurante en la ciudad, y podemos pasar a presentarte. —Su sonrisa tenía un tinte de tristeza—. Sigo esperando poder convencerla de que regrese a la isla, pero a estas alturas, casi no habría clientes. No la culpo por irse. No culpo a *nadie*, de hecho.

—Encontraremos una manera de traer a la gente aquí, incluso si tenemos que secuestrarlos para mostrarles la belleza de este estilo de vida.

Él se rio.

—Nada de secuestros. Pero me encanta que disfrutes estar aquí tanto como yo.

—Es nuestro hogar, y siempre lo será. Criaremos a nuestros orclings aquí.

Cuando sus ojos brillaron, me reí.

—No sé si estoy embarazada aún, pero no es por falta de intentarlo.

—No hay nada que me gustaría más que verte sosteniendo a nuestro hijo.

El amor en su voz me desarmó.

—No puedo esperar.

—Que los destinos nos bendigan.

Después de que se fue, salí y me puse a limpiar las ramas caídas, arrastrándolas hacia un montón cerca del cobertizo donde guardaba nuestra leña para el invierno debajo del alero. Las ramas serían un buen tipo de leña. No hacía un frío horrible en esta parte del mundo, pero estábamos lejos de la orilla. Estaba segura de que la humedad se metía en los huesos y te hacía temblar. Un fuego sería bienvenido, y había notado la pequeña estufa en la sala de estar. Podríamos sentarnos en el sofá y disfrutarlo.

Quizás mientras abrazamos a nuestro hijo.

—Eso está lejos en el futuro y solo si los destinos nos lo regalan —me dije a mí misma mientras arrastraba otra rama hacia el montón creciente.

Estaba levantando la última rama cuando alguien se acercó por detrás. Pensando que Odik había olvidado algo, me giré.

Mi sonrisa desapareció de inmediato.

—Drabass.

—Eleri —dijo con una sonrisa que se parecía más a una mueca.

—Odik está en la casa. Déjame llamarlo.

—Lo vi en el camino que lleva al pueblo. Es amable de tu parte ofrecerlo, sin embargo —dio un paso más cerca de mí—. No creo que lo necesitemos, ¿verdad?

Me giré y corrí hacia la casa, pero él saltó y nos tiró al suelo, rodando hasta que estuve debajo de él.

Cuando intentó besarme, giré la cabeza a un lado, golpeando sus hombros.

—¡Fuera!

Gruñó y sujetó mis manos sobre mi cabeza. Grité y tomé una piedra cercana, golpeándolo con ella.

Algo lo arrancó de encima.

Odik gruñó y le dio un puñetazo a Drabass en la nariz. Sangre verde brotó, y Drabass aulló, cubriéndose la cara.

Me levanté rápidamente y retrocedí, sosteniendo la piedra con tanta fuerza que mis dedos me dolieron.

El puñetazo de Odik en el abdomen de Drabass fue seguido por otro golpe con los puños cerrados en la parte superior de su cabeza. El orco se desplomó al suelo y no se movió.

Dejé caer la piedra y cayó pesadamente junto a mi pie.

Odik corrió hacia mí y me levantó con suavidad.

—¿Estás bien?

—Estoy. Él… recién llegó.

—Me alegra haber decidido regresar. Olvidé llevar más pescado para Madine.

No quería pensar en lo que podría haber pasado si no hubiera vuelto. ¿Se habría detenido si lo hubiera golpeado lo suficientemente fuerte con la piedra? Lo habría intentado.

—Te llevaré adentro.

Me aferré a sus hombros.

—Puedo quedarme aquí.

—Me sentiría mejor si estuvieras encerrada dentro de la casa.

—Pero no puedo quedarme allí para siempre. No es mejor que esconderme detrás de los muros del fuerte en el pueblo —y ya había visto que ningún lugar era seguro—. Quiero seguir trabajando.

Me acarició la cara y me miró a los ojos.

—¿Estás segura?

—Lo estoy —mi voz podía temblar, pero mi voluntad no.

—Necesito ocuparme de Drabass.

Mi respiración se detuvo.

—¿Qué harás con él?

—Lo que todo orco hace con alguien que le hace daño a una hembra —su mirada sombría se encontró con la mía—. Todo lo que necesitas saber es que no te molestará otra vez.

—¿Lo mandarás a la ciudad?

—No podemos correr el riesgo de que le haga esto a otra persona.

No sentía simpatía por Drabass, pero esto parecía un castigo severo.

Si iba a adaptarme a esta vida, tenía que aceptar las costumbres de los orcos. Odik tenía razón. Sería mejor si no hacía más preguntas.

—¿Estás segura? —preguntó.

Miré alrededor todo lo que quedaba por hacer y me enderecé, asintiendo.

Él se fue, regresando media hora después.

—Lo llevé con su padre y expliqué lo sucedido. Crickin se encargará de todo ahora.

—¿Qué hará él?

Su mirada se cruzó con la mía.

—No quieres saberlo.

Drabass no merecía mi simpatía, así que resoplé.

—Ven conmigo al pueblo —dijo Orik, tomando mis manos y apretándolas.

Quería aferrarme a él, pero también quería mantenerme firme.

—Aún queda mucho por hacer, y voy a seguir trabajando.

Si iba a ser la compañera de un orco, eso también significaba que debía enfrentar con valentía lo que esta vida me trajera. No ser atacada por uno de los orcos, sino hacer mi parte como esposa del caedos.

—Me quedaré aquí y terminaré.

—Me siento mal por lo que pasó.

—Tú no lo hiciste. Me salvaste, Odik.

Me atrajo hacia sus brazos.

—Siempre estaré aquí para ti, compañera.

Nos sentamos juntos un rato antes de que se fuera, diciéndome que cerrara la puerta y me quedara dentro.

No pude hacerlo. Mi vida estaba aquí, y pensaba aferrarme a ella por completo. Así que enfrenté mi miedo y volví afuera.

Una vez que terminé de limpiar el jardín, caminé por el bosque hacia el huerto, encontrando las plantas más aplastadas de lo que me gustaría, pero aún verdes. La lluvia les haría bien; la tierra estaba muy reseca antes de la tormenta.

Mis manos ya no temblaban, y me sentí orgullosa de mí misma por poder enfrentar esto, por hacer que algo bueno saliera de lo que casi había sido un día horrible.

Recogí vegetales y los llevé a la casa, luego salí nuevamente a cubrir los barriles de lluvia. También volví a poner mantillo en el huerto para retener la humedad.

Después, me senté en la cocina y comí, sorprendida de que aún tuviera apetito después de lo sucedido. El trabajo duro y el sol hacían eso.

Eso y saber que Odik siempre estaría aquí para mí.

Guardé todo y lavé los platos que había descuidado después del desayuno. Luego salí a mirar desde la baranda.

—Mucha madera flotante —dije. La playa estaba llena de ella, troncos grises y secos de árboles muertos hacía tiempo.

Me tomé un vaso de agua y subí las escaleras hacia la playa, orgullosa de todo lo que había logrado hasta ahora. Odik estaría complacido cuando regresara a nuestro hogar ordenado y viera que no quedaba nada para él por hacer.

Durante la tarde, recogí madera flotante, apilándola cerca del acantilado.

—¿De dónde vienes? —le pregunté a una de las piezas. —¿Y cuán lejos viajaste? Por lo que sabía, quizás había llegado a la isla desde el continente. O tal vez de alguna de las otras islas deshabitadas.

Cuando terminé, observé la madera que había apilado en grandes montones. Teníamos suficiente para muchas hogueras en la orilla. Quizás podríamos cocinar pescado en las llamas alguna noche. ¿En palos? No estaba segura de cómo se haría. Solo había comido pescado unas pocas veces mientras vivía en el pueblo. Era demasiado raro y costoso para alguien como yo.

Me estaba limpiando las manos en la falda cuando algo que brillaba en el punto llamó mi atención. Pensando que debía ser una piedra brillante o un trozo de metal como los otros desperdicios que había recogido en un montón separado cerca de la madera flotante, me dirigí en esa dirección.

Tal como lo pensé. Levanté el trozo de metal, preguntándome de dónde podría haber venido. Del continente seguro, o tal vez un barco perdido en el mar si alguien navegaba por esta zona.

Al girarme para regresar con la idea de subir las escaleras y limpiarme antes de que Odik regresara, fruncí el ceño. Me detuve y observé hacia el pequeño hueco que había notado el otro día.

La corriente de agua había arrasado el acantilado, despojando la arena y las rocas de la depresión. De hecho, desde donde estaba, parecía que ahora había una cueva allí.

—Vaya —murmuré, caminando hacia ella, pasando por la piscina donde había comenzado a aprender a nadar.

Cuando llegué al área, mis ojos se agrandaron.

La tormenta había cambiado las cosas. Ahora *era* una cueva, y se extendía más de lo que podía ver.

Encontraría a Odik y se lo contaría.

Podríamos regresar juntos más tarde y explorarla.

CAPÍTULO 28

ODIK



—Estoy en casa —anuncié al llegar a nuestra pequeña cabaña.

No había nada mejor que saber que no volvería a una casa vacía. Tal vez mi compañera no estuviera esperando, pero estaría cerca.

Mi alma cansada necesitaba su consuelo y su presencia tanto como ella probablemente me necesitaba a mí. No había querido dejarla sola después de lo sucedido, pero había visto la determinación en sus ojos. Quería enfrentar las consecuencias sola, y tenía razón. No siempre podría estar con ella, y necesitaba sentirse segura, no asustada, cuando estuviera sola.

Sin embargo, le enseñaría a usar un cuchillo. Era increíblemente raro que un hombre atacara a una mujer, aunque no imposible. Atesorábamos a nuestras mujeres; nadie se atrevería a aprovecharse de ellas.

Y, sin embargo, él lo hizo.

Su padre se aseguraría de que no volviera a sucederle a ninguna otra mujer, y yo no le preguntaría qué había hecho. Era su decisión como cabeza de familia.

Suspiré mientras me quitaba las botas con un movimiento del talón. Tres isleños más se iban, dejándonos con solo veinticuatro. A este ritmo, terminaríamos viviendo con solo Madine como compañía. Era una mujer encantadora, pero odiaba cómo mi clan se desvanecía y no había nada que pudiera hacer al respecto.

Ni siquiera la lluvia intensa lograba convencer a los que se marchaban de quedarse. *Volverá a secarse*, decían. *Pero aquí ya no hay nada para nosotros.*

Nuestros corazones estaban aquí. Eso era lo que quedaba. Pero ellos no lo veían como yo.

Cuando Eleri no respondió, fui a buscarla. Admiré la considerable pila de ramas que había reunido cerca del bosque, además del área despejada alrededor de nuestra casa.

Tampoco la encontré en el jardín ni cerca de los barriles. ¿La playa, entonces?

Al empezar a bajar las escaleras, la vi subiendo hacia mí y esperé a que llegara.

—Has vuelto —exclamó, abrazándome.

La besé, saboreando lo bien que se sentía tenerla en mis brazos.

—¿Cómo les fue a todos con la tormenta? —preguntó, inclinándose hacia atrás para mirarme.

—Todos están bien. —Compartiría más tarde lo de los que se marchaban—. ¿Y cómo te fue a ti?

—Muy bien. —Su sonrisa apareció con facilidad y sus ojos brillaron de felicidad—. Luché contra mis miedos y gané.

—Estoy orgulloso de ti, compañera.

Asintió con determinación.

—¿Qué estuviste haciendo mientras estabas fuera?

—Limpié el patio de Madine, apilé la leña cerca de su cobertizo como hiciste aquí. No había tanto en el centro de la isla donde vive, pero agradeció la ayuda.

—Invitémosla a nuestra casa pronto. Podemos llevarla a la playa y encender una gran fogata con la madera flotante que recogí. Cocinaremos pescado y escucharemos las olas.

Una de mis cosas favoritas.

—Es una gran idea. Dudo que Madine vaya a la playa con frecuencia. Puedo cargarla de ida y vuelta, y si le pedimos, seguro nos contará historias de los que vivieron aquí hace mucho tiempo mientras estamos junto al fuego después de comer.

—Historias de tu pasado. Eso sería increíble.

—Podemos aprender mucho de los que estuvieron aquí antes que nosotros. —Toqué mi sien —. Y Madine los recuerda a todos.

—¿Quién aprenderá esas historias de ella para mantenerlas vivas?

—He hecho lo posible por memorizar algunas, pero es una de tantas tareas que siento que no puedo cumplir tan bien como me gustaría. —Me entristecía pensar que algunas historias se perderían cuando ella faltara, pero esperaba que, si lograba atraer personas a la isla, alguna de ellas se sentara a escuchar sus relatos hasta conocerlos de memoria. Entonces, las historias continuarían como debía ser.

—Encontré algo emocionante —dijo Eleri, tomándome de la mano y guiándome escaleras abajo.

Me llevó a través de la playa, y me asombré de lo que había logrado. Todo lo que yo había hecho era apilar algo de madera, comer con Madine y prácticamente suplicar a mis compañeros de clan que no abandonaran la isla. Dijeron, a regañadientes, que esperarían dos días antes de darme una respuesta final, pero seguían empacando. El mar estaba demasiado agitado para viajar… por ahora.

—¿Qué es? —pregunté mientras me guiaba hacia la punta de la playa—. ¿Todavía está ahí el estanque?

Frunció el ceño.

—Está rodeado de roca. Dudo que incluso la tormenta más fuerte pueda destruirlo.

—Podemos nadar mañana, si quieres.

Asintió.

—Hagámoslo. Pero por hoy…

Caminamos alrededor de la punta, hacia el estanque.

—Mira. —Se detuvo y levantó el brazo.

Miré hacia el acantilado.

—Vaya.

—La tormenta debió haber socavado el acantilado. Me pregunto si hubo una cueva allí hace mucho tiempo, y tal vez otra tormenta diferente la llenó de arena y roca.

Apreté su mano.

—¿Entraste?

—Quería hacerlo contigo. —Sonrió, pero un ligero estremecimiento la recorrió—. Podría haber bestias dentro.

No estaba tan equivocada con su idea. Los *dresalods* no saldrían del agua mientras estuviera tan revuelta, pero en unos días tendríamos que estar atentos a su próximo ataque. Como odiaban el sol, rara vez atacaban durante el día y solo cuando el agua estaba calma. Un beneficio de las

tormentas.

Por ahora, estábamos seguros en la playa. Algún día tendríamos que encontrar una solución permanente para ellos, pero no podía imaginar cuál sería.

Nos acercamos más a la cueva.

—¿Debería esperar aquí? —preguntó.

Escaneé el mar, pero no vi nada preocupante.

—Ven conmigo —dije—. Dudo que haya algo de qué preocuparse dentro de la cueva, y podemos explorarla juntos.

—Tal vez haya un tesoro perdido en su interior.

Sonreí, atrayéndola contra mi costado mientras caminábamos en esa dirección.

—Lo dudo. Seguramente te vas a desilusionar.

—Si no es más que una cueva poco profunda, volveremos a casa. —Me lanzó una mirada seductora—. Te extrañé hoy. Tenemos que compensar el tiempo que estuvimos separados.

Me encantaba que me deseara tanto como yo a ella. Como con todas las uniones verdaderas como la nuestra, solo mejoraría con los años.

Dentro de la cueva estaba oscuro, tan oscuro que tropezamos con algo tirado en el suelo arenoso.

—Espera aquí —dije—. Iré por una luz.

Regresé antes de que pudiera extrañarme, aunque la vi estremecerse en la penumbra cuando me acerqué. Miraba hacia el estanque, pero saltó hacia mí en cuanto estuve más cerca.

—Algo chapoteó en el agua —dijo.

—A veces los peces quedan atrapados durante una tormenta. Es una ventaja para nosotros porque son fáciles de atrapar.

—Qué afortunada soy que me gusta el pescado.

—Entonces, exploremos esta cueva, ¿te parece? —Elevé la luz, y avanzamos hacia el interior.

El estrecho pasaje se amplió, llevándonos a una gran sala con un techo varios pies más alto que mi cabeza. Pequeños charcos salpicaban el suelo y...

—¿Qué es eso? —preguntó Eleri, señalando un gran objeto cerca de la pared del fondo.

—No lo sé.

—El mar no lo formó.

Tenía razón. Debieron ser los orcos. O quizá humanos, aunque no creía que alguno hubiera vivido en la isla.

—Parecen esculpidos en piedra.

Nos detuvimos junto a la estructura más grande, observando el agua que subía hasta el borde.

—Parece una bañera —dijo Eleri—. ¿La marea alta llegaría hasta aquí? Ah, ya sé la respuesta. No lo haría, o habría expuesto la cueva antes.

El agua goteaba a lo largo de un canal que recorría la pared derecha, inclinado lo justo para mantener el flujo hasta verter en la "bañera".

—Podríamos bañarnos aquí —añadió, sumergiendo la punta del dedo en el agua—. Salada, claro, pero no es diferente al estanque.

—Sí lo es. —Fruncí el ceño mientras intentaba deducir qué podrían ser esas estructuras, mientras Eleri recorría la sala.

—Mira —dijo, señalando unos dibujos en la pared—. Alguien construyó esto, y creo que las marcas nos dicen qué podría ser. —Se acercó y trazó las imágenes con un dedo—. Parece que el agua es canalizada desde el mar durante la marea alta. Fluye como lo está haciendo ahora hasta

llenar la bañera. —Me lanzó una sonrisa—. Es como esa plomería que escuché que tienen en un pueblo distante, para llevar agua del río hasta una casa. Puedes llenar una bañera o beber en el fregadero. ¿Te imaginas?

Ojalá pudiera hacer algo así para mi compañera. La vida en la isla ya era bastante pesada sin tener que preocuparnos por cómo encontraríamos agua para bañarnos o beber.

Eleri se inclinó más cerca de la pared.

—Parece que filtran el agua a medida que viaja desde el mar. Y el filtro permite que los desechos caigan por debajo del canal, manteniéndolos fuera del agua más fresca. ¿Por qué harían algo así? — Dejando los dibujos, deambuló por la cueva, estudiando la estructura mientras yo me acercaba a las marcas, preguntándome si podría ver algo que ella no había notado.

—Interesante —dijo, señalando una estructura montada sobre la piscina—. Parece una campana. Y hay un agujero en la parte superior. Mira. Construyeron eso con metal, y se inclina hacia abajo desde la campana hacia una segunda piscina. Esto es algo muy extraño. — Inclinando la cabeza, escaneó la estructura. —Hay tuberías debajo de la segunda piscina que... si no supiera más, diría que canalizan el agua hacia otro lugar, pero ¿adónde? — Se agachó y miró debajo de la primera piscina. —La piedra debajo de la primera piscina tiene marcas de quemaduras, como si hubieran encendido un fuego aquí. Pero ¿por qué?

Un fuego...

Algo salvaje se me ocurrió, y me apresuré a confirmar mi sospecha.

No tardé mucho, y pronto estaba sacudiendo la cabeza y sonriendo. Cogí a Eleri y la giré, mi risa estallando libremente. Ella se unió a la risa, aunque por la expresión de perplejidad en su rostro, estaba claro que no tenía idea de por qué de repente estaba feliz.

—Creo, mi amor, que lo has encontrado —dije finalmente.

—¿Encontrado qué? —preguntó.

—El dispositivo de desalinización que Madine mencionó una vez en una de sus historias.

CAPÍTULO 29

ELERI



—¿Un dispositivo de desalinización? —pregunté, con la emoción haciendo que mis pies saltaran sobre el suelo arenoso.

—De muchas generaciones atrás. No sé por qué dejaron de usarlo. Tal vez el mar lo enterró y fue demasiado trabajo limpiarlo.

—¿O solo unos pocos sabían de él? Cualquier cosa pudo haber pasado.

—Se convirtió en algo legendario, parte de una historia más amplia que Madine nos contaba. Mi padre se burlaba de la idea y me decía que siempre habíamos recolectado agua de lluvia y que eso era suficiente. Pero sin agua, no podemos mantener la vida aquí, y mucho menos hacer crecer nuestra población.

—Deberíamos decírselo a todos —dije. Tal vez así atraeríamos gente a la isla en lugar de ver con tristeza cómo se van.

—Primero veamos si podemos hacer que el dispositivo funcione. —Frunció el ceño mientras estudiaba cada componente, prestando mucha atención a las tuberías que salían del último depósito a la derecha.

—¿Qué deberíamos hacer? —Volví a los dibujos en la pared y golpeé el primero con el dedo —. Tenemos agua en la tina más grande, y un fuego debajo de ella.

—Como sabes, hervimos agua y recolectamos la condensación para beber, dejando la sal en la olla. Esta es la misma teoría, pero a mayor escala.

—Iré a buscar algo de la leña que recolecté, y veremos si este bebé funciona. Si no lo hace, no decepcionaremos a nadie. —Excepto a nosotros mismos. No podía imaginar lo maravilloso que sería tener agua limpia todo el año, sin importar si llovía o no.

—Yo traeré la leña —dijo él—. ¿Podrías recolectar algas secas?

—Claro.

Afuera, él cargó sus brazos con leña y la llevó adentro, mientras yo recolectaba algas para encender el fuego.

Encendimos una fogata debajo de la tina más grande y nos apartamos para observar qué sucedía. Tomó un tiempo, y mucha leña se quemó, pero el agua comenzó a humear. El vapor subió hacia la campana sobre la tina, y el goteo del agua resonó mientras la condensación se deslizaba por la tubería de metal.

—¡Está goteando en la segunda tina! —gritó Odik. Me levantó en brazos y me hizo girar, dándome un gran beso antes de volver a colocarme sobre la arena—. ¡Está funcionando, está funcionando!

—Probémosla. —Me acerqué para observar cómo la condensación seguía goteando, llenando

muy lentamente el segundo contenedor.

Odik sumergió su mano en el agua y tomó un sorbo. Me sonrió.

— No está salada.

—Increíble. Podemos establecer un sistema donde llevemos cubos de agua desde aquí hasta la superficie.

—Quiero hablar con Madine. Una de sus historias podría contener otra pista sobre lo que nuestros ancestros hacían con el agua. Aunque llevar cubos es mucho trabajo, lo haré antes que quedarme sin agua.

—El agua de la primera tina ya se ha reducido a la mitad —señalé.

—Entonces rellenémosla. —Odik giró una manivela en la pared cerca de la tina, y el agua comenzó a fluir desde el mar, canalizada a través de tuberías en la pared.

—Esto es ingenioso. No puedo creer que esto se haya perdido para tu gente.

—*Nuestra* gente, compañera —dijo, rodeándome con su brazo y besando la parte superior de mi cabeza—. Esto nos pertenece a todos.

Cargamos más leña debajo de la tina de cocción y regresamos a la cima de la isla. Sin detenernos, nos apresuramos hacia la aldea, donde encontramos orcos cargando carros con sus pertenencias.

—Diez —dijo Odik, conmocionado. Se detuvo y miró con consternación a sus amigos preparándose para irse—. Pensé que solo tres más se irían, pero nunca tantos.

—Tenemos que detenerlos —dije, apresurándome hacia adelante y reduciendo la velocidad antes de alcanzarlos.

Trilden levantó la vista desde donde estaba atando un saco a su carro.

—No puedes decir nada que cambie nuestra decisión. No podemos vivir así. La ciudad nos dará una vida decente.

—No será nada parecido a la vida que han tenido en la isla —dijo Odik.

—A veces un hombre tiene que renunciar a las cosas que ama para sobrevivir.

—No tienen que irse —dije.

Uno de los hombres frunció el ceño, deteniendo las manos en la silla que acababa de cargar en su carro.

—Encontramos una manera de crear mucha agua limpia —dijo Odik—. En realidad, fue mi compañera quien lo descubrió. —Me atrajo hacia su lado, rodeándome con su brazo.

—Eso no es posible —dijo Trilden—. Créeme, si lo fuera, estaría descargando todo ahora mismo.

—Entonces más te vale empezar a descargar. Odik nunca le daría falsas esperanzas a nadie. —Nos giramos y vimos a Madine unirse a nosotros, avanzando lentamente con el apoyo de su bastón. Nos miró a Odik y a mí—. ¿Qué han encontrado?

—¿Recuerdas la historia sobre nuestro clan teniendo más agua fresca de la que sabíamos qué hacer? —preguntó Odik.

—¿Una historia? —refunfuñó Trilden—. ¿Crees que nos vas a retener aquí con un cuento?

—No todas las historias son inventadas —dijo Madine, endureciendo su expresión—. Muchas hablan de cosas en nuestro pasado que no queremos olvidar.

—Eleri y yo hemos encontrado una manera de eliminar la sal del agua de mar —dijo Odik.

—Ya hacemos eso —dijo Trilden, agarrando los hombros de Odik—. Has sido un caedos increíble. El mejor que este clan ha visto en mucho tiempo. Nadie cuida más a nuestra gente y nuestra forma de vida que tú. Pero hervir pequeñas ollas de agua todo el día para generar una sola taza para beber no es suficiente. Soy un granjero. Lo sabes. Pero no puedo hacer que la

tierra produzca cultivos sin más agua de la que las lluvias nos dan.

Él y yo explicamos lo que habíamos encontrado.

—Maravilloso —dijo Madine, aplaudiendo—. Esto lo cambia todo.

—¿Tus historias mencionan algo sobre cómo llevar el agua a la cima de la isla? —pregunté.

Ella frunció el ceño.

—No creo que lo hagan.

—Vamos a echarle un vistazo a esto —dijo Trilden—. Estoy dispuesto a hacer eso, al menos. ¿Quiero irme? No. ¿Siento que debo hacerlo? Sí.

Con algo de trepidación, los llevamos a la cueva, y otros se unieron hasta que tuvimos una gran multitud siguiéndonos. Les mostramos la gran piscina, ya rellenada e hirviendo, además de la campana y cómo el agua condensada goteaba en la segunda tina.

—Pruébenla —dijo Odik a los reunidos—. Todos ustedes.

—¡Está limpia! —exclamó alguien.

—¡Sabe maravillosa!

Madine sonrió y asintió. Con su bastón, señaló las tuberías que salían de la segunda tina y se adentraban en la pared. —Supongo que esto usa algún tipo de sistema de gravedad para llevar el agua a la superficie.

—La vieja bomba cerca del centro del pueblo que nunca ha funcionado —dijo Trilden—. ¿Crees que...? —Sacudió la cabeza—. No es posible, ¿verdad?

—Deberíamos ir a averiguarlo —dije con una sonrisa.

Regresamos a la superficie, Madine montada en la espalda de Odik porque la subida era demasiado empinada. Con pasos más ligeros, nos dirigimos al borde del pueblo, donde era evidente que alguna vez hubo grandes jardines. Ahora solo crecían algunas verduras dispersas.

—Está por aquí —Trilden guio a todos al borde del campo y hacia el bosque que lo rodeaba —. Lo encontré un día mientras buscaba hierbas, pero como dije, no funcionaba, así que lo ignoré después de eso. Agachándose, despejó la maleza, revelando una bomba como la que llevaba agua de mar a nuestras casas. Enderezándose, comenzó a levantar y soltar la palanca. Un sonido hueco y gorgoteante resonó, y Madine vitoreó.

—¿Funcionará? —le pregunté a Odik, apoyándome en su costado.

Él solo sacudió la cabeza, probablemente sin querer decir nada que pudiera echarlo a perder.

El agua brotó de la tubería, salpicando el suelo a los pies de Trilden.

—¿A qué sabe? —preguntó alguien.

Trilden tomó un poco en sus manos y bebió un largo trago.

—Diría que... —nos lanzó una sonrisa a Odik y a mí—. Diría que sabe a una buena razón para quedarse en la isla.

Todos a nuestro alrededor vitorearon.

CAPÍTULO 30

ODIK

TRES DÍAS DESPUÉS



La vida de repente se sintió más fácil en la isla. Es curioso cómo algo tan pequeño como el agua limpia podía marcar toda la diferencia.

Trilden y otros tres orcos se fueron, pero volverían. Habían ido a contarles a todos sobre nuestro descubrimiento y a instar a los miembros del clan a regresar a casa.

Yo esperaba que, una vez que la población de la isla creciera, pudiéramos expandir los servicios. Un restaurante sería increíble, al igual que un mercado. Y tenía la sensación de que atraeríamos a sanadores e ingenieros a nuestro estilo de vida relajado. Estos últimos podrían estudiar el dispositivo de desalinización y recrear otros en diferentes partes de la isla.

—¿Cómo te fue? —preguntó Eleri cuando regresé después de un largo día explorando para encontrar otras bombas de agua y luego despejar la maleza y los árboles alrededor de ellas. Estaba sentada a nuestra mesa con cosas de costura esparcidas en todas direcciones, trabajando en una prenda de vestir. Planeaba crear un guardarropa completo para cada uno de nosotros y luego comenzar a hacer cosas con anticipación. Instalaría una tienda aquí, pero también en la ciudad. Podríamos abrirla unos días a la semana y vender la ropa que había hecho.

Intenté decirle que no necesitábamos dinero, que lo único que necesitábamos era el uno al otro, pero ella insistió. Además, dijo que amaba coser y que le daría algo que hacer por las noches.

Francamente, yo pretendía monopolizar tantas de sus noches como pudiera, pero nunca le quitaría algo que le trajera alegría.

—Encontramos más bombas que extraen agua del segundo depósito —dije—. Una está cerca de nuestro propio jardín.

—Maravilloso —dijo ella, dejando a un lado su costura y acercándose para darme un beso.

—Algunos de los hombres se han ido a la ciudad.

Eleri se congeló en mis brazos.

—Oh, no.

—Son buenas noticias. Se llevaron dinero para comprar ganado. Organizaremos una barcaza para traerlo a la isla, donde podrán pastar.

—¿Leche y carne?

—Eventualmente.

—¿Qué más? Siento que han pasado muchas cosas en muy poco tiempo.

—Estamos hablando de construir más hogares para aquellos que deseen mudarse de la ciudad. Expandiremos el clan.

—¿Qué tan grande crees que puede ser la población que la isla pueda soportar? —preguntó

ella.

—Unos cientos. Otros pueden vivir en las islas más pequeñas, y los ayudaremos a construir dispositivos de desalinización para darles agua dulce.

Después de terminar de construir nuevas casas para los futuros colonos, tenía un plan para nuestra propia casa. Al menos dos habitaciones, una para que Eleri la usara como taller de costura y la otra... bueno, no iba a decir nada al respecto. Sería una sorpresa para mi compañera.

Pensar que esta mujer no había estado en mi vida hasta hace poco tiempo. Ahora no podía imaginar no verla cada día, besarla y amarla toda la noche.

—¿Te gustaría ir a nadar? —pregunté.

—Iba a preparar la cena.

—Vamos a pescar nuestra comida y asarla sobre una fogata en la playa.

—Suena maravilloso. Recogí más verduras, y podemos incluirlas en nuestra comida también.

Salimos de nuestra casa y comenzamos a bajar las escaleras, yo llevaba nuestras cañas de pescar y el cebo, ella unas cuantas verduras.

—No más nadar desnuda —dijo con un suspiro—. Con la cueva tan cerca, alguien podría vernos.

—Tienes razón. La piscina está demasiado cerca de la cueva.

Cuando llegamos al final de las escaleras, la insté a ir a la izquierda en lugar de a la derecha.

—¿Primero pescar? —preguntó ella.

—Pensé que podríamos hacer eso después de nadar.

—Voy a tener que usar un vestido corto de ahora en adelante cuando practique —dijo con un puchero, sosteniéndolo en alto. Lo había hecho ayer y me lo había mostrado, aunque, honestamente, no lo había usado por mucho tiempo.

Yo solo sonreí y la llevé por una curva, luego por otra.

—Caminamos mucho esta noche —dijo ella con una sonrisa.

—Valdrá la pena.

Una curva más, y nos acercamos al pequeño pozo de natación que había usado un par de veces en el pasado.

—Oh, Odik —exclamó cuando subimos las rocas y nos paramos junto a él—. No hay necesidad de mi vestido corto.

—Solo si lo deseas.

—Sé lo que a *mí* me gustaría —dijo ella, acercándose con un movimiento seductor y deslizando su dedo por mi pecho. Mi corazón saltó hasta mi garganta—. Pero ¿qué deseas tú, mi amor?

—A ti, mi compañera. Siempre a ti.

Capítulo 31

ODIK

CINCO SEMANAS DESPUÉS



Cubrí los ojos de Eleri con mis manos.

—¿Puedo ver? ¿Puedo ver?

—Todavía no —dije, con una sonrisa tan grande que me hacía doler la cara.

—No he mirado. Lo prometo —dijo ella, y la alegría en su voz me hacía sentir increíble al saber que yo había puesto esa felicidad allí—. Has estado trabajando en la casa por un tiempo, y quiero saber qué estás construyendo.

Lo había mantenido en secreto.

Nuestro descubrimiento en la playa había funcionado tan bien que todos estaban instalando bombas para llevar agua dulce a la superficie de la isla. Yo, por supuesto, había hecho lo mismo, pero lo había llevado aún más lejos. Mi compañera había expresado una vez un deseo, y no podía hacer otra cosa que cumplir cada uno de sus deseos.

Dejamos el frente de nuestra casa y la guie hacia un lado. Terminaría la puerta desde adentro en los próximos días, pero mi sorpresa tendría más impacto si entrábamos por este lado.

—Voy a caerme —dijo ella con una risa, estirando las piernas una a la vez para sentir el suelo antes de dar un paso adelante.

—No permitiré que eso suceda.

—¿Crees que podrás evitarlo? —tropezó, y yo la rodeé con un brazo alrededor de su cintura, sosteniéndola firmemente contra mi pecho.

Al mismo tiempo, ajusté mi otro brazo para cubrir ambos ojos.

—No mires.

—Has estado martillando y haciendo todo tipo de ruidos durante semanas —resopló—. Te juro que me está costando concentrarme en mi costura.

Con orgullo, llevaba los pantalones y la camisa que ella me había hecho la primera semana, y ella vestía un hermoso vestido de seda verde que abrazaba sus generosas curvas. Era todo lo que podía hacer para no quitárselo la primera vez que me lo mostró. Tal vez mi próxima sorpresa ayudaría en ese aspecto.

La guie hacia la derecha, tomando el camino que había despejado hacia el edificio independiente. En la puerta, la abrí con un chirrido y la levanté, colocando sus pies firmemente sobre las tablas de madera recién colocadas. Eventualmente, construiría un pasillo entre los dos edificios, pero por ahora, este se mantenía solo, un testimonio de mi dedicación a mi compañera.

Dentro, la hice detenerse.

—¿Puedo ver? —preguntó, con risas burbujeando en su voz.

—Puedes —bajé el brazo y me coloqué a su lado, observándola mientras absorbía la

sorpresa.

—Una bañera. ¿Una bañera de verdad?

Me reí.

—No es falsa.

—Me construiste una casa de baños. Odik —estalló en lágrimas.

Tragué saliva y no estaba seguro de qué hacer. A ella le gustaban los abrazos, así que la atraje hacia mis brazos y la sostuve mientras lloraba.

—Pensé que estarías feliz con esto. En cambio, te he entristecido.

—Estoy feliz —lloró—. De verdad.

—Entonces, ¿por qué lloras?

—Porque hiciste esto por mí, y te amo, y creo que estoy embarazada.

Absorbí sus palabras, y mi corazón se detuvo en seco.

—¿Crees que estás embarazada?

Asintió, sollozando.

—Compañera —gemí. La levanté y la hice girar, besándola como si mi vida dependiera de ello, porque así era—. Compañera. ¿Vamos a tener un orco juntos?

—Eso espero.

—¿Un niño o una niña?

Frunció el ceño.

—No hay forma de saberlo antes de que nazca.

—Tal vez uno de cada uno.

—¿Mellizos?

Ante su ceño fruncido, retrocedí.

—Me conformaré con uno a la vez.

—Odik. Tendré un bebé. Uno. No dos. Al menos no todavía —me dio una sonrisa llorosa—. ¿Me muestras la bañera?

—Cuando llegaste a la isla, mencionaste lo maravilloso que sería tener agua canalizada en una bañera. Decidí que el agua fría no serviría, así que instalé un sistema que calienta el agua a medida que sale del suelo. Tendré que alimentar el calentador con leña, pero de esta manera, podrás tomar baños cálidos y agradables cuando quieras.

—Tanto trabajo... ¿y para mí? —se deslizó por mi cuerpo hasta que sus pies tocaron el suelo.

—Haría cualquier cosa por ti, Eleri. Lo sabes, ¿verdad?

Ella miró la bañera.

—Hay una cosa más que puedes hacer.

—¿Qué es eso?

—La bañera parece lo suficientemente grande para dos —levantó su vestido por encima de la cabeza y lo colocó cuidadosamente en una silla cercana.

Por los hados, no llevaba nada debajo. ¿Estaba tratando de matarme de deseo? Cada vez que usara ese vestido en el futuro, me preguntaría si ese día había elegido usar ropa interior o si había decidido prescindir de ella.

Nunca podría sacar de mi mente la imagen de ella, tan exuberante y seductora.

—Hice la bañera grande con ese propósito —tragué saliva.

Ella subió los escalones cortos y balanceó las piernas sobre el borde, hundiéndose en el agua humeante que había llenado antes de traerla aquí.

—Sí, hay mucho espacio.

La sonrisa que me dio hizo que mi corazón doliera de alegría. Esta mujer había traído luz y

color a mi vida, y no había otro lugar donde preferiría estar que con ella.

Enrollando su dedo hacia mí, me lanzó una sonrisa seductora.

—¿Por qué no te unes a mí para nuestro primer baño en nuestra nueva bañera?

CAPÍTULO 32

ELERI

EPÍLOGO



Ocho Meses Después

—¡Un empujón más! —gritó la partera orca, Cassatine. Había llegado a la isla hacía unos meses para ayudar a una de las mujeres orcas con su primer parto y decidió quedarse. Con nuestra población ahora superando el centenar, y diez de ellas en edad de tener orclings, la necesitábamos más que nunca. En la ciudad había suficientes sanadores para ayudar en los partos, pero aquí, ella era esencial.

—¡Empuja! —dijo de nuevo—. Ya casi termina, querida, y tu precioso orco se unirá a ti y a tu compañero.

—¿Un niño o una niña? —pregunté con voz entrecortada mientras el dolor atravesaba mi vientre, las contracciones apretando como bandas para ayudarme a dar a luz al hijo de Odik y mío.

—Lo sabremos pronto —respondió, pasando un paño fresco por mi frente.

—¡Que entre Odik!

—Este es un lugar de mujeres, no de hombres. Me temo que no puedo permitir...

—¡Ahora!

Madine se levantó de la silla en la esquina de la habitación.

—Vamos, Eleri. Seguro que no quieres a tu gran y viejo marido orco aquí mientras das a luz a tu precioso orco. Solo estorbará.

—¡Odik! —grité—. ¡Ahora!

—Muy bien —Madine se rio mientras salía de la habitación—. Me encanta su ímpetu.

Cassatine escurrió el paño y me limpió la cara de nuevo mientras yo gemía por otra contracción.

Los orcos crecían rápidamente, pero con todas las otras uniones entre humanos y orcos, los bebés nacían pequeños. Una bendición para las mujeres que los parían.

—¡Eleri! —gritó Odik desde la puerta abierta. Entró corriendo en la habitación y se subió a la cama a mi lado—. ¿Qué necesitas?

—A ti —extendí mi mano—. Estoy a punto de dar a luz a nuestro hijo, y lo único que necesito es que sostengas mi mano para que esto suceda.

—En realidad, solo necesita empujar —dijo Cassatine, aunque con amabilidad.

—Empuja, amor —dijo Odik—. ¿Puedes hacer eso por mí? Pronto terminará y nuestro

querido orcling se unirá a nuestra familia.

Mi vientre se onduló con otra contracción.

—¡Argh! —grité, empujando mientras apretaba la mano de Odik con todas mis fuerzas.

Él se acomodó detrás de mí y me abrazó, sus dedos aún entrelazados con los míos.

—Eres increíble, compañera —murmuró en mi oído—. Un empujón más. Puedes hacerlo.

Un empujón más, y la cabeza de nuestro hijo salió de mi cuerpo, seguida por los hombros y el resto de su pequeño cuerpo. El parto podía ser un proceso traicionero, pero también podía ser la experiencia más maravillosa en la vida de una mujer.

—Un niño —anunció Cassatine, levantando a nuestro hijo y colocándolo sobre mi vientre. Como todos los otros orcos nacidos de mujeres, se parecía a su padre, con una piel rica, de un tono verde-dorado, y pequeños cuernos que apenas asomaban en su cabeza.

—Un niño —dijo Odik—. Es hermoso, compañera. Simplemente hermoso.

—Lo es, ¿verdad? —acaricié su suave cabello, de un negro intenso como el de su padre—. ¿Cómo te gustaría llamarlo?

—¿Qué tal Zur?

Las lágrimas rodaron por mis mejillas al pensarlo.

—¿Realmente?

—Realmente. Le debo todo al hombre que te crió. Él te cuidó, te protegió. Y sé que lo extrañas.

—Sí lo hago —miré a Odik—. Te amo, compañero.

Él me besó.

—Y yo te amo a ti.

Cassatine envolvió a Zur en una manta limpia y me lo entregó. Nuestro hijo dormía, por ahora.

Ella y Madine salieron de la habitación en silencio, con sus rostros arrugados por las sonrisas.

Y Odik y yo nos acurrucamos con nuestro nuevo hijo.

Espero que hayas disfrutado la historia de Eleri y Odik.
¡La siguiente es El Deseo del Orco!

Suscríbete a mi newsletter aquí

EL DESEO DEL ORCO

La noche de la Caza de Compañeras de Monstruos, seré reclamada como la novia de un orco.

Rhoslyn: Cuando mi hermana es elegida para la Caza de Compañeras de Monstruos, un evento anual en el que dos mujeres deben sacrificarse a los orcos por el bien de todos, me ofrezco en su lugar. Los orcos me persiguen mientras corro por el bosque. Me captura el rudo y gruñón comandante Jaus, quien espera que cocine, limpie y, además, duerma en su habitación cada noche, a pesar de insistir en que no quiere una compañera.

Entonces, algo cambia, y su oscura y tormentosa mirada se vuelve hacia mí...

Jaus: Rhoslyn es hermosa, está furiosa y está decidida a no ser mi esposa. La llevo a mi hogar en la ciudad de los orcos, y en poco tiempo anhelo lo que no merezco: una compañera y una vida llena de felicidad. Cuando la ciudad es atacada y su vida corre peligro, destruiré todo con tal de protegerla. Voy a derrotar a nuestro enemigo y luego haré que Rhoslyn sea mía.

El deseo del orco es el libro 2 de la serie *Caza de Compañeras de Monstruos*. Aquí encontrará compañeros predestinados, familias encontradas, una marcada diferencia de tamaño y un héroe con la actitud de “la tocas y mueres”. Cada libro es auto conclusivo, pero la serie se disfruta mejor en orden.

Libros en Orden:
La Pareja del Orco (Precuela)
El Deseo del Orco
El Destino del Orco
La Doncella del Orco
La Cautiva del Orco
El Sometimiento del Orco

SIN TÍTULO

Ava Ross es una autora que ha figurado dos veces en la lista de USA *Today* Bestselling Authors y ha escrito numerosas novelas, todas con un romance dulce y apasionado. Se enamoró de los hombres con rasgos inusuales cuando vio Star Wars por primera vez, donde las criaturas alienígenas se hicieron populares. Vive en Nueva Inglaterra con su esposo (que, lamentablemente, no es un alienígena, aunque tiene su propio encanto), sus hijos y algunas mascotas.